



O. C. TAVIN

MISTERIO EN VIENA



OBRAS PUBLICADAS DE O. C. TAVIN

EN F. B. I.:

«La redada», núm. 10.

«¡Traidor!», núm. 17.

«Persecución», núm. 24.

«Trampas mortales», núm. 30.

«Secuestro», núm. 35.

«A la desesperada», núm. 41.

«Armour, expulsado», núm. 47.



SAN BERNARDO, 52 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—|CULPABLE!, por Alf Mans. (5.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Mans. (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.ª ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Mans. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Mans.
(2.ª edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. G. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Mans. (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 13.—|SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar
Benet. (2.ª edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G.
Murphy. (2.ª edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Mans. (2.ª edición.)
» 17.—|TRAIDOR!, por O. G. Tavin. (2.ª edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
(2.ª edición.)
» 19.—ALTA TRAIÇION, por Fred Baxter. (2.ª ed.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO.
por Alf Mans. (2.ª edición.)

- Núm. 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
- 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
- 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
- 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
- 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
- 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
- 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
- 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
- 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
- 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
- 32.—NUEVA YORK - SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
- 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
- 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
- 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
- 36.—EL DUÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
- 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
- 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
- 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
- 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
- 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
- 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
- 43.—TINIEBLAS, por Alf Manz.
- 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
- 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
- 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
- 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
- 48.—
- 49.—
- 50.—ALASKA. FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
- 51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet.
- 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John L. Martin.
- 53.—ACUSADO!, por A. G. Murphy.

En preparación:

EL GENIO DEL MAL

... y Atropos, la tercera de las
Parcas, cortaba el hilo de
la vida de los hombres.

Mitología

I



L secretario del Cónsul americano en Viena penetró en el despacho de su jefe.

—Señor, el coche ya espera. ¿He de acompañarle?

Harold Dennis levantó la mirada del papel que estaba leyendo, y dijo suavemente:

—No será preciso, supongo. ¿Son ya las once? Ese de la Gestapo dijo que a las once y cuarto. Seamos puntuales —terminó sonriendo burlonamente.

—Son las once menos cinco. Lo más probable es que tenga usted que hacer antesala.

—Bien —se levantó el Cónsul, irguiendo su alta figura elegante, vestido con un traje azul marino—. ¡Ah! Baldwin, creo que haría muy bien si me diera mi pistola, ¿verdad? Indudablemente no debo pensar en que haya de usarla, pero...

El secretario sacó de la misma mesa de su jefe, de un cajón, una pistola «Savage» calibre 32. Cogió también un cargador de repuesto y se lo entregó todo al Cónsul, que se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

—Tal vez si la pobre Daisy hubiera llevado un arma para defenderse no habría ocurrido lo que ha ocurrido —dijo con acento pesaroso—. Le deseo más suerte en esta entrevista que en la anterior, señor.

—Gracias. Me siento lamentablemente escéptico respecto a que podamos dar con el paradero de Daisy. Hace dos días que desapareció y la Gestapo la tiene oculta. Dios sabe dónde. Es su modo clásico de operar, indudablemente.

—Habremos de tomar otras medidas, entonces —opinó el secretario encogiéndose de hombros—. Ir a ver al «Gauleiter» de Austria, pedir explicaciones incluso al mismo Von Ribbentropp... Una persona no puede desaparecer de la circulación así como así, siendo americana.

—Sí puede desaparecer, incluso siendo americana. ¿No lo ve usted, inocente Baldwin? —sonrió amargamente el Cónsul—. Bueno, hasta luego.

El «Lincoln», ocupado por el Cónsul americano, y guiado por Harrys, el chofer, partió hacia el centro de la ciudad, deslizándose por Praterstrasse, donde se hallaba enclavado el consulado, hasta llegar a Obere Donau Strasse, a orillas del canal del Danubio, donde los jardines ponían una alegre nota de colorido.

Era una bella mañana del mes de junio de 1939 y Viena refulgía bajo un sol todavía no caluroso. Por las aguas del canal circulaban canoas para regatas, tripuladas por muchachos de las Juventudes Nazis, que bogaban rítmicamente, con aquella rigidez automática que impulsaba todos sus actos en colectividad, bajo la severa mirada del jefe de tripulación, un adulto de las S. S., que empuñaba el timón y gritaba secamente marcando las remadas.

Recorrió el coche la orilla hasta llegar al puente de Augarten, con sus artísticas farolas, en cuyas cúspides campeaba la antigua águila bicéfala imperial de los Habsburgos. Lo cruzó y penetró en la Franz Josefs Kar, en cuyos jardines hacían instrucción varios pelotones de jóvenes de las S. S., ya con armamento. Una atmósfera de belicismo reinaba por doquier y los cánticos guerreros se

mezclaban con los redobles de tambores y músicas.

Llegó el coche, tras, varias interrupciones del tráfico, a la gran avenida de Schotten *Ring*, torció a la izquierda, con nuevas paradas para dejar paso a nuevas formaciones de jóvenes nazis, que evolucionaban con el paso de la oca y ya velozmente dejó atrás los edificios de la Universidad, el Rathaus y el severo Parlamento, para entrar en la deliciosa plaza de Schmerling, con sus frondosos tilos en flor, los cuadros de césped de un verde esmeralda y los rosales. En unos bancos, varios pacíficos vieneses leían sus periódicos, mirando de vez en cuando a su alrededor, quizá para atisbar la llegada de formaciones de jóvenes nazis para abandonarles presurosamente el sitio.

La mole gris del Palacio de Justicia se recortaba sobre el azul cielo y bandadas de palomas ocupaban los rincones y balconadas del edificio, volando de un lado a otro inquietamente.

Ante la escalinata de piedra había numerosos coches de la Gestapo y de otros organismos estatales alemanes. Una guardia de rígidos hombres de la Gestapo, con su gorra y brazal con la cruz gamada, estaba ante la puerta. Colgaba del cuello de aquellos soldados especiales la ametralladora de mano, presta a ser usada.

El Cónsul americano subió la escalinata y llegó ante el cuerpo de guardia. Se destacó un «leutnant»[1], que, dando un talonazo y levantando el brazo, rígido, altivo, le saludó.

—Cónsul americano —dijo secamente Harold Dennis, sacando una tarjeta y entregándosela—. El señor jefe de la Gestapo me espera.

—«Jahwol», «Excellenz»[2] —replicó guturalmente el «leutnant»—. Sírvase seguirme —y marchando delante del Cónsul fueron por un pasillo, en el que estaban en fila, de trecho en trecho, numerosos miembros de las S. S., que saludaron con el brazo en alto, anunciándose uno a otro el paso del «Amerikanische Konsul»[3]. Tomaron el ascensor y en el piso principal el «leutnant» hizo como un traspaso del Cónsul a otro miembro de la Gestapo, un imponente «Kapitan» de brillante uniforme azul y dorados.

—Pase, «excellenz» —dijo con voz brusca, después de saludarle brazo en alto el «Obergruppenfuhrer»[4] tiene ahora una visita. Diez minutos, por favor.

Se sentó el Cónsul en un butacón y miró a su alrededor en el

gran salón de estilo Luis XVI, con enormes cornucopias, cuadros clásicos de la escuela flamenca y dos de Striegel. Nadie esperaba turno sino él. A poco, un soldado de las S. S. se colocó, rígido, con la mano derecha sobre la hebilla del cinturón y la izquierda colgando, a la entrada de la puerta. Sobre su pecho, pendiente de la correa, la ametralladora de mano.

Pasaron los diez minutos que dijera el «Kapitan». Harold Dennis miró disimuladamente su reloj de pulsera y frunció el ceño.

Al fin la puerta que daba al despacho del «Obergruppenfuhrer» de la Gestapo en Austria se abrió y un «leutnant» de rostro infantil, con mejillas sonrosadas, pero con una especial mirada de crueldad sádica, tras dar un talonazo y levantar el brazo, en un gesto orgulloso, dijo con voz ruda:

—«Excellenz», su «excellenz» el «Obergruppenfuhrer» le espera. ¿Tiene la bondad?

El Cónsul se levantó muy lentamente, sin mirar al hombre aquél, que sonreía con estúpida malicia, y franqueó el umbral de la puerta.

Un hombre de mediana estatura, grueso, adiposo, con enormes caderas y trasero monstruoso, estaba en pie, en medio del lujoso salón, en una actitud napoleónica, metida la diestra mano por entre la fila de botones dorados de su guerrera azul, con grandes solapas blancas, y la izquierda tras la enorme espalda. Tan pronto apareció Harold Dennis en el salón, se cuadró y levantó el brazo, rígido, mientras daba un recio talonazo mirándole fijamente. Su rostro, de chata nariz, con ojos de puerco, saltones, sobre el derecho un monóculo, la expresión de su mirada, inquisitiva.

—Perdone, «*Herr*» Konsul —dijo con voz aflautada, yendo a su encuentro y tendiéndole la mano, regordeta, llena de rubio vello. Tenía la cabeza completamente calva y un cuello de toro, grasiento, rubicundo—. ¿Quiere sentarse? —le señaló al Cónsul un diván con una medio reverencia muy teutónica.

Harold Dennis, impasible, desdenoso, se sentó en el borde, conservando en la mano el sombrero.

—Me figuro cuál es el motivo de su visita —dijo el jefe de la Gestapo sonriendo fríamente mientras se sentaba en un sillón, frente al Cónsul—. Recuerdo que quedé en darle noticias acerca de la desaparición de la señorita Daisy Fischer tan pronto supiese algo. Desgraciadamente, el no haberlo hecho así es porque aún no puedo

tener el gusto de darle esas buenas noticias.

—¿Nada nuevo, entonces? —inquirió el Cónsul americano, frunciendo el ceño sin disimulo alguno y mirando fijamente al jefe de la Gestapo—. ¿No tiene usted todavía la menor pista de nuestra secretaria?

—En absoluto, «*Herr* Konsul». Mis agentes especiales están seriamente interesados en hallar a la señorita Fischer. Son los mejores del mundo, y lo que ellos no encuentren... Creo que en esta desaparición concurren especiales circunstancias, «*Herr* Konsul»...

—Yo también lo creo —sonrió desdeñosamente el Cónsul—. ¿Por qué lo dice usted?

—La señorita Fischer, según informes recogidos entre anoche y hoy, no hacía un género de vida enteramente...

—¿Enteramente qué? —preguntó agresivamente el Cónsul. Estaban hablando en alemán, que no dominaba muy bien Harold Dennis, pero si lo suficientemente para darse perfecta cuenta de lo que le quería decir aquel hombre.

—Bien, bien... —replicó irónicamente el jefe de la Gestapo—. Sabemos que esa joven salía de noche con hombres. Iba a «*cabarets*», bailaba, bebía, regresaba a su domicilio de madrugada con hombres también, que subían a su piso. Seguramente nada de particular, «*Herr* Konsul», pero nuestra teoría, al tener conocimiento de todo esto, es que pudiera haber sido víctima de algún maleante. La Gestapo no es exactamente quien debe preocuparse de tales personas que frecuentan garitos y discurren ebrios por las calles. Austria no es aún Alemania en cuanto a costumbres, moralidad de sus habitantes. Un pueblo decadente como el austríaco necesita ser guiado rudamente en la senda de la disciplina, la «*Kultur*» y el sentido del sacrificio ante el deber... Me inclino a creer que esto es asunto de la «*Politzei*» austríaca, puesto que a ellos les encomendamos misiones como ésta.

—Mis informes sobre la señorita Fischer difieren en absoluto de los suyos, señor —dijo el Cónsul, un poco pálido, aún más desdeñoso—. Cuando ella salía de noche era para asistir a sitios perfectamente honorables, no a orgías, y por lo que respecta a la noche del seis, en que desapareció, me consta que la señorita Fischer salió de mi Consulado a las nueve y media de la noche, pero no llegó a su domicilio. Fue detenida, secuestrada, en el camino. En

toda la noche apareció y... hasta ahora, que van ya tres días sin saberse nada de ella. Sabe usted ya, señor, que recurrimos a la «Politzei» y que de allí nos enviaron aquí, en vista de que nada sabían sobre el particular.

—No es posible que le hayan podido decir, «*Herr* Konsul», que la señorita Fischer no estuvo en su domicilio la noche del seis —replicó adustamente el jefe de la Gestapo, quitándose el monóculo para limpiarlo con un pañuelo de seda—. Ella estuvo en su casa y salió de allí hacia las once de la noche con un hombre. Un instante, «*Herr* Konsul». La Gestapo no se equivoca nunca.

Se levantó del sillón y con paso de «Paraden March», rígido, automático, fue hasta su mesa y oprimió el botón de un timbre. Quedó en pie, imponente, mirando a una puerta fijamente. Ésta se abrió y penetró el «leutnant» de rostro aniñado, que se cuadró, levantando el brazo, más firme que un poste.

—¡El atestado de la señorita Daisy Fischer! —gritó con voz aguda, imperiosa—. «Rasch!»[5].

El «leutnant» giró sobre sí mismo, dando un tremendo talonazo, bajo el brazo y desapareció por la puerta.

«*Herr*» Otto Krahl, el jefe de la Gestapo siguió en pie, inmóvil, contemplando casi con furia la puerta, esperando. El Cónsul, en tanto, había encendido un cigarrillo y le observaba curiosamente, dibujándose en sus finos labios una sonrisa de burla.

Regresó el «leutnant» cuatro minutos después, y, tras el talonazo, el saludo nazi y la reverencia al tender a su jefe el legajo, desapareció con las mismas formalidades.

—«Punktlich! Jawohl!»[6] —exclamó dando un manotazo, radiante de satisfacción, sobre el legajo mientras iba hacia el diván donde se sentaba el Cónsul—. Escuche, «*Herr* Konsul»: la señorita Fischer salió de su casa la noche del seis, en compañía de un hombre elegantemente vestido que llevaba un sombrero de copa, a las once menos diez minutos. Tomaron un coche, un «Steyr» que esperaba a la puerta. Un coche particular, no un «taxi». Ésta es la declaración del portero de la finca, que la vio entrar y luego salir con aquel hombre.

El rostro sereno, de ojos azules oscuros de penetrante mirada, del Cónsul, expresó la estupefacción más absoluta.

—¡Por Dios, señor, si el mismo portero indicó a mi secretario

que no había visto entrar en la casa a la señorita Fischer! —exclamó con voz asombrada e incrédula, como si protestase de que se quisiera burlar de él.

—«Absurd!» —exclamó enrojeciendo aún más el jefe de la Gestapo, levantándose airadamente—. ¡Nuestras informaciones son las verídicas, «Herr Konsul»!, y como prueba de ello voy a ordenar comparezca ese portero de la casa de Bhotten *Ring*, treinta y tres, para que declare ante usted mismo. ¡«Absurd», que usted crea más a un hombre, un asqueroso «jüdisch», que a la información oficial de la Gestapo!

Fue, de nuevo a su mesa, andando ahora sin afectación alguna, trémulo de rabia. Oprimió el botón del timbre y esperó en pie, impaciente.

—No es preciso, señor —dijo el Cónsul, con voz cansada, de fastidio—. No he venido a saber qué es lo que declaró el portero, sino a saber si ustedes han encontrado a mi secretaria o creen que la podrán encontrar.

—Un momento, «Herr Konsul» —se volvió desdeñosamente, haciendo un gesto con la mano para interrumpirle. Volvió a llamar al timbre, dando una patada en el suelo, impaciente.

El «leutnant» apareció. Saludó, brazo en alto, talonazo, rigidez...

—Ja...[7] Inmediatamente, en un coche; vayan en busca de Jakobi Klenze, el portero de la casa donde vive la señorita Fischer, y me lo traen aquí. Está esperando el «Herr Konsul» —dijo con voz gutural, tajante.

—Repito que... —murmuró el Cónsul, encogiéndose de hombros.

—Para mí es vital. «Herr Konsul», dejar bien sentado que lo que yo digo es lo cierto, «excellenz» —cortó secamente el jefe de la Gestapo, paseando por delante de Harold Dennis—. La Gestapo no se equivoca nunca. Un miserable «jüdisch» no puede dejarme por embustero.

Volvió a su mesa y se sentó, cogiendo varios papeles, sin hacer caso de la presencia del aburrido Cónsul, que tomó de encima de una mesita varios periódicos locales nacionalistas, hojeándolos distraídamente.

Un cuarto de hora transcurrió así. El jefe de la Gestapo, entregado a su papeleo, mientras miraba a hurtadillas al Cónsul

americano, y éste, resignadamente, esperando el desenlace de todo aquello, que ya preveía cuál habría de ser.

Al fin se abrió la puerta y el «leutnant» entró, llevando cogido de un brazo a un hombre que vestía un gabán raído, gris, en cuya manga derecha había un brazal sobre el que destacaba la cruz de seis puntas hebrea, que todos los de esta raza habían de llevar obligatoriamente por orden del Gobierno alemán. Era de mediana estatura, muy encogido, con el rostro no muy acentuado de hebreo, y en sus ojos llorosos se traslucía un espantoso temor, temblando todo su cuerpo.

—Buenos días, «excellens» —dijo con voz apenas audible, sumisa, inclinándose servilmente ante el jefe de la Gestapo. Manoseaba nerviosamente su viejo sombrero flexible y parecía a punto de caer desmayado de terror.

El jefe de la Gestapo se le acercó muy despacio, contemplándole con sus fríos, crueles ojos grises. El hombre retrocedió, aterrado, temblándole el mentón convulsivamente.

—«Hund!»[8] —barbotó entre dientes el jefe de la Gestapo con rabia y desprecio infinitos—. Bien, «*Herr* Konsul», éste es el portero de la casa en cuestión —se volvió hacia el Cónsul sonriendo melifluamente. Puso una mano sobre el hombro de Jakobi Klenze, que se estremeció de pies a cabeza, empequeñeciéndose aún más—. Tenga la bondad de preguntarle si la señorita Fischer llegó o no a su casa la noche del seis, y si salió después con un hombre vestido de etiqueta.

El Cónsul se encogió de hombros. Fue a hablar, pálido de ira, pero calló. Tenía por descontado lo que iba a decir el infeliz judío.

—Dígalo usted, entonces, Jakobi. La verdad estricta, naturalmente —dijo el jefe de la Gestapo, dirigiéndose al hombrecillo aterrado—. El «*Herr* Konsul» me ha indicado que usted declaró a su secretario que la señorita Fischer no hizo acto de presencia en su domicilio la noche del seis. ¿Qué hay de cierto en esto? ¿A quién mintió usted?

—Perdón, «excellenz» —murmuró, casi sollozando, el portero—. Dije la verdad a... ustedes, a los señores agentes de la Gestapo. Soy respetuoso, fiel... El secretario del Consulado debió entender mal... o yo me confundí con... otra noche. La señorita Fischer fue a casa... y salió con un caballero un poco... antes de las once. Lo que ya dije,

«excellenz»...

—Bien —dijo el Cónsul, recogiendo la mirada de enternecedora súplica del judío—, conformes. Desgraciadamente, tal extremo no parece que vaya a ponernos en la pista de mi secretaria.

—¿Conformes, «*Herr* Konsul»? ¿Es la Gestapo la que se ha equivocado? —exclamó, radiante de satisfacción, el jefe soltando al judío—. Bien, Jakobi, vuelva a su puesto. Considere lo peligroso que es tratar de poner en ridículo a la Gestapo, ¿eh?

El «leutnant» cogió de un brazo al portero y lo sacó de allí con mal contenida ira. El jefe de la Gestapo, muy abiertas las piernas, en actitud napoleónica, contemplaba con evidente ironía al Cónsul, que recogió su sombrero. Hizo una levísima inclinación de cabeza y dijo en tono desdeñoso:

—Gracias por todo, señor. Creo que deberé ir a ver al «Gauleiter»[9].

—¿El «Gauleiter»? Lo siento, «*Herr* Konsul», pero está ausente de Viena —replicó dulcemente el jefe de la Gestapo, sonriendo con ironía—. Por otra parte, «*Herr* Konsul», nuestro «Gauleiter», estoy seguro, no haría sino ratificar las órdenes que yo mismo he dado a mis inferiores para que sea usted atendido con el mayor interés. Vaya descuidado, que tan pronto tenga alguna noticia que comunicarle sobre este asunto, yo mismo se la daré por teléfono. Soy vuestro servidor, «*Herr* Konsul»...

Harold Dennis, el Cónsul americano salió de la sede de la Gestapo convencido de que aquella desdichada Daisy Fischer, secretaria en el Consulado, había desaparecido quizá para siempre, la noche del 6. Daisy Fischer llevaba una cartera de mano, y en ella algunos documentos secretos, además de las claves que usaba el Consulado para comunicar con Washington. Ella iba a traducir los documentos en clave, pero la Gestapo se interpuso. Esto era todo.



II



AROLD Dennis llegó al edificio del Consulado unos minutos después. Entró en su despacho directamente y se sentó ante su mesa, hondamente preocupado.

Frank Baldwin, el secretario, abrió la puerta y asomó la cabeza, de pelambreira siempre despeinada, color rubio oscuro.

—Pase, Baldwin —dijo el Cónsul al verle—. ¿Algo nuevo de la «Politzei» austríaca?

—Nada, señor. Me figuro que usted tampoco ha obtenido éxito en su gestión.

—Ojalá no hubiera ido. Ha intentado burlarse de mí ese... señor de la Gestapo todopoderosa. Y siento verdadera preocupación por el portero de la casa donde vive Daisy. Le ha mandado llamar, estando yo allí, para que el infeliz le diese la razón, afirmando que Daisy

llegó a su casa, pasado un tiempo prudencial desde que salió de aquí. Y que hacia las once de la noche salió la muchacha de su casa acompañada de un hombre que vestía de etiqueta, y que ambos montaron en un «Steyr». Ese hombre ha dejado caer en mis oídos que Daisy hacía una vida irregular, de «cabarets», bailes, juergas... Informaciones de la Gestapo, según él, con el solo pretexto de hacerme creer que Daisy ha podido sucumbir a manos de algún criminal, maleante o compañero de juerga. Muy bonita historia, ¿eh?

—Pero el portero me dijo que Daisy no penetró en la casa hacia las diez, por ejemplo; es decir, cuando marchó directamente desde aquí para allá. Y es la primera noticia que tengo de que ella hiciese esa vida, señor —repuso el secretario con asombro.

—Es toda una burda mentira, Baldwin. Ellos quieren justificar ese secuestro, naturalmente. Daisy llevaba el informe sobre la movilización de tropas austríacas que iba a enviar yo a Washington por medio de nuestra emisora, una vez cifrado por ella. Alguien se enteró de que la noche del seis Daisy llevaría eso, y la detuvieron. Siempre fui de opinión, Baldwin, de que tales trabajos debieran hacerse aquí —terminó con severidad el Cónsul.

—Recuerde, señor, que, desde que hace dos meses intentaron robar nuestro archivo aquellos individuos, consideramos que tan peligroso era conservar aquí los documentos secretos como que se los llevase Daisy a su casa para trabajar en ellos. No sabemos quiénes nos rodean —se disculpó el secretario.

—Realmente, el informe que di a Daisy no era de los más... comprometedores —dijo sonriendo el Cónsul—. En cuanto a las claves, espero que la Gestapo tardará algunos días en digerirlas. Cambiaremos inmediatamente y asunto concluido. No va a tener tan fácil solución el misterio de la desaparición de la pobre Daisy.

—Desde luego. Yo pensé, durante su ausencia, señor, que en vez de estar esperando lo que estos hombres nos pudieran decir, y va a ser lo peor, o no dirán nada, dando al olvido este caso, podríamos solicitar del Departamento de Justicia, por mediación del Estado, el envío de un agente especial, secreto, que investigue todo esto y nos devuelva a Daisy, si aún vivé. Es una burla y un crimen intolerables...

El Cónsul miró fijamente a su secretario, pasándose una mano

por el agudo mentón, entornados los ojos.

—Buena idea, Baldwin —dijo al fin, dando un puñetazo sobre el brazo del sillón—. Usted se refiere al Federal Bureau of Investigation, claro...

—Sí, señor. Al

F. B. I.

No olvide que por lo menos hay un agente especial en París, en servicio de protección de nuestro Embajador. Si durante unos días pudiese venir a Viena... Son hombres especialmente preparados para la investigación y se emplean a fondo cuando hace falta. Nosotros estamos como atados y amordazados. Nos conocen sobradamente para intentar hacer una labor de investigación de carácter secreto. La Gestapo llegaría hasta detenernos o expulsarnos, tachándonos de espías y otras lindezas. Un hombre nuestro, desconocido para ellos, podría actuar en la sombra y saber qué es de Daisy.

—Magnífico, Baldwin —exclamó el Cónsul, levantándose del sillón y poniendo una mano sobre un hombro de su secretario—. ¡Lo que me alegraría poder reírme a mi vez de ellos! Bien, redactemos el mensaje cifrado. ¿Está Johnny, para radiarlo a París inmediatamente?

—Sí, señor. Supongo que encarecerá la urgencia de que se nos envíe el agente especial, ¿verdad? Tal vez aún pueda ser salvada Daisy...

—Desde luego —y el Cónsul, tras meditar un poco, cogió papel y pluma, escribiendo el texto de mensaje que la emisora del Consulado debía transmitir a la Embajada de Norteamérica en París.

Jakobi Klenze, el portero de la casa donde vivía Daisy Fischer, continuó en poder de la Gestapo hasta que el Cónsul americano salió del Palacio de Justicia. Dos hombres de las S. S., le vigilaron, sentados en un banco, en una de las lóbregas habitaciones interiores.

Temblaba el hombrecillo como poseído de epilepsia, llorando silenciosamente mientras sobaba con manos estremecidas su viejo sombrero. Comprendía toda la inmensidad de su desgracia, y también que no habría poder humano que le sacase con vida de aquel trance espantoso. Había tenido el generoso impulso de decir

al secretario del Cónsul americano la verdad: que aquella simpática Daisy Fischer, que frecuentemente se paraba en la portería para hablar con él, y siempre muy mal de aquellos alemanes invasores de la pacífica y dulce Austria, así como con su hija Rebeca, aquella noche no llegó a la casa de Shotten *Ring*. Ni él ni su hija la vieron llegar, y eso que pusieron cuidado en vigilar la entrada de todos los vecinos. Querían a Daisy porque era bella, amable, caritativa... y porque secretamente, sin decir nada en el Consulado, se había afiliado a la Liga Antinazi, que obraba en contra del invasor alemán, y de la que eran afiliados clandestinos los austríacos de todas las clases sociales y los hebreos que habían podido escapar de los campos de concentración y las cámaras de gas. Era, por tanto, una «kamerad» muy estimada. Ahora, aquel jefe de la Gestapo que le amenazara antes con la muerte si declaraba otra cosa que el que la señorita Fischer llegó a su casa y luego salió con un hombre, se había enterado de que dijo la verdad nada menos que al secretario del cónsul... Esto equivalía a algo terrible, y sabía lo que le iba a pasar. El ingreso en un campo de concentración, para pasar por tormentos indescriptibles o la muerte. Al fin, la muerte.

Un «Kapitan» de las S. S., irrumpiendo en la habitación, le sacó de sus tristes meditaciones. Habló con los dos soldados quedamente y luego salió.

—Vamos —dijeron los de las S. S., cogiéndole por ambos brazos con violencia.

—¿Adónde me llevan? —gimió el hombre, mirando alternativamente a uno y otro de aquellos hombres de caras impasibles, frías, crueles.

—¡Aprisa, asqueroso «jüdisch»!

Le golpearon rudamente en el pecho y la cabeza, arrastrándole hacia un pasillo y luego hasta una puerta que daba a la parte posterior del edificio, por Museumstrasse. Allí, sosteniéndole casi en vilo a fuerza de tirones hacia arriba, medio desmayado de pavor el desdichado hombrecillo, esperaron a que llegase un coche «Adler». Se abrió la portezuela y le obligaron a entrar a empujones, no obstante no hacer resistencia alguna el hebreo.

Salieron de la ciudad por el este, tomando la carretera general a Schwesat. Jakobi Klenze iba en el asiento posterior, en medio de los dos miembros de las S.

S. Ya

no lloraba, ni suplicaba, ni preguntaba adónde se le conducía. Sabía, por multitud de casos conocidos, que en Schwesat tenía la Gestapo una cámara de gas. Y el coche corría velozmente hacia Schwesat.

Unos minutos después, el «Adler» entraba en la pequeña población, rodeada por una pintoresca campiña. Por allí pasearon en soleadas tardes dos grandes hombres: Beethoven y Goethe. Y antes que ellos, Mozart...

Pasó raudo el coche por la calle principal, atravesando el pueblo de este a oeste. Casas nobles, muy antiguas, que vieran deambular por allí a aquellas figuras inmortales del arte. En alguna de ellas, una hospedería y cervecería, se sentaron aquellos inmortales para descansar y beber cerveza, conversando sobre música, sobre temas literarios, sobre el amor y sobre Dios.

Salió el coche de la carretera general y tomó por un camino vecinal, a la izquierda. Lo siguió durante unos minutos más, y finalmente se detuvo ante un edificio chato, de cemento, al parecer toscamente construido, sin belleza alguna. Era de dos pisos y tenía en su fachada varias ventanas enrejadas. Ante la puerta, de hierro, como la de una caja fuerte, estaban varios hombres de las S. S. sentados. Uno de ellos, con un fusil ametrallador, hacía de centinela, paseando ante la puerta.

Los soldados que custodiaban a Jakobi Klenze lo sacaron rápidamente del coche, empujándole violentamente hacia el interior de la casa. Uno de ellos mostró un papel al «leutnant» del cuerpo de guardia, el cual lo examinó atentamente.

Después, todo fue rápido, preciso, metódico, germánico... Jakobi Klenze fue hacia la muerte a empellones, entre órdenes secas, como latigazos, de los «Spezialisten» en ejecuciones por medio de las cámaras de gas.

Fue desnudado totalmente, dejando su débil y desmirriado cuerpecillo, todo huesos y piel, tembloroso de frío mortal. Pero ya no lloraba ni suplicaba. Sus negros ojos brillaban con una misteriosa lucecita de inteligencia, tal vez de burla... Y fue cogido por debajo de los brazos, delgados como cañas, y arrastrado.

Una puerta de acero, de una sola hoja, se deslizó suavemente sobre un carril. Y Jakobi Klenze se encontró solo en un recinto de

unos seis metros de ancho por otros tantos de largo. El piso era de cemento, como las paredes y el techo. En las paredes, en dos de ellas, cerca del techo, había como unos ventanales, y tras los gruesos cristales ya pudo ver los rostros de varios miembros de las S. S., observándole curiosamente y haciéndole gestos de que mirase unos agujeros pequeños, negros, situados a más de dos metros de altura en las paredes. Y la puerta de acero se cerró lentamente, en silencio. La luz eléctrica provenía de los ventanales.

Jakobi Klenze, en pie, en el centro del recinto, juntas las manos, rezaba fervorosamente, baja la cabeza.

Desnudo, temblando de frío mortal, ridículo, rezaba en alta voz, pidiendo a su Jehová perdón por todos sus pecados, protección para su adorada hija Rebeca y el castigo, si lo merecían, de aquellos hombres.

Súbitamente, unos silbidos turbaron el relativo silencio de la cámara, en la que solamente se oían las palabras solemnes de Jakobi Klenze, rezando. Eran unos silbidos como producidos por el escape del vapor en unos tubos. Brotaba de las filas de pequeños agujeros, como de dos centímetros de diámetro, en las paredes.

Jakobi Klenze los oyó y cayó de rodillas, muy apretadas las manos. Sabía que el gas letal estaba invadiendo ya la cámara de ejecución, saliendo por aquellos agujeros, silbando como una víbora. Los golpes en los cristales de las ventanas de observación menudearon, dados por los nazis. Pero Jakobi Klenze rezaba, cerrados los ojos, de rodillas.

El silbido del gas continuaba, implacable, llenando la cámara poco a poco. Podrían, si quisieran, abreviar el trance espantoso, haciendo que entrase más aprisa. Aquel hombrecillo orgulloso que no había luchado desesperadamente al ser arrastrado hacia la cámara, ni les había suplicado, ni ahora les tendía los brazos, gritando desgarradoramente, o se volvía demente al oír el fatídico silbido, tratando de alcanzar con las manos los agujeros para impedir que el gas saliese, yendo de una pared a otra como fiera enjaulada.

Jakobi Klenze tosió. Ya el gas bajaba, llenando el recinto. Tosió, pero siguió rezando, ahora con la boca cerrada. Y una bocanada penetró en sus pulmones por la nariz, en la que había mucho más gas que aire respirable.

Sintió un intenso mareo, un olor extraño y el espantoso deseo de dormir. El principio del fin... Se levantó pesadamente y, vacilante, se acercó a una de las paredes en las que había un ventanal. Tras él, doce o catorce rostros risueños haciéndole gestos de burla, invitándole a que se echase al suelo a dormir.

Calculó Jakobi Klenze que no le quedaban de vida más de ocho o diez segundos. La cámara estaba ya casi llena de gas. Iba a dormir, en efecto. No sentía dolor alguno ni casi molestia. Sueño, mucho sueño...

Cayó al suelo. Levantó los brazos y mostró a los nazis, expectantes, intrigados, una de sus manos, la derecha. Abrió los dedos, y de entre ellos, el anular y el corazón, sacó algo, como un palito amarillento. Lo mostró a los curiosos rostros, y repentinamente un alarido de terror inmenso le llegó al agonizante Jakobi Klenze. Unas palabras de espanto...

—«Eine Wachsstock!! Eine Wachsstock!! Eine Wachsstock!!»[10].

Desaparecieron los rostros de los ventanales. Los nazis corrieron por los pasillos, atropellándose brutalmente, luchando por sus vidas, por salir de la casa. Bajaron las escaleras desalados.

Jakobi Klenze sonrió al ver desaparecer aquellos rostros de los ventanales. Uno o dos le suplicaban ahora, con gestos de indecible horror, que no encendiese aquella cerilla que había conseguido esconder entre los dedos.

En el penúltimo segundo de su vida, Jakobi raspó la cerilla sobre el cemento del suelo. Ya no pudo ver la chispa que brotó de la cabeza ni mucho menos la inmensa llamarada verde, azul, roja que invadió la cámara de ejecución, ni pudo oír la espantosa detonación, como si estallasen cien bombas de aviación a la vez.

Y el techo de la casa fatídica voló en todas direcciones, convertido en fragmentos. Y las paredes fueron proyectadas a decenas de metros de distancia, dislocadas, desmenuzadas, entre una inmensa polvareda, con restos humanos sanguinolentos, horribles.

La onda expansiva pasó como un huracán sobre Schwesat, en un radio de acción de muchos kilómetros, rompiendo miles de cristales, echando abajo casas de débil construcción, arrojando al suelo a los viandantes...

Y en Viena, los cristales de las casas vibraron fuertemente y se

oyó una gran detonación lejana. Tal fue el efecto de una cerilla encendida sobre el gas de alumbrado que por entonces usaba la Gestapo en Viena para ejecutar en las cámaras a sus enemigos de raza, de ideas.

Dos horas después, un ciclista penetraba en Viena, procedente de Schwesat. Era un muchacho de unos dieciséis años, hijo de un obrero metalúrgico, sin trabajo, y todos los días iba a pescar a las orillas del Danubio, en las cercanías de aquel pueblecito.

Detuvo la máquina frente al número 33 de Shotten *Ring*, donde vivía la desaparecida Daisy Fischer y de donde era portero Jakobi Klenze.

Antes de penetrar en el portal, su mirada recorrió disimuladamente los alrededores. Penetró después resueltamente, y a mano derecha, en la vivienda del portero, llamó quedamente a la puerta-cristalera.

Salió una hermosa joven de negrísima cabellera ondulada naturalmente, de ojos igualmente negros, enormes, ahora cubiertos de lágrimas.

—¡Hola, Fritz! —dijo ella, haciéndole pasar con un gesto al interior de una especie de salita y comedor alumbrado por una lámpara eléctrica.

El muchacho se sentó, con la gorra en las manos, baja la mirada, sin saber qué decir a Rebeca Klenze, la hija del portero. Ella, apretando su pecho con ambas manos, lloraba silenciosamente. Pasaron así algunos minutos, en un silencio absoluto, solamente turbado por los sollozos de la joven.

Se levantó el muchacho y le tendió su mano.

—¿Oíste la explosión? —dijo al fin Fritz, brillando en sus azules ojos el entusiasmo—. Yo estaba cerca de la casa. Le vi entrar... Esperé, y, de repente, una gran llamarada, una explosión terrible, y la maldita casa desapareció como si allí nunca hubiera estado. Rodé por el suelo y creí que me moría al sentir una opresión tremenda en el pecho y en la cabeza. No ha quedado nadie vivo de ellos, te lo aseguro.

—Sí... Decía él que si alguna vez le llevaban a la cámara de gas, se la iba a jugar. Siempre llevaba una cerilla pegada entre dos dedos. Bastaba, según decía, con que brotase la chispa para que todo el gas se inflamase —respondió Rebeca, apretados los labios.

—Me marchó, Rebeca. Creo que ahora tú debieras ocultarte... Mi padre te esconderá en casa unos días. Después puedes ir a otras partes, hasta que salgas de Austria.

—Ya veré, Fritz. Has sido muy valiente en correr ese riesgo. Vete tú cuanto antes, por si estoy vigilada. Ya veré lo que hago... Deben saber todos los de la Liga Antinazi cómo ha muerto mi padre y lo que hizo.

—Voy a dar el recado a Otto, el dependiente de la pastelería. Él puede ir al Consulado sin levantar sospechas, y dirá al cónsul lo que ha pasado. Quizá allí te puedan recoger, refugiándote...

—No. No quiero esconderme tan pronto —repuso ella, apretando los puños—. Yo... quiero seguir la tarea que ha comenzado mi padre, Fritz. Le han asesinado sin compasión por decir la verdad, por ser judío... Quiero matar nazis por ser embusteros, asesinos, por ser arios. Siempre he amado a los alemanes, como a los austríacos; pero a los nazis...

Fritz salió de la casa, dejando a Rebeca entregada a su dolor. Montó en la bicicleta y partió velozmente, recorriendo Franz Josefs Kai, a orillas del canal del Danubio. Lo cruzó por el puente de Schweden y penetró en Prater Strasse. En el número 7 se bajó de la máquina y penetró en una lujosa pastelería. Hizo un gesto al dueño, obeso, de rojo rostro plácido, el cual se le acercó.

—¡Hola, Fritz! ¿Qué hay? —le dijo, mientras le entregaba un pastel de carne—. ¿Trabaja ya tu padre?

—Gracias. No, no trabaja. Oiga, «*Herr*» Bauer —habló muy quedo, no obstante estar el establecimiento sin clientes en aquel instante—, a Jakobi le ha matado hace tres horas la Gestapo. Ya sabe por qué... En la cámara de gas.

—¡Uno más! ¡Cuándo acabará esta situación! —exclamó el obeso pastelero, palideciendo de rabia—. ¡Pobre y querido Jakobi!... Dime: ¿tú fuiste allá, como siempre, a ver a los que llevan a la cámara de gas? ¿Le viste entrar? Jakobi era valiente...

—¡Ya lo creo! Como que ha volado la casa donde estaba la cámara de gas. ¿No ha oído usted el ruido de la explosión? ¡Ni rastros han quedado de ella!

—¡Es cierto! Retemblaron los cristales, y el del escaparate crujió como si fuese a saltar hecho añicos. ¿Con la cerilla, Fritz? Siempre tenía esa idea el pobre Jakobi.

—Con la cerilla. Emplean el gas del alumbrado, y eso les ha costado quince o veinte vidas. Vi saltar los cuerpos por los aires...

—La lástima es que no estuviera allí ese Otto Krahel, el «Obergruppenfuhrer»... Oye, Fritz, debieras esconderte, ¿sabes? Están movilizando a todos los hombres y muchachos, incluso de tu edad, para fortificar. Yo creo que la guerra se nos viene encima sin tardar. Salen todas las noches, en trenes especiales, pobres soldados austríacos para luchar por la Gran Alemania...

—A mí no me pescan, se lo aseguro —repuso el muchacho, entornando los ojos amenazadoramente—. Bueno, «Herr» Bauer, diga a Otto que vaya al Consulado americano y diga que han matado a Klenze por declarar aquello de la señorita Fischer. Que lo sepan, aunque no puedan ahora hacer nada. Me voy.

—¿Y la pobre Rebeca? Dila que venga aquí, si no tiene dónde esconderse. No tardarán en ir a buscarla si logran saber que fue su padre el que hizo saltar por los aires la cámara de gas y les mató esos hombres. ¡Pobre Rebeca! Ahora queda absolutamente sola, muchacho, y tenemos que ayudarla.

—Se lo diré, pero me parece que no querrá.

Salíó Fritz del establecimiento. El pastelero entró en la vivienda y dispuso la tarta de almendra y manzana que diariamente enviaba al Consulado americano como postre.

—Otto —llamó a su hijo, de quince años, que era aprendiz en la pastelería—, lleva el postre al Consulado. Pero hoy —lo atraído hacia sí y le habló quedamente—, pide ver al secretario, ¿sabes?, y le dices de mi parte que nuestro amigo Jakobi Klenze ha muerto en la cámara de gas. Y él ha sido el que, con una cerilla, provocó la explosión del edificio maldito, y que con él han muerto unos cuantos nazis. ¿Lo olvidarás?

—No, padre. Y me alegro que haya hecho eso —replicó el muchacho con entusiasmo—. Para que aprendan a quedarse en su Gran Alemania.

Se cambió de ropa, y a poco, Otto, sobre una bandeja de madera, salió de la pastelería llevando la tarta para el Consulado y repitiendo entre labios el recado de su padre.

III



L «Obergruppenfuhrer» de la Gestapo en Viena. Otto Krahl, recibió de su ayudante «leutnant» dos comunicaciones que tuvieron la virtud de ponerle de buen humor, haciéndole olvidar momentáneamente la catástrofe, que él creía había sido casual o por imprudencia del personal, de la cámara de gas de Swechat.

—«Erstaunt»![11] —exclamó, dando un golpe con la mano sobre la mesa y mirando a su ayudante, que hizo una genuflexión, sonriendo con adulación—. De manera que el «Konsul» transmite por su emisora clandestina una llamada a la Embajada en París solicitando un agente especial para encontrar a la señorita Fischer... ¡Qué listos son estos anglosajones! No ignorando que nos hemos hecho dueños de las claves secretas suyas, aún envían mensajes como éste... Y, claro, París ha contestado con la misma clave... —

leyó la nota del Gabinete Telegráfico de la Gestapo, que había captado el mensaje—. Que mañana por la mañana llegará a Viena, en el expreso de las ocho y treinta y cinco, el agente del

F. B. I.

Alan Starks, que aquí se llamará Max Giesing... Sabe el alemán, por haber residido en Viena dos años... Es alto, fuerte, esbelto, pelo rubio claro y ojos azules claros. Se le deberá reconocer por quien vaya a buscarle a la estación por llevar gabardina color caqui clara, flexible gris, alas grandes y zapatos negros con caña de ante gris... —Rompió a reír, moviendo el enorme vientre agitadamente, el «Obergruppenfuhrer», coreado por el «leutnant».

—Le iremos a esperar y le detendremos, por supuesto —dijo el «leutnant».

—«Einfaltig»[12] —chilló agudamente Otto Krah!l, mirando furiosamente a su ayudante—. ¿Quién le ha dicho que yo piense hacer tal cosa? ¿Piensa usted por mí, o puedo pensar yo por mi cuenta? ¿No se ha dado cuenta de que si hacemos eso el «Konsul» se nos echaría encima con una nueva reclamación, y que entonces sabría que estamos en posesión de sus claves secretas, y las cambiaría, y que pediría nuevos agentes sin podernos enterar nosotros entonces? Este hombre ha de llegar a Viena y lo tendremos vigilado estrechamente. Fracasaré en su gestión, metiéndose en jaleos, y entonces, en uno de ellos, un tal Max Giesing, austríaco, ¡je, je!, muere... como han muerto tantos hombres inútiles, degenerados, enemigos de nuestro amado «Führer» —se levantó del sillón y estiró el brazo solemnemente, imitándole su ayudante—, por meterse donde no les llamaba nadie. Escuche bien, Schemerl, porque voy a decirle lo que se va a hacer con este hombre del F. B. I...

—Creo, «Excellenz», que son listos, astutos —indicó el «leutnant» oficiosamente, con su sonrisa adulatora.

—«Wer? Wer? Dummkopf»![13] —aulló Otto Krah!l, levantándose a medias, rojo de furor—. ¿Más listos y astutos que nosotros, que la Gestapo? ¡No le abofeteo porque sé que lo ha dicho en broma, «leutnant» Schemerl! ¡Nada hay superior a lo que ha creado nuestro «Führer» para nuestra Gran Alemania! —Se levantó de nuevo y extendió el brazo en el saludo nazi, secundándole el lívido «leutnant».

—«Ablass, Excellenz»[14] —murmuró trémulamente, rígido, esperando recibir una recia bofetada, no la primera, de su jefe.

—«Gut...»[15] —concedió desdeñosamente Otto Krahl, volviendo a coger los papeles—. El «Kapitan» Steiner, de paisano, irá en servicio de vigilancia a la puerta del «Konsulat». De allí irán a buscar a este Giesing, o Starks. ¡No hay que perderlos de vista! ¡¡No hay que perder de vista a este agente!! Paso que dé él, paso que darán nuestros heroicos hombres, que van a luchar de esta forma por nuestro amado «Führer» —se levantó de nuevo, extendiendo el brazo, imitándole el «leutnant»— y nuestra Gran Alemania. ¡Llame al «Kapitan», porque con su cara de... no sé si me está entendiendo o no!

El «expresszug» de las nueve y treinta, procedente de Baviera y Francia, se detenía un minuto en la estación de Klosterneuburg, muy cerca ya de Viena, para que de él bajaran altos jefes y oficiales del Ejército que allí tenían sus destinos en el segundo «Panzer Korp», de guarnición a las puertas de Viena.

Con ellos bajó un hombre alto, con una gabardina de color claro, un flexible gris y ademanes desenvueltos. Llevaba igualmente unos zapatos negros con caña de ante gris.

Quedó un instante mirando a su alrededor, como si buscara a alguien.

Frank Baldwin, el secretario del cónsul americano, se le acercó sonriendo, tendiéndole la mano.

—«¡Guten Tag, *Herr* Giesing!» —exclamó, iniciando la conversación en alemán—. Salgamos. ¿Qué tal el viaje?

—¡Oh, perfectamente! —replicó Giesing riendo, mientras miraba de reojo a su alrededor—. ¿Adónde vamos? —indicó con voz queda, mientras se detenía ante un mostrador, en el que se detuvo para enseñar su pasaporte y su maleta. Cerca estaba un hombre vestido de paisano, pero con apostura militar, que leía un periódico ante la puerta del café de la estación.

—Bien, puede salir —dijo el empleado, tras revisar por encima el contenido de la maleta.

—Vamos a un café, cerca de aquí —dijo Baldwin quedamente—. Hemos de hablar antes de separarnos. No será conveniente que nos volvamos a ver, según opina el cónsul, hasta que usted haya

terminado su misión.

—Bien. Creo que sabré desenvolverme —caminaban despacio por la calle principal. El hombre que leía en el café de la estación el periódico les iba siguiendo lentamente, aparentando seguir enfrascado en la lectura del diario—. He vivido aquí, en Viena, unos dos años. De esto hace... cinco. Me ha agradado volver aquí, señor Baldwin. ¿Tienen alguna nueva noticia de la desaparecida?

—Nada —Baldwin movió la cabeza con desaliento—. Dudo mucho que se la pueda hallar. Estará en algún campo de concentración de esos...

—¿Por qué creen ustedes que la han secuestrado? —preguntó Giesing—. Un poco de historia no me vendría mal para orientarme acerca de esa mujer. ¿Es bonita? —sonrió maliciosamente—. Eso daría mayor interés al asunto.

—Entremos —dijo Baldwin, señalando una de las puertas del café.

Estaba casi desierto, y se sentaron ante una mesita, en un rincón. Cuando el camarero se presentó le pidieron café con leche y panecillos tostados.

El hombre de apostura militar, leyendo su periódico, se sentó casi frente a ellos y pidió al camarero café con leche solamente. Giesing le contempló fijamente, con mirada de experto fisonomista. Tomaron silenciosamente el desayuno. Giesing dio con el codo a Baldwin y le dijo quedamente, sin apenas mover los labios y muy enfrascado en comer una tostada:

—Ese que está enfrente nos vigila. Debe de ser un Gestapo...

Baldwin se estremeció. Miró con disimulo al hombre que estaba leyendo su periódico con gran interés.

—¿Cree usted? —inquirió el secretario—. Desde luego, no nos quitan ojo a los representantes de las potencias aliadas.

—Seguramente han captado el mensaje que ustedes enviaron a París. Deben de variar de clave inmediatamente y emitir cambiando de longitud de onda siempre que les sea posible. Es muy extraño que apenas he llegado ya tenemos encima a la Gestapo. Bien; si no consigo quitármelo de encima, es que he olvidado mi oficio. Hable bajo y cuénteme esa historia brevemente.

El «Kapitan» Steiner, de la Gestapo, aguzó cuanto pudo el oído para captar algo de lo que hablaban los americanos, pero le fue

imposible enterarse de nada, con gran desesperación por su parte. Giesing y Baldwin hablaban en inglés muy quedamente, y de vez en cuando, el agente especial del

F. B. I.,

le miraba de reojo, vigilándole cuidadosamente.

Baldwin le fue enterando de todo aquello que pudiera servir de información respecto al secuestro de Daisy Fischer y del fracaso de las gestiones oficiales ante la «Politzei» austríaca y la Gestapo alemana. Era indudable que la joven secretaria había sido secuestrada por los alemanes, pese a lo manifestado por el jefe de la Gestapo en Austria, y que en lugar de prestar su interés para hallar a la joven americana había que contar con la rotunda oposición a este intento. Dio también cuenta a Giesing —Alan Starks— de los documentos y claves secretas robadas a la secretaria, así como de la muerte del portero de la casa donde Daisy vivía.

Giesing no apuntó nada. Fruncido el ceño, fue grabando en su memoria todos aquellos datos y direcciones interesantes que le proporcionaba Baldwin. Después hizo una última pregunta:

—Esa señorita Daisy Fischer, ¿era de absoluta confianza, Baldwin? ¿No tienen ustedes la menor duda sobre su fidelidad?

—De absoluta confianza, Giesing —replicó rotundamente Baldwin—, si a lo que usted se refiere es a que tuviese concomitancias con los alemanes. Si de algo pecaba, era de todo lo contrario. Tengo para mí que estaba en relaciones con una Liga Antinazi que aquí existe, formada por patriotas de todas las clases sociales y partidos, que combate como pueden a estos invasores. Algo la oí hablar de ello a este respecto, y hasta me parece que asistía a algunas reuniones clandestinas con tal fin. Ya le he dicho cómo la Liga Antinazi nos envía algunos informes y mensajes.

El «Kapitan» Steiner, oculto por el periódico, sacó hábilmente de un bolsillo del gabán una diminuta máquina fotográfica, no más grande que un paquete de cigarrillos y con una envoltura en colores que la hacía aparecer como tal. Fingiendo elegir un cigarrillo, enfocó el artefacto hacia los dos americanos y oprimió el resorte dos veces. Guardó después la maquinita, llamó al camarero, pidió su cuenta y salió del café lentamente, sonriendo irónicamente.

—Vamos —dijo apresuradamente Giesing, levantándose de su silla—. No perdamos de vista a ese hombre. Nos ha fotografiado...

—¿Qué? —preguntó con enorme asombro Baldwin.

Llamó al camarero y le pagó. Salieron a la calle, Giesing el primero, ostensiblemente agitado.

—Nos ha fotografiado ese Gestapo —murmuró el agente especial, mirando a su alrededor, ya en la calle—. Allá va... Conozco muy bien esas máquinas fotográficas que parecen paquetes de cigarrillos, estuches femeninos de maquillaje y hasta encendedores. Nuestro servicio secreto también las usa. No le perdamos de vista, con disimulo.

—Quieren tener fotografías de usted para que lo puedan vigilar mejor —dijo Baldwin, un poco asustado—. Entonces, mal va usted a poder cumplir su misión, si ya es conocido tan bien como yo o el mismo cónsul. Debiera marcharse usted a París y que envíen otro agente. Será lo mejor, Giesing.

El agente especial no pareció prestar atención a lo que decía Baldwin. Siguieron lentamente al «Kapitan» Steiner, al parecer charlando de cosas indiferentes. El hombre de la Gestapo no volvió la cabeza ni una sola vez para observar si era seguido. A poco se hallaron casi al final del pueblo. Caminaban por la carretera de Viena, y entre la bruma de la mañana se distinguía la ciudad, con la gran aguja gótica de la catedral de San Esteban emergiendo airoosamente sobre todas las demás edificaciones.

Giesing volvió la cabeza para observar a qué distancia estaban del pueblo de Klosterneuburg, dejado atrás. Unos hoteles y villas eran los últimos que se distinguían a su espalda, como a doscientos metros de distancia. La carretera se encontraba ahora desierta y hacia adelante no se veía edificación alguna.

Caminaba el «Kapitan» Steiner ahora un poco más aprisa, habiéndose dado cuenta de que detrás de él marchaban los dos americanos. Un poco más lejos estaba un pequeño

«D. K. W.»,

y hacia él parecía dirigirse el hombre de la Gestapo.

Giesing, repentinamente, echó a correr velozmente, dejando atrás al atónito Baldwin, que le preguntó quedamente, mientras apresuraba el paso, por qué hacía aquello.

El «Kapitan» Steiner se detuvo y volvió la cabeza, de rasgos duros, implacable, con ojos grises acerados. Rápidamente metió una mano en el bolsillo de la americana. Giesing llegó ante el

asombrado agente.

—¿Cree usted que habremos salido bien, señor Gestapo? —preguntó burlonamente Giesing, en alemán, contemplándole con fiereza.

—No comprendo, señor —murmuró el «Kapitan»—. No acostumbro hablar con desconocidos, y menos en estas circunstancias...

—¿No? ¡Venga esa máquina fotográfica! —Le cogió por un brazo Giesing, apretándoselo implacablemente—. ¡Vamos, no se haga más idiota de lo que ya es! ¡La máquina!

Baldwin llegó ante ellos, contemplándolos aturdidamente.

—A un lado, amigo —gruñó Giesing, haciéndole un gesto para que se alejase de su lado—. Nos va a dar la maquinita ésa, o...

Steiner sacó la mano del bolsillo, en efecto, pero con ella apareció una magnífica pistola «Mauser». Sonriendo cruelmente, la apuntó al pecho de Giesing.

—Suelte, o lo pasará mal, maldito «amerikanisch» —barbotó con infinita rabia y desprecio—. Voy a disparar si no me suelta...

Giesing no lo soltó, naturalmente. Con la mano izquierda lo atrajo hacia sí, y después, con la derecha, le golpeó brutalmente bajo el agudo mentón, haciéndole oscilar la cabeza hacia atrás. Engaritó seguidamente su mano sobre la del «Kapitan» que esgrimía la pistola y se la apretó ferozmente, mientras le golpeaba reiteradamente en el cuerpo, ancho, fuerte.

Steiner, con una cólera espantosa, humillado al verse descubierto, pese a creerse tan astuto, forcejeó por librarse de la presión de la mano de Giesing, que no le dejaba usar su «Mauser».

Baldwin, aterrado, calculaba las consecuencias que todo aquello podría traer, al agredir a un agente de la Gestapo, si éste lograba escapar y lo refería a sus superiores. Consideraba que aquel Alan Starks era un impulsivo; sin duda alguna, un hombre inadecuado para desempeñar la misión que se le había encargado. No era repartiendo golpes ni encarándose con los alemanes, como si estuviese en la libre América, como se los podría vencer. Era con astucia, con disimulo, y no de aquella execrable forma.

Giesing se había puesto furioso. El «Kapitan» no soltaba la pistola y estaba decidido a matar al agente especial. Era un hombre robusto, henchido de orgullo y con la convicción de que si mataba

al americano significaba quitar de en medio a un enemigo de la Gran Alemania. Sería felicitado por ello, al fin y al cabo.

Baldwin lanzó un grito de horror y pánico cuando oyó el seco estampido de la «Mauser» del alemán que estaba luchando con Giesing desesperadamente. Vio cómo la cara del hombre de la Gestapo se cubría de sangre, que manaba de la sien derecha. Y que soltaba la pistola, cayendo al suelo.

Giesing, un poco pálido, dejó que el cuerpo del «Kapitan» cayese también sobre el asfalto de la carretera. Se acercó Baldwin, lívido.

—Pero, hombre de Dios, ¿qué ha hecho usted? —exclamó en tono de dura reconvención. Miró a su alrededor, asustado, por si alguien se acercaba.

—Se ha dado un tiro en la sien —murmuró Giesing, encogiéndose de hombros—. Estábamos forcejeando... —Se pasó la mano por el rostro.

Después, con decisión, registró al muerto en los bolsillos. Sacó la máquina fotográfica, se la mostró a Baldwin que no cesaba de vigilar los alrededores.

—Márchese hacia el pueblo, Baldwin —dijo Giesing en tono perentorio—. Déjeme hacer y no se asuste, ¡diablos!... Este hombre se ha «suicidado»...

El secretario partió rápidamente, como le ordenaba Giesing. Éste cogió la «Mauser» y la limpió con un pañuelo. Después la puso en la mano diestra de Steiner de forma que pareciese exactamente, por la colocación de la muñeca, que había sido empuñada por el muerto. Aquello y el tener el balazo en la sien derecha podía sembrar la confusión entre la Gestapo acerca de lo que realmente pudo pasar. Y, sobre todo, que no tendrían las fotografías que le hiciera en el café aquel espía, cosa de vital importancia. Una descripción personal, por muy detallada que fuese, sobre el agente especial no podría nunca conseguir el efecto de una fotografía del rostro. Esto fue lo que le impulsó a Giesing a actuar de aquella forma tan violenta y audaz.

Fue hasta el coche

«D. K. W.».

Estaba vacío. De haber habido alguien, hubiese acudido en ayuda del muerto. Regresó ante el cadáver y lo examinó críticamente, encontrando que la postura era la adecuada. No tenía el traje roto

ni señales de golpes en el rostro, aparte del aplicado en el mentón, apenas reconocible.

Se guardó la máquina fotográfica y con paso vivo alcanzó al espantado Baldwin.

—Todo bien, Baldwin —le dijo, sonriendo amistosamente—. No se apure, hombre. Peor hubiera sido si consigue sacar las pruebas de la fotografía que nos hizo.

—Pero no sé si, a pesar de eso, estos alemanes no nos van a meter en un lío, Starks. ¿Sabe usted si ese hombre era el único que nos estaba vigilando y si no le habrán hecho alguna foto sin darnos cuenta? Por lo pronto, vayamos aprisa a mi coche. Está en la plaza de Hitler, antes Mayor. Crea que mi mayor preocupación es por usted, muchacho. Ya le dije que, en tanto le sea posible, no acuda al Consulado para nada. Estamos muy vigilados, y si intentase usted llamar al teléfono o personarse allí, lo más seguro es que lo detuviesen.

—Creo que podré valirme solo —dijo animosamente Giesing, encogiéndose de hombros—. Estamos acostumbrados a ello. Con los datos que me ha proporcionado acerca de esa Liga Antinazi les daré guerra a ellos, y confío en encontrar a Daisy... si vive. Ya sabrán de mí.

Montaron en el coche que Baldwin había alquilado para guiarlo él, y partieron hacia Viena.

—Tome, y guárdese lo —dijo el secretario, sacando de una de las bolsas de una portezuela una pistola automática calibre 45, «Mauser», y una docena de cargadores. Sacó después un sobre y se lo tendió igualmente.

—Cinco mil «*schillings*» para sus gastos —dijo—. Si necesita más, pídaselos al dueño de la pastelería, Bauer, un hebreo que está metido hasta los ojos en la lucha contra los nazis. También, si se viese en muy mala situación, envíenos sus mensajes por él.

Arrancó el coche y salieron a moderada velocidad de Klosterneuburg, en dirección a la capital, dando un rodeo para no pasar ante el cadáver del hombre de la Gestapo allí muerto. Durante el trayecto, Giesing fue tomando datos que le proporcionaba Baldwin, el cual parecía muy deseoso de desentenderse de aquel agente especial, tan expeditivo y audaz que no parecía en modo alguno preocupado por su suerte, pese a haber librado ya una lucha

a muerte con un agente de la Gestapo alemana apenas llegado a Austria.

En Mariabrunn, cerca del comienzo del canal de St. Potten, al extremo oeste de la capital, frenó el coche Baldwin y tendió su mano a Alan Starks.

—Un poco más allá hay un control de las S. S., para coches. Piden documentaciones. No es conveniente que venga conmigo, ya comprende. Usted puede esquivarlo metiéndose por unas calles — señaló a la izquierda— que van a la Linzerstrasse. Allí tiene el tranvía número 8, que le dejará en el centro de la capital. Le aconsejo que no vaya a hoteles muy nombrados. Tienen ahora allí agentes secretos que llevan un control riguroso de entradas y salidas de viajeros. Una pensión modesta... Vaya a ver a Rebeca Klenze, la hija del portero asesinado. Son hebreos, y quizá le pueda encontrar una habitación en casa particular, sin mostrar documentación a nadie. Y buena suerte, Starks. Sea todo lo prudente que pueda y de con el paradero de la pobre Daisy.

—Gracias. Espero que, si vive, no se me escapará. Salude al cónsul de mi parte.

Se estrecharon las manos, y Giesing, con su maleta, partió a buen paso, rehuyendo la vigilancia del puesto de control de las S.

S. Para

ello se adentró en un dédalo de callejas sucias y estrechas, donde vivían familias de obreros. Iba recordando todo aquello de cuando vivió en Viena unos años hacía, y pronto dio con la hermosa avenida de Linzerstrasse. Fue a la parada del tranvía 8 y lo tomó seguidamente, adquiriendo un billete hasta el Stadt Park, ya casi en el centro de la ciudad.

A orillas del canal Sur, que penetra profundamente, bien en superficie o bajo tierra, en la ciudad, y que enlaza con el del Danubio, recorrió el gran trayecto hasta el Stadt Park. Notó que la ciudad seguía conservando su traza acostumbrada, circulando las gentes, en cambio, más aceleradamente, como si tuviesen prisa por recogerse en sus casas. Quizá los rostros eran más serios, más reservados y desconfiados. Cuando estuvo allí, hacía cinco años, Viena era alegre, agradable, y los vieneses, acogedores, pronto a la risa y a los chistes. Mucho más agudos de ingenio que los alemanes, no era nada difícil hacerse amigo de ellos, y siempre resultaron

fieles, acogedores, amables y bien educados. La explicación a aquel aire extraño de los vieneses la halló prontamente al ver a numerosas patrullas de las S. S, y S. A. vigilando celosamente la circulación con modos bruscos, como si se tratase de soldados de algún ejército de ocupación. Indudablemente, los vieneses les trataban como a tales.

Cerca de una hora después se apeó del tranvía y bajó en el gran parque del Stadt. Apresuradamente, para no llamar la atención de los gendarmes de la «*Politzei*» que deambulaban perezosamente, acompañados por miembros de las S.

S. o S.

A., fue a una parada de taxis en Stuben *Ring* y subió a uno.

—Shotten *Ring*, treinta y tres —dijo al taxista, mientras colocaba su maleta en el interior.

Una vez que el coche arrancó, miró por la ventanilla trasera para constatar si era seguido por otro coche. No notó nada de particular. Sin duda, la Gestapo confió únicamente la misión de vigilarle a aquel «*Kapitan*» Steiner, cuyo carnet examinó, y muerto aquél, la poderosa organización político-policíaca iba a quedar un tanto despistada respecto a su paradero.

Pasó el coche por la hermosa avenida de Stuben *Ring*, con lujosos establecimientos en edificios señoriales. Y el agente especial sonrió al ver el Mozart Café, donde él iba a escuchar buenos conciertos de música clásica y graciosos vales mientras tomaba la excelente cerveza «*Wundsch*» o el café selecto. En verano, en la terraza, como ahora, estaban las mesitas y los sillones de mimbre. Pero estaban vacías, lo estaba viendo, actualmente. Viena estaba triste, sin duda alguna.

Al llegar a la confluencia del canal del Danubio con Franz Josefs Kai, siguiendo su orilla por el hermoso paseo, con jardines muy cuidados, nuevamente evocó la estancia de años atrás. Por allí había paseado con algunas vienesas en diferentes ocasiones, encontrando en ellas agradables y simpáticas mujeres, casi todas muy agraciadas, que le recordaron a las parisienses por su elegancia, su distinción y mundanidad. Ahora no iba a tener tiempo de entretenerse en «*flirtear*» con aquellas muchachas alegres, que le parecía no lo eran ya tanto como por entonces.

Entró el taxi en Shotten *Ring*, donde estaba la Bolsa, la

Dirección de la «Politzei» austríaca, una policía decorativa sojuzgada por la Gestapo alemana. En la puerta había un gendarme austríaco de centinela, pero a su lado encontrábase también un hombre de las S. A. con aire de suficiencia, en tanto que el austríaco más bien podría decirse que fuera su asistente.

En el 33 se detuvo el taxi. Giesing bajó, maleta en mano, y penetró rápidamente en el portal. Era una casa antigua, pero elegante, sin duda alguna habitada por burgueses, empleados de alta categoría. Había algunas placas de latón y cristal a la entrada, indicadoras de que allí vivían un abogado, un médico, una modista de alta costura, un importador, un arquitecto.

Dio un golpecito en la puerta de cristales de la portería. A través de ella vio a una hermosa joven de alta estatura, de negra cabellera y rostro muy bello, con grandes ojos oscuros. Se había levantado de una silla, en un rincón, y estaba llorando.



IV



BRIÓ ella la puerta, pasándose un pañuelo por los bellos ojos, y miró impasiblemente a Giesing, que la sonrió cariñosamente.

—Siento mucho, señorita Klenze —dijo con voz grave, llena de simpatía—, lo que le ha ocurrido con la muerte de su padre. Me llamo Alan Starks y soy norteamericano, aunque ahora debo ser austríaco y llamarme Max Giesing —dijo en alemán correcto.

—Gracias, señor —repuso ella, pugnando por que las lágrimas no llenasen de nuevo sus ojos—. Yo hablo también el inglés —dijo en este idioma—. Pase, señor Starks. Me han dejado muy sola... ¿Cómo ha venido a verme? Perdone... Vivimos extrañamente todos y desconfiamos unos de otros...

—No tiene nada de particular, señorita Klenze —dejó la maleta en el interior y se sentó, sonriendo con simpatía—. Tengo que

confiarme a usted, ya que sé es de absoluta confianza para nosotros, los americanos. Me ha enviado aquí el señor Baldwin, secretario del cónsul nuestro. Él me ha referido cómo su padre murió ayer, en una cámara de gas, y también lo que hizo con una cerilla. Yo estaba en París, y me han llamado para averiguar el paradero de la señorita Daisy Fischer, que vivía aquí. Soy un agente especial del Federal Bureau of Investigation, una especie de Policía secreta del Estado americano. Me parece que no somos en nada parecidos a la Gestapo alemana.

La joven sonrió débilmente. Giesing se sintió muy contento de ello.

—Y venía a conocerla y también a pedirle me dé alguna dirección donde albergarme mientras resida en Viena. Preferiblemente, una casa particular que no sean adoradores de Hitler, si me comprende usted —rió con sorna, mientras sacaba un cigarrillo de un paquete, ofreciendo a la joven, que lo aceptó.

—¿Le urge encontrar donde alojarse? Quiero decir si piensa ir a un hotel ahora. No se lo aconsejaría, si viene clandestinamente —repuso ella—. Estoy pensando una cosa... —Cerró los ojos, un poco enrojecidos por el llanto—. Y es que el piso de Daisy, la señorita Fischer, no está ocupado por nadie. Ella se alegraría mucho si supiera que usted lo utiliza en su ausencia. Puedo atenderle a usted, haciéndole la comida, si no quiere exponerse a salir mucho, sobre todo por la noche. Piden la documentación a todo el que circula y ya sabe lo peligroso que eso es.

—¿No ha venido la Gestapo a registrar ese cuarto? —preguntó Giesing con algún asombro.

—Una sola vez. Cuando su cónsul reclamó, el día 7, a la «Politzei» y ellos trasladaron la denuncia a la Gestapo. Vinieron dos oficiales de las S.

A. Yo

subí al piso con ellos. No fue un registro como el que ellos acostumbran a realizar. Ningún papel se llevaron. Después vino el señor Baldwin, y también registró, buscando una cartera que dijo contenía documentos importantes. No los halló. Le dio dinero a mi pobre padre para pagar el cuarto durante tres meses más, por si volvía la señorita Fischer. Ahora creo que usted podría ocuparlo.

—Tal vez sí —opinó Giesing, no muy convencido—. Es el caso

que apenas he llegado, hace unas horas, he... matado sin querer a un capitán de la Gestapo. Un tal Steiner —sacó del bolsillo de la trinchera la máquina de fotografiar y se la mostró a la joven, que le contempló entre asombrada y admirada—. Me hizo una o dos fotografías en un café de Klosterneuburg, y comprendí que la Gestapo ya sabía mi llegada y quería conocerme físicamente. Creo que han interceptado los mensajes por radio de la emisora del Consulado, y ha sido un fastidio. No sé si a estos alemanes se les ocurrirá buscarme en el piso de Daisy...

—No lo creo. Precisamente porque pensarán que a nadie se le ocurriría, estando perseguido, meterse en un sitio donde ellos pueden penetrar cuando quieran. Tienen muy poca imaginación, señor Giesing, aunque tratan de suplirla con un exceso de desconfianza y brutalidad.

—Dejaré allí la maleta, que me compromete bastante llevarla conmigo —replicó, riendo, Giesing ante el razonamiento de la joven, que demostraba tener una despierta inteligencia y ser culta—. ¿Vamos? —Se levantó.

Rebeca cogió una llave y fueron al ascensor. En aquel instante, dos miembros de las S. S., penetraron en el portal. Ella palideció y quedó rígida, desdeñosa, mirándoles cara a cara.

—Somos de la Gestapo —dijo uno de ellos, encarándose con Rebeca. Giesing se colocó delante de la maleta, adoptando un aire indiferente, pero metida la mano diestra en el bolsillo de la trinchera y sujetando la pistola «Mauser» firmemente—, y venimos a sellar la puerta del cuarto de la señorita Fischer. Nadie sino ella puede ocuparlo...

—El Consulado americano paga el alquiler —repuso la joven serenamente.

—No importa. Usted no permitirá que nadie intente romper la franja de papel que vamos a pegar en la puerta. Si lo permite, pagará cara su falta de obediencia. Si el Consulado americano desea entrar para algo, que nos pida permiso. ¡Alemania no es una colonia americana! Suba con nosotros.

Rebeca hizo un gesto a Giesing, encogiéndose levemente de hombros, mientras los hombres de la Gestapo entraban en el ascensor.

—Mucho mejor... —susurró, y salió para acompañar a los nazis.

Giesing, cuando se vio solo, metió la maleta en la carbonera de la cocina y después salió a la calle sin apresurarse, colocándose en la acera de enfrente.

Unos minutos después, los nazis salieron de la casa y emprendieron la marcha hacia abajo con su paso uniforme, de autómatas, haciendo sonar los clavos de sus botas altas.

Cuando estuvieron bastante lejos penetró de nuevo en el portal. Rebeca le sonrió tristemente.

—Ahora no puedo ocupar el cuarto de Daisy —dijo tristemente Giesing.

—Mejor que antes. Mire —fue ella a la cocina, y de entre un montón de astillas, al fondo de la carbonera, extrajo un mazo de papeles impresos y sellados por la Gestapo, de los que usaban para precintar las puertas de los pisos de los que consideraban como «desafectos» que habían huido o fueron encarcelados—. Muchos de los nuestros que andan huidos se guarecen de noche en los cuartos precintados por los nazis. Tenemos una buena organización para procurarnos precintos de éstos.

Giesing subió con ella al piso de Daisy Fisher, rompiendo el papel de la puerta. Penetraron en el interior, amueblado confortablemente.

—¿La vecindad? —preguntó él, hablando quedamente—. ¿No notarán que vivo aquí, y darán el soplo a la Gestapo?

—Todos los vecinos abominan de los nazis. Incluso algunos colaboran con la Alianza Antinazi. Nada dirán aunque le sientan andar por aquí, aunque usted no debe producir excesivos ruidos, si le es posible.

Giesing, curiosamente, fue revisando los muebles de Daisy, todos abiertos. En realidad, no había documentos de ella ni cartas o apuntes. Tal vez la Gestapo se llevó lo que hubiese de algún interés, o ella, previsoramente, los había destruido si sospechaba que los nazis podrían detenerla.

Se sentó él, invitando a Rebeca a imitarle.

—Quisiera que me dijese usted —comenzó Giesing, ofreciéndola otro cigarrillo, que rechazó Rebeca— cómo era Daisy. Baldwin me dijo que era una mujer excelente, de toda confianza, fiel a su cometido... Creo que ella traducía en clave los documentos e informes secretos de nuestro cónsul. Y que era una activa

propagandista antinazi...

—Es muy cierto. Por eso creo que la detuvieron. Debieron de observar que casi siempre llevaba una cartera de mano, y en la tarde del 6 ya no vino a esta casa. El señor Baldwin me dijo que aquel día traía en la cartera las claves secretas y documentos del Consulado, para trabajar aquí. Fue una desgracia. Nos estimaba mucho a mi padre y a mí, que somos hebreos.

—Fue una torpeza por parte de nuestro cónsul permitirle sacar tales documentos y claves secretas. Siempre era más seguro guardarlos allí, que no llevarlos consigo ella. La Gestapo debió de darse cuenta de que en esa cartera, que iba y venía con frecuencia, Daisy guardaría algo importante. Acertaron, cosa sorprendente, y ello tal vez le ha costado la vida a la pobre mujer.

Sacó de un bolsillo un retrato de Daisy que le entregara Baldwin y lo examinó largamente.

—Era encantadora —dijo Rebeca tristemente—. Llena de dinamismo, de simpatía, caritativa... Alguna vez nos ayudó económicamente a mi padre y a mí. Pensaba facilitarnos pasaportes para ir a Estados Unidos. Y odiaba profundamente a los nazis, aunque sentía simpatía por el pueblo alemán.

—He de encontrarla, Rebeca —dijo Giesing pensativamente—, a no ser que eso sea ya imposible. ¿Qué cree usted?

—No sé qué pensar, señor Starks —murmuró la joven tristemente—. Me parece muy fuerte que la hayan asesinado, por ser americana y poderse descubrir el hecho, lo que motivaría un conflicto con Estados Unidos. Tal vez está en un campo de concentración en Alemania... No sé. Puedo decirle que los afiliados a nuestra Liga la estamos buscando sin descanso desde el mismo día 6. En el distrito segundo, donde residen mis hermanos de raza, al oeste de Taborstrasse, si alguien la viese o supiese algo de su paradero, la noticia correría como un relámpago. Pero nada se sabe aún.

—¿Podré pedir información a personas de confianza que usted me indique?

—Desde luego. Yo misma le acompañaré, señor Giesing. Ante todo, debe cambiar de documentación, si es cierto que la Gestapo sabe que está usted aquí, que es del

F. B. I.,

y que se llama Max Giesing. Yo le proporcionaré documentación falsa dentro de unas horas con otro nombre. Ahora, si quiere bañarse y comer dentro de poco, yo le haré la comida. No salga mientras no tenga otra documentación. Deme la que tenga. Arrancaré el retrato y servirá para la nueva.

—Están bien organizados, por lo que veo —dijo Giesing, entregándole sus papeles y pasaporte.

—Ha costado muchas vidas carecer de documentación —replicó ella en tono sombrío—. Ahora que estamos en regla, con documentos falsos son ellos los que lo están pagando, como desquite.

Starks sacó de su cartera cinco billetes de a 100 «*schillings*» y se los entregó a la joven.

—Para esos gastos de atenderme, Rebeca —dijo con voz insinuante, cariñosa—. Ahora se ha quedado usted sola, y necesitará... ¿Está usted empleada en alguna parte? ¿Tiene algún ingreso?

—Mi padre y yo vivíamos de lo de la portería —repuso ella, sollozando—. Eran 150 «*schillings*» al mes, y teníamos que vivir muy estrechamente; pero éramos felices. No estoy empleada. Iba a la Universidad, a las clases gratuitas para hebreos. El *Ghetto* al que pertenezco nos daba algo. Quizá ahora me auxilien más. Gracias, señor Starks. Me voy. No salga hasta que vuelva con su documentación. ¿Necesita tabaco, alguna bebida?

—Nada, Rebeca. Voy a bañarme y luego dormiré hasta que usted me llame. Ponga el precinto de papel cuando salga. Así creerán que aquí no hay nadie.

—Así lo haré. Hacia las dos volveré. Me ha alegrado conocerle, señor Starks —le sonrió débilmente, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. Lástima que no hubiera usted venido ayer, antes de que se llevaran a mi padre. Tal vez le hubiera podido salvar.

—¿No cree que se metan con usted? —preguntó, con inquietud, Starks.

—De momento, no. Ya hubieran venido a buscarme si creyesen que puedo ser peligrosa. Y lo voy a ser... Mucho más que mi padre —apretó los puños con ira, brillantes los ojos de rencor.

Cuando salió la joven hebrea, Starks se dio un baño. Encontró todo lo necesario para ello, incluso colonia para friccionarse. Daisy

era una mujer que sabía cuidarse bien, pensó al examinar sus vestidos, sus pares de zapatos, sus abrigos de pieles y sombreros, sus medias de seda. Y su alcoba aún conservaba un aroma de fino perfume. La cama tenía buenas ropas, y recordando su retrato, en el que aparecía muy bella, risueña, inteligente, se durmió plácidamente, sin parar mientes en la muerte del «Kapitan» Steiner, que a aquellas horas tendría en revuelo a la Gestapo. Le estarían buscando quizá con enorme interés, sospechando que él había sido el causante de su muerte, pese a la apariencia de suicidio.

A las dos despertó sobresaltado al escuchar que abrían la puerta. Saltó de la cama, esgrimiendo la «Mauser». Oyó pasos femeninos y se tranquilizó.

—¿Rebeca? —preguntó, con voz queda.

—Sí, señor Starks. Ya está todo hecho —dijo ella desde la inmediata habitación—. Ahora se llamará usted Fritz Klug[16].

—¡Gracias! Seguramente que lo ha elegido usted, ¿no? —dijo, riendo, Starks.

—No. Era que había uno que concordaba con su edad, con su profesión, pues es usted ahora un parado de los miles y miles que hay en la ciudad y exviajante en artículos de electricidad. Ya me dijo usted que antes residió en Viena, en la casa Baummer, que construye estos materiales. Le pusimos a la carta de vecindad una fecha de hace dos años y el retrato. Puede ir y venir cuando y como quiera, con permiso de la Gestapo.

Poco después, Starks comía en el piso a solas. Rebeca se lo subió en una bandeja y seguidamente bajó a la portería. Estaba temerosa de que la Gestapo volviese y encontrase al agente especial en el piso.

Cuando terminó, ambos se pusieron de acuerdo para ir a ver a un austríaco apellidado Clusius. Este hombre, empleado en el Ayuntamiento, después de haber sido depurado escrupulosamente por la Gestapo y visto que podían confiar en él, era, según Rebeca, uno de los más activos elementos de la «Liga Antinazi» y el encargado de establecer enlaces entre los afiliados y los jefes, ya que por su cargo oficial podía estar al tanto de lo que las autoridades alemanas disponían sobre el Gobierno de Austria y las medidas policiacas emanadas de la Gestapo. Vivía Clusius en el distrito V (Margareten). En este distrito, en el 6 de

Kettenbriickengasse, falleció, en 1828, el compositor Schubert.

Alan Starks y Rebeca, en un «taxi», llegaron, hacia las cuatro de la tarde al 8 de Schonbrunnerstrasse, una vieja casa a orillas del canal, en cuyo piso principal vivía Clusius.

Les abrió el viejo funcionario, de mediana estatura desgarbado, que ocultaba sus ojos tras unas gafas negras. Su rostro era astuto, de nariz aquilina, y continuamente estaba refregándose las sarmentosas manos, como si tuviese frío o una secreta alegría le impulsase a demostrarla de esta manera. Starks lo clasificó inmediatamente como el prototipo del burócrata alemán del pasado siglo, muy conservador y apegado a la tradición y rigidez de costumbres de la clase media.

—Pase, pase, señorita Klenze —dijo, cuando les abrió la puerta, haciendo una ceremoniosa reverencia, sonriente—. Me encuentro absolutamente solo. «*Frau*» Clusius ha salido de compras hace tan sólo diez minutos. ¿El señor? —Hizo a Starks otra reverencia—. Pasen al comedor. Ahora da el sol allí y se está perfectamente.

—Le presento —dijo Rebeca, en tono quedo— al señor Alan Starks, americano. Es agente del

F. B. I.,

ya sabe... Ha venido clandestinamente a Viena para tratar de averiguar el paradero de Daisy Fischer. Hemos creído que usted, por sus buenas relaciones, nos podría informar. ¿Sabe que mi padre ha sido muerto ayer en la cámara de gas?

—Sí, hija, lo sé —murmuró, compungidamente, Clusius—. Éramos buenos amigos, ya lo sabe usted; Rebeca. Todos los buenos iremos cayendo en esta terrible lucha por nuestra libertad. Bien, señor Starks, no sabe cómo me satisface conocerle. Su misión es muy dura y llena de peligros... Desgraciadamente, todavía no puedo dar ninguna noticia respecto a nuestra entusiasta amiga Daisy. Hay versiones contradictorias, señor Starks. Unos me han dicho que ha sido asesinada la misma noche del seis, después de ser despojada de la documentación que llevaba encima. Otros, que la Gestapo la tiene bien guardada y quizá la están aplicando un trato especial para que declare cuanto pueda saber respecto a lo que su cónsul haya transmitido a Washington. Creo que mañana o pasado podré adquirir datos ciertos sobre si vive y dónde está, en caso afirmativo.

—¿Cree usted que alguna otra persona, que usted pueda recomendarme, podría informarme con más amplitud sobre esto, señor Clusius? He de encontrarla, o adquirir la total certidumbre de que no vive —dijo Starks, ofreciendo un cigarrillo al viejo empleado y otro a Rebeca.

Clusius dejó de refregarse las manos para encenderlo temblonamente, aspirando el humo profundamente.

—Otra persona que yo conozca, señor Starks... —murmuró el burócrata meditativamente. Se pasó una mano por la aguda barbilla—. No sé, no sé... Anoche vino a verme Fidl, el sargento de la «Politzei», que es de los nuestros. Anda loco buscando a Daisy, como todos nosotros. Vaya a verle. Ya sabe usted, Rebeca, dónde vive, ¿no? Fidl me dijo que creía que hoy podría darme una pista de nuestra amiga. Está muy en contacto con la Gestapo y esto le permite informarnos.

—¿Cree usted, señor Clusius, que la señorita Daisy era... realmente fiel a ustedes, de absoluta confianza? —preguntó Starks, sonriendo—. Yo no la conozco, y en mi profesión no solemos aceptar una información en tanto no la corroboramos personalmente.

—Daisy es una muchacha adorable, magnífica —repuso Clusius con entusiasmo, volviendo a refregarse las manos, de largos y amarillentos dedos—. Nos dio pruebas irrefutables de ser una demócrata fiel —miró la hora en un reloj colocado sobre la repisa de la chimenea y se levantó—. Perdonen un instante. He de telefonar a cierta persona a las cuatro y media en punto. Sigan sentados, por favor...

Salió el burócrata, sonriéndoles cordialmente.

Quedaron en silencio Starks y Rebeca. Los pasos del viejo Clusius se oyeron en una habitación contigua. Marcaba un número en el aparato. Y su voz, un poco cansada, que hablaba...

Starks se levantó sigilosamente, fruncido el ceño. Salió al pasillo con paso muy quedo, escuchando. Rebeca se levantó también, enojado el rostro como si censurase lo que hacía Alan.

Éste se llevó un dedo a los labios, mientras palidecía un poco. Escuchó.

—... sí, «leutnant» Schemerl, sí —decía Clusius muy quedamente—. Tengo aquí al americano espía ése.

—¿...?

—Starks, el mismo. Le ruego no lo detengan aquí, en mi domicilio. Yo le entretendré unos diez, minutos. Espérenle en el portal, en el portal...

Starks lanzó un rugido de asombro y rabia y penetró en el despacho del burócrata, seguido de Rebeca, que también había oído hablar a Clusius. El burócrata colgó el aparato instantáneamente, lívido de pánico. Starks puso su pesada mano sobre un hombro del viejo, oprimiéndoselo furiosamente.

—¡Maldito traidor! —Lo zarandeo como si fuese un bosquecillo—. ¿Quién es ese Schemerl? Dando recados a la Gestapo, ¿eh?

—Es el secretario del «Obergruppenfuhrer» de la Gestapo en Viena —dijo Rebeca, temblando de ira—. ¡Maldito, maldito sea! ¡Así es cómo, desde hace quince días, han caído en poder de la Gestapo más de diez fieles patriotas! ¡Era usted, canalla, canalla!...

Clusius, bufando de rabia y miedo, trataba de desasirse de la poderosa mano de Starks, que lo tenía casi en vilo. Y de repente apareció en su mano derecha, sacándola de un bolsillo de la americana, una pequeña pistola automática, que apuntó al pecho del agente especial.

—¡Quieto, asqueroso «amerikanisch»! —gritó, con voz triunfante—. ¡Yo soy alemán, alemán, prusiano, y sirvo a mi Hitler!... —se desasí de la mano de Starks que le contemplaba con asombro, como hubiera contemplado a un conejo tratando de luchar contra un león—. ¡Levante las manos! ¡Tú también, hija de «jüdisch» repugnante! ¡Buena caza, buena!

Starks sonrió despectivamente, mientras sus ojos azules brillaban excitadamente. Clusius temblaba de miedo, y también de alegría satánica al ver inmovilizados a aquellos dos jóvenes bajo su pistola. Toda su apariencia de hombre suave, amable, correcto, había desaparecido radicalmente para dar paso a su falsía, encarnando el perfecto tipo de delator rastrero, hipócrita y sigilosamente cobarde. Y Starks, sintiendo honda repugnancia, de un revés de la mano le hizo soltar la pistola, cogiéndole después por las solapas de la americana. Clusius lanzó un chillido agudo, de ratón cogido por el gato.

—Sálgase, aprisa, Rebeca —dijo el joven, con voz jadeante—. A la calle... Ahora voy yo.

Ella obedeció, lanzando una mirada de odio al traidor, que parecía a punto de desmayarse de terror.

—Yo no he delatado, joven —murmuró Clusius, lloriqueando—. Es falso... Ésta era la primera vez que lo iba a hacer...

—Y la última —replicó Starks—. Me da asco, pero he de hacerlo. Es usted un bicho maligno...

—¡No, no, no! —gritó el viejo, retorciéndose como una anguila bajo la zarpa del joven—. ¡No me mate! ¡Si no me mata, le diré...!

Starks, con un gesto de asco, mientras le sujetaba con la mano izquierda contra la pared, lanzó con ímpetu terrorífico su puño derecho contra la garganta del viejo. Sonó un chasquido macabro, al romperse la nuca del hombrecillo, y cayó al suelo fulminado.

V



RECIPITADAMENTE salió de la habitación y, después, del piso, cerrando la puerta quedamente. Comenzó a bajar la escalera, asomándose por encima de la barandilla. Se detuvo en seco cuando vio a Rebeca, acurrucada en un rincón, al final del tramo, que le ordenaba guardase silencio poniendo un dedo sobre su boca.

Subió, muy pálida, los escalones, hasta reunirse con Starks, que empuñaba ya su «Mauser».

—Están ya en el portal, hablando con la portera —susurró, mirando desesperadamente al agente especial.

—¿Los de la Gestapo? Esperarán a que bajemos. Detendrán a todos los que bajen y la portera señalará si somos o no vecinos de la casa.

—Prefiero morir antes que entregarme, Alan —murmuró, ella desesperadamente, tendiendo su mano temblorosa hacia la pistola del agente especial.

—¿Quién le ha dicho que vamos a entregarnos, mujer? —replicó Starks, sonriendo débilmente—. No pierda la serenidad y déjeme pensar un poco. Vamos hacia arriba. Ellos esperarán durante un rato, hasta que comprendan que algo raro sucede, y entonces entrarán en casa de ese traidor. En estos minutos hemos de ponernos en salvo.

Subían la escalera quedamente, pero aprisa. Pasaron ante el principal y después el segundo, asomándose continuamente Starks sobre la barandilla por si los de la Gestapo subían también.

—¿No conoce usted a nadie más de los vecinos? —preguntó el agente especial, cuando llegaban al piso cuarto—. ¿A alguien que nos quisiera ocultar durante unos minutos tan solo?

—A nadie. Por otra parte, sería inútil. Cuando descubran a Clusius... ¿Lo mató usted?

Starks afirmó con un movimiento de cabeza.

—Entonces —siguió Rebeca, estremeciéndose—, registrarán toda la casa y nos hallarán. Mire, allá arriba... aquella puerta pequeña —señaló el último piso—. ¡Debe ser la entrada a la azotea!

Starks cogió de un brazo a la joven, y a grandes zancadas, precipitadamente, llegaron al último piso. Una puertecilla de una sola hoja había allí. Starks la empujó y lanzó un suspiro de alivio cuando vio que se abría sin esfuerzo alguno.

—Adonai nos ayuda —musitó la joven gravemente—. Ésta es la azotea donde se tiende la ropa.

—¿Quién es Adonai? —preguntó Starks—. Vayamos sin meter ruido...

—Adonai es... Jehová. Los hebreos no podemos nombrarle. Por eso decimos «Mi Señor» cuando nos referimos a él.

Era una pequeña azotea, en un rincón de la edificación, destinada a tendedero de ropa. Sobre unos soportes de hierro había hileras de alambres, de los que colgaban sábanas. Alan examinó todo aquello con rapidez, acuciado por la amenaza de que los nazis pudieran subir, buscándoles ya.

—¡Allí! —exclamó, dirigiéndose hacia el extremo del rectángulo que formaba la azotea—. Hay otra puerta. Debe ser de la casa de al

lado.

—Esa casa está a espaldas de ésta y da la fachada al paseo del Canal —dijo Rebeca—. Si pudiéramos salir por ahí...

Starks corrió a aquella puerta y la empujó. Lanzó un suspiro de desesperanza.

—Está cerrada... —exclamó, apretando las mandíbulas.

Rebeca se había alejado y estaba asomada a la escalera. Volvió muy pálida, corriendo, juntas las manos, como implorantes.

—¡Están ya los nazis en el principal, llamando a la puerta de Clusius! —exclamó trémulamente, cogiéndole un brazo a Starks—. Nos van a coger aquí.

El agente especial sacó la pistola «Mauser» y la apoyó sobre la cerradura, dispuesto a disparar. Pero desistió. Era tanto como decir a los nazis que estaban allí, que subieran a buscarles.

Miró a su alrededor, buscando algún hierro, un objeto con que descerrar aquella cerradura tosca, mohosa. Dio un fuerte empujón sobre la única hoja de la puerta. Resistió ésta el envite.

—¡Un trozo de alambre! —exclamó, con ansiedad.

Rebeca fue a uno de los soportes de hierro y cogió un trozo de alambre que estaba suelto.

Starks dobló uno de los extremos hábilmente y lo introdujo suavemente en el ojo de la cerradura. Rebeca fue de nuevo a la escalera con gran sigilo. Regresó corriendo, dilatados sus ojos por el espanto.

—¡Están tratando de derribar la puerta de ese hombre! ¡Tan pronto entren y lo vean muerto comenzarán a buscarnos y vendrán aquí! ¿Puede, Alan?

Sudoroso, queriendo dominar sus nervios, el agente especial maniobraba suavemente con el alambre. Sabía cómo había que hacer para forzar ciertas cerraduras con el auxilio de un alambre, pero la ansiedad de aquel instante, en que las vidas de ambos estaban pendientes de un hilo, le privaba de la necesaria serenidad para actuar bien y pronto.

Sonó, al fin, un leve chasquido. Starks empujó la puerta y ésta se abrió con un chirrido.

—¡Abajo, Rebeca, abajo! —exclamó, sofocadamente.

La cogió por un brazo y juntos bajaron, después de cerrar la puerta tras ellos, atando con el alambre el cerquillo de la cerradura

para hacer perder tiempo a los nazis si subían allí.

Pasaron por el piso tercero, el segundo, el principal. En el segundo vieron, sobre la puerta, la placa de metal anunciadora de un dentista.

—Póngase un pañuelo sobre la boca —dijo a la joven, que obedeció—. Si la portera nos pregunta de dónde venimos, yo la diré que de casa de este dentista. Y déjeme cogerla del brazo... mimosamente. Somos un matrimonio y usted sufre mucho, ¿eh?

Ella asintió, mirándole como si realmente Alan fuese su querido marido.

Pasaron por el portal. Sentada ante la puerta, una vieja cosía, tomando el sol. Les miró con indiferencia y volvió a su costura.

—Está acostumbrada a que suban muchas personas —murmuró Starks, sonriendo—. ¡Y ya estamos en la calle, Dios mío!...

—Vamos a casa. En un «taxi», Alan —murmuró ella, apretando nerviosamente la mano de él contra su brazo—. No, no me suelte... todavía. Tengo ganas de desmayarme —cerró los ojos y su cabeza osciló, apoyándose en un hombro del joven, que la cogió con la mano derecha por la cintura.

—No, no, Rebeca —murmuró él, apuradamente—. Llamaríamos la atención. Vamos a ese banco y nos sentaremos un poco.

La condujo apresuradamente a un banco, a orillas del canal y se sentaron. Ella trataba de reponerse, sollozando débilmente, sufriendo la reacción natural nerviosa después de la terrible tensión de minutos antes. Starks la acarició suavemente una mano, inclinado sobre ella.

—¡Pobre, comprendo muy bien todo cuanto está sufriendo! —dijo, con voz enternecida—. Por añadidura, he venido a meterla en más jaleos... No sé cómo voy a poder encontrar a Daisy, la verdad.

—Vámonos, Alan. Estamos a dos pasos de esa casa. Pueden venir los nazis y pedirnos la documentación, interrogarnos. Deben estar furiosos con el hallazgo de Clusius muerto. Vámonos...

Fueron hasta la esquina del paseo con St. Johann Park, donde había un aparcadero de «taxis». En aquel instante, un gran autocar gris de las S. A., lleno de nazis, marchaba a toda velocidad, haciendo sonar su «claxon» imperiosamente. Y tras él, zumbando atronadoramente, varios motoristas sobre sus «Zündapp».

—Redada... —murmuró el «taxista», cerrando la portezuela con

violencia y lanzando una mirada de temor a los nazis—. ¿Dónde vamos? Cuanto más lejos de aquí, mejor, ¿verdad?

—A Shotten *Ring*, treinta y tres —contestó secamente Starks—. Cruzando el puente ese, para acortar camino.

Rebeca, más animada al verse en el «taxi», que se alejaba rápidamente de aquellos lugares, miró agradecidamente al joven, que la sonrió alegremente.

—Por esta vez, hemos salido con bien —dijo él en tono humorístico—. Demos gracias a Dios y a su Adonai porque estos nazis no son como el

F. B. I.

—No se fíe, Alan —murmuró ella, moviendo la cabeza con escepticismo—. Ya sabemos que ellos son así, pero por el terror consiguen movilizar grandes núcleos de malditos confidentes, que son los que les hacen ser muy peligrosos. Y los traidores que tenemos en nuestras filas, como ese Clusius... Estoy segura de que por él ha sido secuestrada la pobre Daisy. Estaban siempre muy unidos, trabajando juntos, conferenciando, redactando órdenes...

—¿Ocupaba él un puesto elevado en esa organización?

—Sí. Nosotros trabajamos empleando un sistema de cadena. Gracias a eso solamente podía saber Clusius parte de nuestros planes y conocer a un número reducido de militantes. Pero todos han caído en manos de los nazis. Nos extrañaba ya tal cosa, Alan. Ahora lo comprendo todo. Clusius los fue entregando uno a uno a la Gestapo. Y a Daisy también.

—Pero él habló muy bien de ella —dijo Starks, pensativamente—. Confieso que Daisy va constituyendo un enigma para mí. ¿La ensalzó para engañarnos? Me pareció que ponía un sincero entusiasmo al hablar de ella.

—La ensalzó para engañarnos. Aún no había telefoneado a la Gestapo denunciándonos, recuérdelo. Su papel era hablar bien de Daisy. No tenga duda alguna respecto de ella. Yo la he visto trabajar febrilmente buscando los medios de facilitar la salida del país de amigos nuestros. Sé que empleaba gran parte de su sueldo en cotizar para socorrer a familias de presos, a los presos mismos. Ella iba a verlos para animarlos... No profanemos su memoria, Alan. Era una extranjera que parecía una patriota modelo. ¡Cuántos austríacos, como Clusius mismo, eran traidores! Resulta ahora que

era alemán, prusiano. Infiltración de alemanes desde que Hitler subió al Poder para minarnos.

El «taxi» pasaba ya ante el Museo de Historia, en la María Theresianplatz, y tomaba por Burg *Ring*, ya en el centro de la capital, donde la circulación era muy nutrida. Los grandes comercios, los palacios y edificios oficiales, el teatro de la Opera Nacional, el Musik Palast. En el Volksgarten, el gran parque frente al Parlamento, una banda militar alemana tocaba marchas militares, sin auditorio a su alrededor.

Penetró el coche en el Shotten *Ring*. Starks lo mandó parar. Ella le miró interrogadoramente.

—El conductor no tiene por qué saber si nos bajamos en el treinta y tres. Aunque le dije este número antes, no podrá decir a la Policía, si se lo preguntase, dónde fuimos realmente.

Pagó al hombre y cruzaron la calle, deteniéndose ante algunos escaparates. El agente especial observaba disimuladamente al «taxi», hasta que se perdió de vista entre los demás vehículos calle abajo.

Al llegar casi frente al 33, Rebeca oprimió con gran fuerza el brazo de Alan, que miraba en la misma dirección que la joven hebrea.

—¡Dos nazis ahí, en la puerta! —exclamó ella, con voz desfallecida—. ¡Esperándome!

—Nuevas gracias a Dios y a su Adonai, querida —repuso, sonriendo burlonamente, Starks, y obligó a la joven a dar la vuelta, muy despacio—. Si nos hubieran esperado dentro del portal, habríamos caído en sus garras como dos inocentes palomas en las del gavilán. Pero tienen esa incurable manía de hacerlo todo al revés que el resto de los mortales. Serenidad, Rebeca, serenidad...

—¡Pero no puedo volver ahí, Alan! —exclamó ella, angustiadamente—. Habrán subido al piso de Daisy, viendo sus maletas, sus ropas; habrán; registrado mi vivienda... Me esperan para detenerme. Y ¿qué hago, Alan, qué hago?

—Pasear conmigo, Rebeca. La tarde está magnífica, ¿no cree? Mucho mejor estamos así que no en una mazmorra, frente a unos nazis quitándonos el polvo de la ropa con sus caricias. No, usted no volverá más a esa casa. Todo cuanto tenía allí lo debe dar por perdido. ¿Era mucho?

—No, no... Un par de vestidos viejos, alguna ropa interior... Ya sabe, Alan, que no vivíamos nada bien mi padre y yo. Pero perderé la paga de la portería. No tendré ni un groschen de ingresos. Me quedo sin casa —bajó la cabeza, tratando de reprimir los sollozos.

—No tendrá nada y lo tendrá todo, querida —dijo Alan, acariciando su mentón con ternura, llevándola cogida del brazo—. ¿Por qué no confiar en que lo malo puede terminar pronto y entonces será todo lo feliz que puede serlo en estas circunstancias de prueba? Ahora, puesto que parece que nuestros destinos han de ir juntos, debemos buscar a Daisy. Dar con ella y ponerla en seguridad. Usted la acompañará. Tal vez a América, Rebeca...

—¡América! —exclamó ella, iluminado su hermoso rostro por la esperanza—. ¡Siempre he deseado ir allá, Alan! Nosotros, los hebreos, no tenemos patria, pero América, su América, es como nuestra tierra de promisión, después de Palestina, la patria inalcanzable. Pero, Alan, yo no puedo ir a remolque de usted, gravitando sobre su bolsillo, impidiéndole desenvolverse.

Sonrió él apaciblemente, apretando su mano sobre el brazo de ella.

—Usted ahora me sirve de mucho —dijo, suavemente—. Me va a llevar a ver a personas de confianza, que me darán noticias de Daisy. ¿Dónde podríamos ir ahora, Rebeca?

—Vamos a ver al pastelero Bauer —propuso ella—. Estamos muy cerca, pues vive en esta misma calle. Es de absoluta confianza.

—¿Como Clusius? —preguntó irónicamente Starks.

—Perdóneme, Alan —dijo, sofocadamente, ella—. A todos nos engañó ese hombre. Desgraciadamente, otros traidores habrá en nuestra organización, que nos estarán haciendo gran daño. Yo confiaba en él, y no me explico cómo aún no me había denunciado.

—Por su cara bonita —insinuó Starks, riendo.

Penetraron en la lujosa pastelería de Bauer, que estaba despachando en aquel instante a una cliente. Sonrió a Rebeca y después miró desconfiadamente a Alan. Cuando quedó libre se les acercó, tendiendo la mano a la joven.

—Ya sé que la Gestapo ha ido a buscarla —dijo el obeso comerciante—. Mi servicio de información me lo ha dicho hace pocos minutos. Temblaba por usted, hija mía.

—¿Iban a detenerme? —preguntó la joven, estremeciéndose.

—Sí. Consideran que usted puede hablar de lo que le ocurrió a su padre y eso no les conviene. Cerrando su boca, el asunto queda enterrado.

—Este señor —dijo Rebeca en tono quedo, señalando a Starks— es el agente del

F. B. I.,

americano, que ha venido a ver si encuentra a Daisy.

—Ya me ha hablado de usted el señor secretario del cónsul —dijo Bauer, tendiendo su mano regordeta al agente especial y sonriéndole—. Tengo orden de entregarle todo el dinero que necesite y darle alojamiento, si lo precisa. ¿Sabe algo ya de esa pobre muchacha? Pasemos a la trastienda, donde nadie de fuera puede vernos y escuchar. Voy a servirles unos pasteles y té. Bueno, Rebeca, usted no se apure por nada, si se ha quedado sin hogar. Esta noche dormiré aquí, y después buscaremos un sitio seguro, quizá en el campo. Tengo una casita en Presbauum, a veinte kilómetros de aquí, donde vive una hermana mía, y allí podrá dejar pasar tiempo hasta que esto vaya tranquilizándose un poco y la saquemos de Austria. ¡Ánimo, hija!

Se sentaron ante una mesa, en el comedor, y el viejo Bauer les llevó unos grandes pasteles, café y vino generoso. Se sentó a merendar con ellos mientras Starks y Rebeca le ponían al tanto de la traición y muerte de Clusius, así como de la fuga posterior de la casa.

—¡Clusius, traidor! —exclamó Bauer, palideciendo densamente y poniéndose en pie, lleno de agitación—. ¡Jehová me valga! Perdonen, perdonen, voy a destruir algo ahora mismo...

Abrió el armario del comedor y sacó, precipitadamente, varias fuentes de porcelana de Bohemia, platos y platinos, cubiertos. Y del fondo extrajo una carpeta azul, atada con un cordón.

—Listas de afiliados —murmuró temblorosamente—. Donativos, domicilios de amigos escondidos... Ayúdeme, Starks, a llevarlo al horno... ¡Maldito mil veces el traidor Clusius! Y era íntimo amigo mío. Tal vez estoy a punto de ser detenido...

Entre Starks y él llevaron los papeles, ya rotos, al horno. No se separó el atribulado pastelero de allí hasta que solamente quedaron las cenizas, que esparció con un gancho nerviosamente. Después lanzó un suspiro de alivio, limpiándose el sudor de la frente con el

dorso de la mano.

El timbre de entrada del establecimiento sonó al ser franqueada la puerta. Bauer, Rebeca y Starks oyeron ruido de claveteadas botas sobre el pavimento de mosaico de la tienda. Después, una sonora palmada y palabras en alemán, secas, imperativas.

—¿El «jüdisch» Bauer? —gritó alguien, volviendo a dar una recia palmada.

Bauer apartó a un lado a Starks. Lívido, pero lleno de dignidad, altivo, salió a la tienda.

—Buenas tardes —dijo, con voz suave, a los tres nazis, que portaban ametralladoras de mano—. A su servicio, señores...

—Usted es el «jüdisch», el perro espía Bauer, ¿no? —dijo uno, cabo de las S. S., apuntándole con su ametralladora.

—Me llamo Bauer —replicó el pastelero dignamente.

—Y perro espía, cerdo confidente del «konsul» de Estados Unidos —gritó el cabo cogiéndole de un brazo y sacándolo por la puertecilla del mostrador—. ¡Con nosotros, ahora mismo!

Starks, pistola en mano, también muy pálido, apareció en la tienda. Los nazis, asombrados, se volvieron hacia él, amenazadores.

—Levanten las manos —dijo el agente especial quedamente—. Voy a disparar si no obedecen. Bajen esas ametralladoras... Bauer, márchese con Rebeca...

Los tres nazis, idiotizados por el asombro, entregaron sus armas al agente especial, levantando después los brazos.

—Aprisa, Bauer. Márchense... —les insistió Starks—. Coja dinero, lo que sea...

—¿Y usted? —preguntó Rebeca, aterrada—. ¡Yo me quedo con usted!

—¡Márchense! —exclamó Starks, sonriendo cruelmente—. Estos señores se van a impacientar y tendré que matarlos.

Los nazis, rígidos, con los brazos en alto, se miraron significativamente. Bauer se había metido en la trastienda y hurgaba en una caja fuerte, ayudado por Rebeca. Salieron al fin y, después de mirar con asombro al sonriente Starks, salieron de la tienda.

Los de la Gestapo, a una, chillando guturalmente, fueron a precipitarse sobre el agente especial, que no les había quitado ojo.

Starks dio un paso atrás y disparó su pistola «Mauser». Un nazi

cayó desplomado sobre el mostrador, lanzando un chillido desgarrador al sujetarse el vientre. Los otros dos pretendieron coger las ametralladoras, tiradas en el suelo. Starks esperó a que estuviesen inclinados y disparó dos veces. Las dos balas perforaron dos cráneos rapados que sonaron a hueco.

Salió como una exhalación el agente especial. En la acera, varias personas miraban curiosamente a su alrededor, buscando la procedencia de aquellos disparos. Otras corrían, temerosas de verse envueltas en una contienda con la Gestapo.

Se guardó la pistola, y con paso rápido, seguido por las asombradas miradas de los que le vieron salir con el arma en la mano, buscó un «taxi».

De uno de ellos, detenido en la acera opuesta, salió por la ventanilla un brazo, que se agitó. Era Rebeca, que le llamaba desesperadamente. Corrió velozmente y subió a él.

—¡En salvo, Alan! —exclamó la joven, con los ojos llenos de lágrimas.

Bauer lloraba silenciosamente, llamando a su esposa y a su hijo.

—¡A Taborstrasse! —gritó la joven al conductor, que excitadamente les pedía la dirección.

Era un joven austriaco, que no daba muestras de estar muy asustado, ni menos de negarse a alejarles de allí.

Partió el coche a toda velocidad, cuando la gente se agolpaba en la acera, mirando con enorme curiosidad aquella escena de «film» americano.

—¡Bien!... —exclamó Starks, sonriendo—. De esta otra también hemos escapado. Bauer, no se ponga así, por Dios...

—Mi pobrecita mujer, mi hijo —sollozó el pastelero—. Los detendrán si no me entrego...

—¿Dónde están ahora? —preguntó Starks, mientras veía maniobrar al conductor, que seguía rumbo al norte después de haber cruzado el canal del Danubio por el puente de Augarten.

—En... en casa de Glaser, un amigo —repuso el anciano.

—¿Tiene teléfono?

—¡Oh, sí! —exclamó el pastelero, dando un brinco en el asiento—. ¡Les podemos avisar! ¿Vienen los nazis? ¿Nos siguen?

—No. Todavía no. Pero debemos cambiar de coche. Las gentes que nos miraban se habrán fijado en el número de la matrícula de

éste y nos van a coger muy pronto. ¡Oiga, amigo! —Dio un golpe en la ventanilla.

El chofer volvió la cabeza, sonriendo, como si aquella aventura le encantase.

—¡Pare ahí mismo! No conviene que nos siga llevando usted. Por su misma seguridad, por si le interrogan, no debe saber adónde vamos —dijo Starks.

Frenó el hombre al lado de la acera y abrió la portezuela.

—Son cinco *schillings*. Si no tienen dinero, déjenlo. ¿Huían de la Gestapo? ¡No se apuren, que hablan con uno que les hace todas las que puede!

Starks le entregó un billete de 25 *schillings*. Después, a paso apresurado, caminaron por la acera. El «taxi», a toda velocidad, tomó la gran arteria de Augartenstrasse, hacia el canal del Danubio.

—Bauer: tome usted aquel «taxi» —le dijo Starks, señalando uno que estaba a un centenar de pasos de allí—. Vaya a casa de ese amigo y espérenos. ¿Dónde es?

—El veintidós de Taborstrasse. Voy a llamar por teléfono a los míos antes —dijo el viejo, tembloroso de emoción.

El joven y Rebeca tomaron otro seguidamente. No era conveniente, según Starks que fuesen los tres en un solo coche, ya que si la Gestapo llegaba a investigar qué rumbo habían seguido, le sería mucho más difícil perseguirlos yendo diseminados, en diferentes coches.

Así, Rebeca ordenó al chofer que les llevase a la Nordbahnhof, no muy lejos de allí, yendo por Helnestrasse.

—¿Será de confianza ese amigo de Bauer? —preguntó Starks a su amiga, mientras sonreía con escepticismo.

—De completa confianza —afirmó ella, con un gesto de total convicción.

Starks rompió a reír. Rebeca le miró, extrañada y un poco ofendida.

—Estoy pensando, amiga mía —dijo él, encogiéndose de hombros—, por qué pasarán todas estas cosas en la vieja y culta Europa. Nuestra mentalidad americana no comprende, ni poco ni mucho, cómo estos magníficos pueblos, saturados de cultura y civilización, de los que nos hemos nutrido nosotros, llegan a este descenso de personalidad, trabándose en luchas propias de las

tribus africanas, con sus caciques al frente. ¡Con lo hermoso que es vivir en paz y libertad!

—Sin embargo —repuso Rebeca, moviendo la cabeza con desaliento—, esto sucede, pese a que los dos sabemos lo que es la libertad y la paz, y en nombre de ellas se erigen los déspotas, para anularlas e imponer su única voluntad. Es el paso atrás de los pueblos desesperados, que pierden la fe en todo y creen que un hipócrita mesías les ha de salvar de un caos que ese mesías ha provocado sigilosamente.

—Y América tendrá que venir a abrirles los ojos... —dijo, suspirando, el agente especial—. Como la otra vez, en la guerra de mil novecientos catorce al dieciocho.

—Es lo menos que puede hacer un gran pueblo por aquellos que lo formaron, ¿no cree? —sugirió ella—. Por otra parte, América, sin una Europa consciente, ¿qué podría hacer? Nuestra lucha por la libertad comprende a todos, incluso a América.

El «taxi» se detuvo ante el gran andén de la estación ferroviaria del norte. Se bajaron y Starks pagó el importe al chofer. Después simularon ir a las ventanillas de billetes, hasta que Alan, que miraba de reojo al «taxi», le vio partir del andén exterior y alejarse hacia Taborstrasse.

—Vamos —dijo él, cogiéndola de un brazo— a casa de ese amigo. Yo la dejaré allí, en seguridad, y después he de seguir mis pesquisas.

—Y yo con usted, Alan —repuso ella acaloradamente, mirándole con angustia—. ¿Qué puede usted hacer, sin conocer a nadie, sin saber si es leal o no a quien pregunte por Daisy? Iría rectamente a los calabozos de la Gestapo, sin poner por eso en duda su inteligencia y su arrojo. Además, yo he de hacer algo por Daisy, por todos esos que han caído por nuestra Austria.

Starks no contestó, pero apretó el brazo de la joven hebrea suavemente, mientras desviaba su mirada de la de ella, llena de ardorosa emoción.

Taborstrasse estaba muy cerca de la Nordbahnhof. Realmente, un extremo de dicha calle terminaba en la gran plazoleta donde estaba el gris edificio, de estilo abigarrado, con su gran columna del reloj.

Penetraron en el portal de la casa número 22 con cierta

inquietud. La Gestapo, pese a todo optimismo, sabía imponer una extraña sensación de terror.



VI



AVID Jung, el dueño del cuarto adonde llegaron Rebeca, Starks y Bauer, era un hebreo culto, de modales corteses, y su rostro no revelaba profundamente los rasgos de su raza. Llevaba unas gafas de oro, tras las que se distinguían unos ojos oscuros de profunda y escrutadora mirada. Tendría unos cincuenta años y era grueso. Poseía un establecimiento de antigüedades en Proterstrasse, y aunque los nazis le habían obligado, como a todos los hebreos establecidos, a colocar un cartel en la puerta anunciando que aquel establecimiento pertenecía a «un traidor judío», su negocio no se había resentido por ello. Tenía una regular fortuna, que no daba a guardar a ningún banco de Austria, y podía mirar el porvenir con aquella frialdad del que sabe que su enemigo acabará por caer vencido, aunque de

momento parezca vencedor.

El hombre recibió a sus hermanos de raza cordialmente, así como al bravo «amerikanisch».

Poco después llegaron la esposa de Bauer, anciana llorosa, y el hijo. Starks hubo de presenciar una escena, en la que los gritos y lamentaciones se sucedieron sin gran interrupción durante más de una hora. Los Bauer no se resignaban a quedarse sin su establecimiento de pastelería, que tan excelentes beneficios les estaba produciendo.

Llegó así la hora de la cena, y David Jung, con su joven esposa, muy bella y tan cordial como su marido, invitaron a sus huéspedes forzados a pasar al comedor. Ya David Jung y Bauer estaban discutiendo la posibilidad de que el segundo colocase parte de su capital en el establecimiento del primero. Faltaba la ardua tarea de fijar un rendimiento a aquel capital, y tal labor les llevaría todo el día siguiente, en interminables negociaciones. Una cosa era la amistad, el ofrendar su cobijo al hermano de raza acorralado, y otra los negocios.

Starks, gran observador, procuró no perder detalle de la vida de aquellas gentes, muy extrañas para él. Y Rebeca, a su lado, no cesaba de observarle, sonriéndole débilmente cuando sus miradas se encontraban. Alan se dijo que aquella hermosa joven parecía contemplarle como a un ídolo, un ser de otro y poderoso planeta, venido a la Tierra para salvarla y llevársela después con él. Una muda admiración, en la que...

—No sé nada de Daisy —decía en aquel momento David Jung, encogiéndose de hombros, a pregunta Bauer. Starks puso atención a aquellas palabras del distinguido hebreo—. Realmente, esa muchacha... no me interesa mucho.

Bauer, Rebeca y la esposa llorosa del pastelero miraron con reconvención al anticuario.

—¿Qué quieres decir, David? —inquirió secamente Bauer—. ¿Piensas de ella mal? Deberías recordar que Daisy hacia el bien incluso a nosotros, los hebreos. Incluso a ti...

—Quizá David Jung ha querido decir que, por sus negocios, no tiene tiempo de ocuparse en saber cuál será el paradero de nuestra mejor amiga —insinuó Rebeca dulcemente—. ¿Verdad, David Jung?

—No me interesa nada esa muchacha. Eso es lo que he querido

decir, sencillamente —repuso hoscamente David Jung—. El señor Starks me perdonará que me exprese así de una compatriota suya. El señor Starks deseará conocer, naturalmente, por qué digo esto...

—Se lo agradecería —dijo Alan, sonriendo—. Tengo que encontrarla y sacarla de Austria.

—Yo aconsejaría al señor Starks que la diese por muerta y renunciase a tal gestión —dijo David Jung—. Mis últimas informaciones, pues me he ocupado de Daisy hasta ayer mismo, me indican que esa muchacha jugaba con dos barajas...

Bauer y Rebeca se levantaron a una, asombrados e indignados por las palabras del anticuario. Éste sonrió despectivamente, jugando con una bolita de miga de pan.

—David Jung, hablas de una manera inconsciente —dijo Bauer gravemente, volviendo a sentarse. Rebeca le imitó, roja de indignación—. ¿Quieres hacernos el favor de explicar por qué crees que Daisy jugaba con dos barajas? ¿Era traidora a nuestra causa? ¿Estaba vendida a la Gestapo? ¡Nunca lo podré creer!

—Creo que estaba vendida a la Gestapo —murmuró Jung quedamente, como si pensase cada palabra que decía—. No tengo pruebas de ello, es cierto, pero no por ello tengo menos y particular convicción de lo que digo.

—¡Ah, vamos! —exclamó, sonriendo, Bauer—. Una opinión particular... Bueno, David, puedes pensar lo que quieras, pero no debes llegar al extremo de desear que los demás creamos lo que tú y destrocemos la opinión que de Daisy tenemos. Estás equivocado, David Jung, y esto es la pura verdad.

—Sí, está equivocado —agregó Rebeca con firmeza—. Daisy era la mejor mujer que yo haya conocido.

—Amigos míos han visto entrar en la sede de la Gestapo, en el Justiza-Palast, a Daisy —dijo suavemente David, recorriendo con la mirada el rostro de sus amigos—. Esto fue antes del día 6. Un día antes. Un rato después salía, acompañada de un jefe de las S.

S. Hablaban

cordialmente...

—Yo puedo decirle, David Jung, a lo que fue allí y lo que habló —cortó Rebeca con acento de triunfo—. Fue a solicitar un salvoconducto para un austríaco que acababa de salir de la cárcel y quería ver a su madre. En realidad, David Jung, lo que deseaba

Daisy era proporcionar la fuga a ese muchacho austríaco. ¡Y lo consiguió! Daisy era irresistible cuando quería. Me dijo que un jefe de las S. S., estaba enamorado de ella, y a él recurrió para lograr ese fin. A estas horas, ese muchacho debe de estar en Yugoslavia. Quedó en enviar un telegrama a su madre cuando transpusiese la frontera...

—Y su madre, ¿lo ha recibido? —inquirió con helada suavidad David Jung—. ¿Se sabe que esté en Yugoslavia... o muerto en la cámara de gas?

—Aún no ha recibido su madre ese telegrama, es cierto —concedió Rebeca, palideciendo—, pero eso no significa nada, y menos para Daisy. Ella hizo su tarea. A otros varios muchachos que iban a ser movilizados les procuró salvoconductos para escapar, y...

—¿Se sabe de ellos? —gritó roncamente David Jung, dando un terrible puñetazo sobre la mesa—. ¿Se sabe algo de ellos, Rebeca? ¡Contesta! —Se pasó una mano por la frente, húmeda de sudor. Después cambió de tono de voz, haciéndola amable, casi humilde—. Perdona, hija mía... Me he portado descortésmente. Dime si se ha sabido de esos... pobres muchachos.

—Daisy me dijo que sí —murmuró Rebeca, casi sollozando—. Que sus familias habían tenido cartas. ¿Por qué dudar de ella, David Jung?

—Sí. ¿Por qué dudar de ella? —dijo Bauer en tono apaciguador, sirviéndose una taza más de café—. Yo puedo atestiguarle que alguna vez ella me advirtió cuándo la Gestapo iba a hacerme un registro o a investigarme las cuentas para sacarme dinero como beneficios extraordinarios. Fue leal, muy leal...

—Tenía amistades en la Gestapo, es cierto —manifestó Rebeca con ardor—, pero eso mismo revela su lealtad a nosotros, porque los odiaba a muerte. Era para investigar lo que ellos pensaban y ponernos en guardia seguidamente.

David Jung se encogió de hombros, haciendo un gesto de incredulidad con la cabeza.

Starks no perdió una sola palabra de aquella conversación, de gran trascendencia para él. Y cuando los ánimos se apaciguaron y se varió de tema, él comenzó a sentirse verdaderamente inquieto, lleno de dudas. No había habido unanimidad de criterio al juzgar a aquella Daisy misteriosa, pese a que todos ellos decían conocerla

profundamente. Frente a las aseveraciones de Bauer y Rebeca, las acusaciones certeras, llenas de sospechas, de David Jung. Algo terrible había quedado flotando sobre el ambiente, y Starks comprendió que Daisy debió de poseer una inteligencia prodigiosa, una astucia no igualada, tanto para hacerse querer como para quizá engañar y ser, como dijera Jung, una artera traidora. Todo era posible, haciendo lo que hacía Daisy: tener amistades en ambos bandos.

Rebeca le estaba mirando profundamente, como siempre, pero ahora quizá tratando de adivinar lo que él pensaba de Daisy después de aquella tremenda discusión sobre ella, cómo era ella.

—¿Cómo era realmente Daisy, Rebeca? —preguntó él a la joven, reflejada en su mirada la incertidumbre—. ¿Merecerá la pena que siga buscándola?

—Daisy era como he dicho, Alan —dijo suavemente Rebeca—. Yo la conocía mejor que nadie. Me pasaba muchas horas con ella, en su piso, hablando de la suerte de esta desdichada Austria, de nosotros, los hebreos... Me refería cómo engañaba a los de la Gestapo, que creían era una simpatizante de ellos y del nazismo. Hubiera podido ser una gran espía. Hasta que alguien, Clusius seguramente, la denunció. Alan, debe creer, como yo, que Daisy era una gran mujer, con los más elevados ideales de amor al prójimo, tal como vuestro Jesús lo predicaba. Si vacila en creerlo disminuirá su interés en buscarla y hallarla. Quizá viva aún y la podamos salvar. Es lo menos que por ella puede hacerse, cuando se sacrificó por todos nosotros.

Y Alan, silencioso, pensaba en Daisy, en el enigma que aquella bella mujer representaba. Pensaba en las palabras de David Jung, rectas como flechas al blanco de la duda, de la sospecha. Era desesperante cómo todas aquellas personas que conocían a Daisy hablaban de ella en cierto tono vago, sin aportar datos concluyentes, tanto si la suponían una mujer adicta a la causa de la libertad como al acusarla de traidora. La misma Rebeca decía de Daisy lo que Daisy le dijo que hacía. Y ¿qué vio Rebeca de lo que Daisy hizo? ¿Qué vio David Jung en Daisy para llamarla traidora? Dijo «que le habían dicho» tal y cual cosa de ella que parecía revelar un acto de traición; pero a él, personalmente, nada le había hecho ella. No era posible, así, saber qué papel desempeñó Daisy

realmente en aquella lucha a muerte de los patriotas austríacos contra el invasor alemán.

Hacia las once de la noche, Starks se levantó de su sillón cuando el matrimonio Jung iba a retirarse a descansar, así como los Bauer y su hijo. No estaban tranquilos, ya que eran siempre de temer, a cualquier hora del día o de la noche, y particularmente cuando las sombras nocturnas cubrían la ciudad, aquellas terribles redadas de las S. S, y las S. A., allanando domicilios, abarrotando de detenidos de uno y otro sexo los camiones.

—Voy a comenzar la búsqueda —dijo a Jung y Bauer, que le miraron con inquietud y asombro—. Es ahora cuando podré ver a las personas que me podrán dar una pista. Rebeca quiere venir conmigo, aunque creo que hace mal...

—Sin mí, nadie le dirá nada, Alan —repuso ella—. Todos creerán que usted pertenece a la Gestapo y que trata de sonsacarles. Yo le iré presentando a nuestros más fieles amigos, y con lo que nos digan podremos descubrir qué es de Daisy. No veo otra forma por la que usted pueda encontrarla.

—También por la noche es más peligroso salir a la calle, joven —dijo Jung, haciendo un gesto de reprobación al plan de Starks y Rebeca—. Les detendrán muchas veces para pedirles la documentación. Y como tengan la menor duda sobre su identidad los llevarán al retén y les acosarán a preguntas...

—No tienen el menor dato sobre mi rostro. Hablo perfectamente el alemán y llevo una buena documentación —repuso Alan, sonriendo animosamente—. Y una pistola y casi cien balas. He de cumplir con mi deber, señores.

Bauer tendió su mano al joven, mientras decía con voz emocionada:

—Que luchemos nosotros por nuestra propia causa, por nuestras vidas y bienes, es comprensible, muchacho. Que usted lo haga por lo que lo hace, por cumplir un deber, sabiendo que hay noventa y nueve probabilidades de fracasar y aun de perder la vida en el empeño, es... admirable. Que Adonai le ayude y nos le traiga victorioso. Rebeca, ve con él, si ése es tu deseo. Realmente, hija mía, la desesperación es tu único acompañante fiel. Si te cogen, recuerda ante todo que de lo que tú declares penderá la vida de muchas personas que te aman y que esta noche dormirán confiando

en ti, en que sabrás guardar silencio aunque ellos pretendan lo contrario.

Rebeca besó al anciano Bauer y después a Jung y su esposa y a la esposa de Bauer. Estaba muy pálida, pero firme, con la mirada acerada. Jung le entregó una pistola automática de mediano calibre y unos cuantos cargadores.

Bajaron la escalera de la casa silenciosamente, cogidos del brazo. Ya en la calle, ella dijo, mientras miraba a su alrededor en la iluminada calle:

—Tengo amigos por aquí, en el *Ghetto* hebreo, pero es de esperar que sea también aquí donde esta noche la Gestapo nos busque con más ahincó. Vamos, pues, a ver a alguien que vive en...

Las luces de gas de los reverberos de la calle se apagaron súbitamente. Quedó casi a oscuras, y Starks se estremeció.

—¡Alan, me parece que es tarde para ir a dónde pensaba! — exclamó ella quedamente, apretando nerviosamente un brazo de él —. La Gestapo ya está en marcha. Apagan las luces de todo un distrito y ellos llevan los faros de sus coches y las linternas de dos colores para hacerse señales cuando toman una calle, a la entrada y a la salida, deteniendo a todos cuantos en aquel momento circulan por ella. Saben que esto produce un espantoso terror y que las gentes se quedan como paralizadas, esperándoles con los brazos en alto. Escuche...

Algo lejos aún se oía el rumor de muchos motores de camión o autocar y el sonido de los cláxones. Una blanquísima luz, muy potente, de los faros oscilaba continuamente, iluminando las calles o las fachadas de las casas.

—No está mal —dijo Starks serenamente—. Nosotros no vamos a asustarnos por eso. Sigamos nuestro camino y vayamos donde usted pensaba. Cuando vengan ya les burlaremos. ¿O prefiere que lo dejemos y suba usted a casa de Jung? Sería lo más prudente.

—¿Y usted? —preguntó ella, cogiéndole una mano entre las suyas, temblorosas.

—Dígame usted un par de direcciones de amigos suyos, y procuraré verles. Debo buscar a Daisy. Quizá un pequeño retraso pueda ser fatal para ella.

—¡No! ¡Usted solo, no, Alan! —respondió ella apasionadamente —. Nadie le diría nada, aunque fuese en mi nombre. Saben lo

peligroso que es confiarse al primero que llega. Alguno, hasta querría quitarle la vida, creyendo que es un espía de la Gestapo. Yo voy con usted, Alan. ¡Vamos, vamos!

Caminando aceleradamente en la oscuridad casi absoluta, pegados a las paredes de las casas, muy juntos, enlazados del brazo, siguieron por Tabortrasse un rato, y a instancias de Rebeca torcieron a la izquierda, para penetrar en Scherzerstrasse, buscando los jardines de Augartenplatz. Ella conocía perfectamente las calles y guiaba sin vacilar.

—¿No habrá por aquí ningún taxi? —preguntó Starks—. ¿Ni una línea de tranvías?

—Todo lo paralizan cuando verifican sus redadas. Tampoco hay luz en el parque... Debemos atravesarlo, no obstante. Están cerca, Alan...

Sonaban los motores de los autocares y sus faros iluminaban fugazmente las copas de los árboles del parque de Augarten, uno de los más amplios de la ciudad. Procedentes de Augartenstrasse, en aquel instante penetraron en una de las avenidas del parque varios coches ligeros, de los que descendieron apresuradamente como una docena de nazis armados, que corrieron hacia el centro y uno de los extremos, el norte, de los jardines. Los faros de los coches iluminaron una zona del parque, y Starks y Rebeca vieron cómo varios hombres de paisano huían velozmente, perseguidos por los nazis.

—«Halt!... Halt»![17] —gritaban los de las S. S., y después, el horrísono tableteo de ametralladoras ligeras y pistolas, voces de mando, ruido de pisadas sobre los guijos de los paseos.

—Han sabido que algunas noches se reúnen aquí nuestros amigos para distribuirse órdenes, armas, propaganda —dijo Rebeca con voz trémula—. Vamos a ocultarnos, Alan. Llegan más nazis.

El hermoso parque, casi a oscuras, a ratos iluminado por los reflectores de los coches y las lámparas de mano de los nazis, parecía un hervidero de personas enloquecidas que gritaban, disparaban, daban el alto y corrían de un lado a otro.

Alan y Rebeca corrieron hasta la esquina de Wasnerstrasse y se refugiaron en el quicio de un portal, apretados el uno contra el otro, para pasar más inadvertidos. Los faros móviles de los coches de la Gestapo buscaban con su luz blanquísima a los perseguidos, que

hacían regates para burlarlos. Continuadas ráfagas de ametralladora les buscaban también sañudamente.

Uno de los hombres, corriendo con todas sus fuerzas, aunque era bastante cojo, se aproximó, jadeante, al portal donde estaban Alan y Rebeca. Llevaba un bulto bajo el brazo y buscaba un rincón donde esconderse.

—¡Pramer! —exclamó Rebeca, saliendo de su escondite y yendo hacia el hombre, que se volvió sorprendido—. ¡Pramer, aquí, aquí!

Varios nazis, con las linternas de mano encendidas, buscaban entre los arbustos. Después optaron por ametrallarlos sin entrar en las espesuras.

—¡Rebeca! —exclamó quedamente el hombre, amparándose en el quicio—. ¿Tú también tenías que venir hoy? ¡Nos ha traicionado alguien! ¿Quién es este hombre? —Sacó una pistola y apuntó a Starks, que hizo un gesto amistoso.

—Uno de los nuestros, Pramer.

Los nazis, gritando, parecían acercarse.

—Nos ha traicionado alguien, te digo —murmuró el hombre—. Llevo aquí diez pistolas y municiones, y voy a tener que tirarlas. Todo esto está cercado por ellos... ¡Nos ha traicionado alguien!

—¿Sabe usted algo de Daisy Fischer? —preguntó Starks en voz muy baja.

—Sí, Pramer, ¿sabes algo de ella? —inquirió Rebeca—. ¡Cómo disparan esos nazis! Lo hacen por miedo...

—Desde la tarde del día siete, anteayer, nada. La buscamos lo menos doscientos afiliados, pero parece que se la tragó la tierra.

—¿Desde la tarde del siete? —preguntó con asombro Starks—. Arrímese más al quicio, Pramer. Vienen...

Varios nazis, con las lámparas de mano, iluminaban un macizo y dispararon varias ráfagas antes de entrar y registrarlo. Después fueron a la acera y cruzaron la avenida de cemento, como si se dirigiesen a la casa donde estaban los tres escondidos.

La puerta del edificio se abrió de repente, solamente un poco.

—Entren... —dijo una voz a sus espaldas—. ¡Pronto!...

Precipitadamente, pues los nazis estaban ya casi dando la vuelta a la esquina, entraron en el portal, a oscuras.

VII



—RACIAS, amigo —dijo Starks al portero, un anciano encorvado, que llevaba una lámpara eléctrica en la mano temblorosa.

El hombre hizo un gesto para que callase. Sonaban afuera las botas claveteadas de los nazis y sus voces excitadas. Más descargas de ametralladoras, que llenaron de ecos el ancho portal de mármol.

—Están ensayando, por lo visto, para cuando dentro de poco vayan la guerra —dijo el portero, sonriendo burlonamente—. ¿Por qué no lo harán en Berlín, señores? Ustedes iban al teatro, seguramente, y se han visto sorprendidos por esta parodia de guerra... Estos nazis son siempre tan oportunos y tan respetuosos...

Starks cogió de un brazo a Pramer y se lo llevó a un rincón mientras Rebeca charlaba con el humorista portero, que no parecía

sentir mucho miedo por los nazis.

—De Daisy, Pramer... —dijo muy quedamente Alan, ofreciendo un cigarrillo al hombre, que lo tomó con ansia.

Encendieron, y Starks iluminó con la llama de su mechero la cara de Pramer. Tendría unos treinta y cinco años y era alto, fuerte, aunque cojo de la pierda izquierda. Su rostro era enérgico, de facciones como talladas en piedra, brillante, casi agresiva la mirada. Starks lo clasificó como uno de esos hombres fanáticos por una idea, y que lo mismo, según sea la idea que profesen, pueden ser unos criminales sin posible redención que grandes benefactores de la Humanidad, por la que ofrecen sus vidas sencillamente.

—¿Qué quiere saber de Daisy? —preguntó Pramer, aspirando vertiginosamente el humo del cigarrillo—. Desde la tarde del siete...

—Eso es lo que quiero saber. A ella la detuvieron la noche del seis, cuando salió del Consulado, ¿no?

Rebeca se aproximó cuando el portero se fue hacia adentro. Seguían en el parque los gritos y algún disparo suelto. Los autocares y coches ligeros parecían marcharse, oyéndose cómo se alejaban.

—Sí; la detuvieron la noche del seis. Pero luego ha sido vista, en la tarde del siete, al siguiente día. Estaba anocheciendo y un camarada, al ir a cruzar Universitas Strasse, pasó por delante de un «Mercedes» de la Gestapo, que estaba parado, con otros coches, a causa de la señal del tráfico.

—¿Quién la vio, Pramer? —preguntó, ansiosamente, Rebeca.

—Schmeltz. Ya sabes que siempre anda rondando el Palacio de Justicia, para saber si salen o entran detenidos. Pues la vio en el «Mercedes». Estaba ya anocheciendo. Iba entre dos oficiales de la Gestapo...

—¿Charlando con ellos? ¿Como si fuesen amigos? Usted ya me entiende... —preguntó rápidamente Starks.

Le ofreció otro cigarrillo a Pramer, que lo aceptó con el mismo deseo que el anterior.

—Schmeltz me dijo que se fijó en eso, precisamente. En aquel momento, un par de segundos tan solo, ella estaba callada, mirando fijamente hacia adelante. Los dos oficiales también estaban callados. No se pudo dar una idea si es que iba detenida o... —Bajó la cabeza sin terminar la frase.

—No pienses mal gratuitamente, Pramer —dijo severamente Rebeca.

—Nunca he pensado mal de Daisy, oye —repuso agriamente Pramer—. Pero recuerda cómo otros patriotas, que parecían eran sinceros y leales, nos vendieron. Lo que ha pasado esta noche, ahora, es producto de una traición. Ya veremos cuántos han caído en esta emboscada... ¡Y el que lo ha hecho, lo paga, Rebeca!

—¿Usted cree, entonces —dijo Starks, cogiendo de un brazo a Pramer, que estaba terriblemente excitado—, que Daisy era fiel a ustedes, leal...?

—Este amigo es americano y pertenece al Federal Bureau of Investigation, Pramer. Una especie de Gestapo americano, pero hacer el bien, si me comprendes. Ha venido clandestinamente para salvar a Daisy. Tenemos que ayudarle. Dile que Daisy era fiel, leal, buena...

—Me parecía que era eso: fiel, leal, buena. Pero te digo, Rebeca, que hoy no se puede poner la mano por nadie, ¡por nadie! —replicó adustamente Pramer, encogiéndose de hombros—. Desde luego, lo parecía, señor Starks. Las cosas, como son. Si Schmeltz la hubiese podido contemplar un poco más, quizá ahora sabríamos si Daisy es o no traidora. El «Mercedes» arrancó y todo quedó en el misterio. Lo importante es que hasta la tarde del siete aún vivía.

—Esta noticia hay que llevarla enseguida al Consulado americano —dijo Rebeca—. La Gestapo llevaba en un coche suyo a Daisy el día siete, un día después de que el «Obergruppenfuhrer» dijo al señor Baldwin que nada sabía de ella.

—Ya hemos pasado ese recado al Consulado americano —dijo Pramer—. Bueno; parece que todo ha pasado —dijo después, aproximándose a la salida—. Que me abra ese hombre. ¿Ustedes se quedan? ¿Adónde iban?

—En busca de Weiss. Estamos tratando de seguir la pista de Daisy. Weiss es amigo de un conserje del Palacio de Justicia, la sede de la Gestapo —dijo Rebeca—. ¿Puedes tú decirnos de alguien más que sepa algo?

—El mismo Schmeltz. Ya sabes que vive en Mosserstrasse, en el siete. Si puedes encontrarlo esta noche, aunque lo dudo, él quizá sepa algo interesante. Bueno, bueno, estoy perdiendo aquí el tiempo. Tengo que llevar estas pistolas a dos patriotas. Me las

acababan de dar, cuando los nazis...

El portero les abrió la puerta. Starks le entregó un billete de 25 *schillings* al salir.

La plaza y el parque parecían estar desiertos. Había muchas nubes en el cielo y por ello la visibilidad era mala. Pramer trató de avizorar lo que pudiera haber entre los macizos, temeroso de una emboscada. Fue hasta uno de ellos, pistola en mano. Quería saber también si algún afiliado a la «Liga Antinazi» había caído en la refriega.

—«Halt»! —gritó una voz gutural, brotando de entre el macizo.

Y un bulto oscuro, dos, tres, saltaron frente al sorprendido Pramer. La luz de una linterna eléctrica iluminó su rostro.

El patriota disparó mientras retrocedía, apretando el paquete de armas contra su cuerpo. No pudo hacer otra cosa, pues de haberse entregado, el ir armado y llevar otras varias pistolas encima significaba su sentencia de muerte.

Rebeca y Starks dispararon también, en ayuda de Pramer. Éste volvió a disparar de nuevo. Dos nazis cayeron. El tercero, con su ametralladora de mano, lanzó un chorro de balas sobre el cuerpo de Pramer, que cayó al suelo como lanzado por una terrible embestida. Y muchas veces, de todas las esquinas del gran parque, sonaron. Y ruido de silbatos, órdenes...

—¡Aprisa, Rebeca! —exclamó Starks—. Lo han matado y nada podemos hacer.

—¡Las armas, las armas! —gritó Rebeca—. ¡Espere un poco!...

—¡Por Dios! ¿Qué hace? —gritó el agente especial al verla avanzar con un valor suicida, disparando sobre el nazi, que estaba tratando de meter un nuevo cargador en su ametralladora de mano.

El hombre cayó hacia atrás. Pero otros nazis, con las linternas encendidas, acudían y disparaban, gritando ensordecedoramente. Starks disparó a su vez, protegiendo a Rebeca, que ya tenía bajo el brazo el paquete de las armas.

Corrieron con todas sus fuerzas, perseguidos por los nazis, haciendo eses, buscando refugio temporalmente tras los gruesos troncos de los abetos, los castaños de Indias, los tilos. Pero un cerco se estaba iniciando sobre ellos y las posibilidades de escapar las conceptuó el aguerrido agente especial como muy escasas. Rebeca parecía otra y le llenó de admiración. Había sacado, de entre el

paquete, dos pistolas y municiones, y le dijo, con firme acento, rabiosamente:

—Usted dispare, dispare. Tenga, dispare... Yo le cargaré otras.

Evadieron, de momento, el cerco, gracias a que Starks disparaba con enorme velocidad, surtido de armas y municiones por Rebeca, que también tenía tiempo para disparar a su vez. Varios nazis, de los que portaban linternas eléctricas, cayeron. Retrocedían Starks y Rebeca lentamente, saltando de detrás de un árbol a otro, escondiéndose tras las macizos e imponiendo un respeto creciente a los nazis, pese a las órdenes que les daban sus cabos o sargentos con voz gutural.

—Una carrera y nos metemos por la Obere Donau —dijo Rebeca—. Sígame, querido Alan.

—¡Vamos! ¿Ha visto? He cogido una ametralladora de esos nazis. Son veinticinco balas de una vez, si se aproximan.

Se lanzaron velozmente a la calle y la cruzaron vertiginosamente; Rebeca, sujetándose a un brazo de Starks, mucho más ligero que ella, para no dejarla atrás. Dos veces se volvió el agente especial para lanzar una ráfaga de balas sobre los aulladores nazis, que disparaban a su vez con excesiva precipitación.

La Obere Donau Strasse corría paralela al curso del canal del Danubio, pero por detrás de unas largas casas. Franqueadas éstas, llegaron al gran paseo a orillas de la corriente, muy cerca del puente de Augarten.

Había allí también jardines, con bancos para sentarse, y copudos árboles. No podían distinguirse apenas las aguas del canal, pero era posible oír su ruido suave, como un leve deslizamiento.

Llegaron casi sin aliento al paseo. Atrás se oían los pasos de las botas ferradas de los nazis sobre el asfalto. Y, súbitamente, a la izquierda de Alan y Rebeca, brilló, como a veinticinco metros, la luz blanca de una lámpara eléctrica de mano. Después, la luz blanca le trocó en roja.

Rebeca lanzó un ahogado grito de pánico y se apretó contra Starks, que la empujó contra un grueso tronco de árbol. Ella le obligó a mirar detrás de él. Otra luz blanca, pequeña y roja después. Como un parpadeo.

—Se hacen señales. Cuando luce la luz roja es que llaman la atención, porque han visto u oído algo —dijo Rebeca, con voz

temblona de terror—. Nos ha visto seguramente. Mira, mira...

Ambas luces, cambiando de color continuamente, a cada extremo del espacio que mediaba entre los dos nazis, se iban acercando. Y era porque con aquellas señales, como una especie de Morse, se ponían de acuerdo para señalar al enemigo y cogerlo entre dos fuegos.

—Espere, espere, querida —dijo Starks, con voz firme, tranquila—. Que se acerquen un poco más... No es mal sistema, pero ya verán...

La luz blanca, roja, del que estaba detrás de ellos se acercó más rápidamente. Lo mismo hizo el otro...

Un agudo sonido de silbato rasgó el silencio. Lejos, los nazis marchaban al unísono, como en formación, sonando sus botas sobre el asfalto. El ruido de un motor de automóvil sonó cerca. Otro silbato, agudo, estridente, pareció contestar al primero.

—¡Vámonos, vámonos! —exclamó Rebeca, enloquecida—. Nos están cercando...

Starks se libró de los brazos de ella, que le inmovilizaban, y esgrimió su pistola «Mauser». El ruido del disparo sonó secamente.

La luz blanca y luego roja, que parecía oscilar en manos del nazi, cayó al suelo, rodó un poco y quedó después quieta, con un fulgor rojo. El nazi lanzó un grito de agonía. Oyeron cómo caía al suelo y gemía...

Se volvió el agente especial. El otro nazi, con la lámpara en la mano, se había quedado inmóvil, como indeciso. Y Starks apuntó a la luz blanca y disparó dos veces seguidas.

Se apagó la lámpara, pero oyeron cómo caía al suelo, y un terrible grito del nazi, que daba traspies, haciendo sonar sus botas claveteadas. Cayó al suelo pesadamente, y después, el fogonazo de un disparo, el ruido de la detonación y el silbido de la bala, lejos de ellos.

El coche avanzaba velozmente. Encendió los faros y otra luz blanca, la del faro giratorio que manejaba un nazi al lado del conductor, buscó insistentemente a Rebeca y Alan, que estaban tras el tronco del árbol.

Starks disparó de nuevo, ahora contra el faro portátil del coche, que estaba a pocos metros. Cambió la pistola por la ametralladora de mano, muy encogido tras el árbol. Rebeca disparó también.

El faro movable pareció estallar al recibir el balazo y lanzó los cristales, con ruido estridente, por la calzada y sobre el conductor del coche. Éste lanzó un alarido de dolor y el coche oblicuó, sin dirección, metiéndose en la acera.

—«Achtung»! «Achtung»![18] —gritaron los nazis que iban dentro, aterrados.

Mas el coche siguió su carrera incontrolada y se lanzó contra uno de los bancos, subiendo por él las ruedas delanteras, basculando sobre el respaldo, de hierro, y volcó. Una gran llamarada brotó de él, al incendiarse el motor. Los gritos de espanto de los nazis, que comenzaban a sentirse abrasados, empujaron a Starks y Rebeca a la huida, cruzando la calzada a toda velocidad.

Corrieron sin parar, sin volver la cabeza, escuchando los estridentes silbatos, los gritos de los nazis que perecían en el interior del coche y cómo otros coches llegaban con los faros encendidos. Rebeca se desprendió de Starks, fue al encuentro de uno de los «autos» y disparó todo un cargador sobre la parte delantera, que ocupaban el chofer y un nazi. Después se lanzó a la carrera en busca de Alan, que disparaba a su vez sobre el coche, que había perdido la dirección y marchaba alocadamente de un lado a otro de la calzada. Nuevamente se repitió el caso del otro vehículo, pero esta vez, tras subir a la acera y embestir contra el parapeto de piedra del canal, lo remontó, dio un coletazo y la parte trasera, como elevada por una fuerza irresistible, fue la que impulsó al resto del vehículo al vacío. Cayó al canal con gran ímpetu y el ruido tremendo al choque con las aguas les hizo a los dos inclinarse sobre el parapeto. Un griterío apagado, de voces que llamaban, y después, el silencio...

—¡Que me traigan más lamparitas! —exclamó Starks rabiosamente—. Si algo de eso hiciesen los «gangsters» de Chicago contra nosotros, o nosotros contra ellos, pobres de unos y otros...

Corrieron desaladamente, volviendo la cabeza para escuchar. El ruido de silbatos, de «claxons» y las voces de mando se iban amortiguando. Ya no les perseguían tal vez, entretenidos con las catástrofes de los coches.

—Vamos a casa de ese Weiss —dijo Starks, obligando a Rebeca a aflojar la marcha—. Descansemos un poco... Ahora parece que nos han dejado en paz. Deben creer que somos una banda de lo menos

cien hombres, armados con cañones y ametralladoras.

—No está lejos Mosserstrasse. Es en el número siete, según dijo Pramer. ¡Pobre y leal amigo! Tenía que ser ése su fin, el que anhelaba... Salvó la vida a decenas de patriotas, pero le parecía aún poco.

Cruzaron el puente sobre el canal, muy pegados a la barandilla. Desde allí distinguieron las llamas del coche de la Gestapo ardiendo todavía. Ya en la otra orilla, se metieron por entre los jardinillos, ocultándose cuánto podían entre la hilera de árboles.

Mosserstrasse era una calle muy corta, en la que solamente había tres casas, según pudieron ver entre sombras. El cielo parecía haberse despejado un poco y brillaban las estrellas intensamente entre los claros.

—El siete —dijo Rebeca, deteniéndose ante un portal.

Era una casa de buena apariencia, quizá habitada por burgueses o empleados de clase media. Llamaron al timbre de la puerta, en el que se indicaba cuál correspondía a cada piso. Rebeca había titubeado de llamar.

—Creo que es en el segundo —dijo al fin—. Si no es, nos van a insultar.

Poco después oyeron cómo se abrían las hojas encristaladas de uno de los balcones y un bulto se asomó. Una voz de hombre gritó:

—Casa del señor Weiss. ¿Qué desean?

Rebeca salió al centro de la calle y dijo con voz queda:

—Soy Rebeca Klenze, Weiss. Quisiera hablar con usted... Vengo con un amigo de ambos.

—¡Ah, perfectamente, querida muchacha! —le contestó Weiss alegremente—. Un instante, que voy a abrirles.

—Está muerto de miedo, pero lo disimula, por si los vecinos le escuchan —dijo Rebeca, mientras esperaban.

—¡Por Dios, qué vida la que llevan ustedes! —exclamó Alan, con amargura—. Cuando refiera esto en América se van a quedar aterrados. No es lo mismo hacer suposiciones, como hacen allá, de lo que ocurre aquí que verlo.

Sonó la llave en la puerta y una hoja se abrió quedamente. Weiss, con una lámpara eléctrica en la mano, les hizo un gesto para que entrasen.

—¿Pasa algo grave? —dijo, en un susurro, a Rebeca—. He oído

yo no sé cuántos tiros, gritos, explosiones. Ahora he visto, desde arriba, un incendio en el otro lado del canal. Bueno; una noche de la Gestapo, sencillamente...

Subieron la escalera, guiados por la luz de Weiss, que iba delante.

—No es nada grave... para usted, Weiss —dijo Rebeca, mientras subían—. Vengo de parte del pobre Pramer.

—¿Del pobre Pramer? —Se volvió Weiss para mirar, asustado, a Rebeca—. ¿Le ha pasado algo malo? Bueno... él buscaba a la muerte, sin duda alguna. Desde que su mujer murió, se convirtió en un loco homicida. ¡Pobre! ¿Qué le ha ocurrido?

—No hace media hora murió matando. Iba con nosotros. En una emboscada de la Gestapo en Augartenplatz.

Weiss detuvo su paso. Buscó apoyo en la barandilla, baja la cabeza, respirando fuertemente. La luz de la linterna oscilaba, iluminando la pared estucada con un círculo blanco brillante.

—¡Noble camarada Pramer!... —exclamó, sordamente—. ¡Cuánto hemos de notar su ausencia! Sí, deseaba morir, el pobre. Morir matando. Me lo dijo muchas veces, casi con alegría, con salvaje alegría. Pasad —dijo, quedamente, cuando llegaron al cuarto de Weiss—. Está durmiendo mi hija, mi pobre Ertha.

—¿No está mejor, Weiss? Padece de parálisis —dijo a Starks.

Éste hizo un gesto de simpatía, tendiendo su mano al conserje del Palacio de Justicia. Rebeca los presentó, y el austríaco les invitó a sentarse. Fue a la cocina y poco después regresó con dos tazas de humeante café, que les ofreció sonriendo.

—Veníamos, Weiss —dijo Rebeca—, en busca de información sobre Daisy Fischer. Starks y yo queremos salvarla de la Gestapo y ponerla en la frontera yugoslava. ¿Sabe usted algo reciente de ella?

Weiss encendió una gran pipa, curva en silencio, dando sendas chupadas, como si reflexionase profundamente antes de hablar. Moviéndose después la cabeza a un lado y otro, mientras arqueaba las pobladas cejas. Weiss tendría unos sesenta años, pero era aún fuerte, robusto, sanguíneo.

—Daisy... Daisy... —murmuró al fin—. Todos echaremos mucho de menos a esa pobre muchacha...

—¿La han matado? —exclamó Rebeca, palideciendo—. Diga lo que sepa sin rodeos, Weiss. No logramos hasta ahora tener noticias

concretas de ella, y estamos desde las once yendo de unos a otros. Nadie sabe nada. Todos son conjeturas, suposiciones, fantasías tal vez, al correr las noticias de unos a otros...

—Señor Weiss —dijo Starks, encendiendo un cigarrillo y ofreciendo otro a Rebeca—: a mí me interesa, casi más que encontrarla, saber si Daisy era una mujer fiel al Consulado americano. Si no jugaba con dos barajas, dando las mejores bazas a la Gestapo. ¿Puede usted contestarme a eso?

—Desde luego. Daisy era, es, mejor dicho, absolutamente fiel a sus ideales democráticos, a su Consulado, a nosotros, los patriotas austríacos —replicó prontamente Weiss, mirando con cierto asombro al agente especial—. No tenga duda sobre eso, señor Starks.

—Alan, ya lo ve... —dijo, con acento de triunfo, Rebeca—. Weiss es uno de nuestros principales jefes de la «Liga Antinazi».

—Jefe del servicio de Información —agregó Weiss, sonriendo—. Pero vayamos a lo que importa. Daisy aún vivía... esta mañana, Rebeca —terminó con voz sibilina, brillándole los ojos de orgullo—. Es decir, ayer por la mañana, porque —miró un reloj, sobre la repisa de la chimenea— ahora son cerca de las dos de la madrugada del día diez. Esto no quiere decir que la pobre muchacha pueda vivir aún dentro de... unos días. Lo peor es que parece que la están extorsionando, según los suaves medios de la Gestapo, para que denuncie, informe, tienda celadas y ponga a los nazis sobre la pista de los afiliados más conspicuos de la Liga. Me han dicho que hasta emplean con ella un inyectable que hace declarar la verdad, sin poderlo evitar por su parte...

—¡Pobre Daisy! —exclamó Rebeca, llenándosele de lágrimas los ojos.

—Esto quiere decir —siguió Weiss gravemente, lanzando una densa columna de humo al espacio— que en adelante hemos de tener un especial cuidado si se nos remite algún mensaje de ella, porque será, ni más ni menos, que una celada de la Gestapo. Hay que procurar salvarla, pero también considerarla, por ahora, como un valor negativo, funesto si se la hace caso. La Gestapo se ha apuntado un buen triunfo al detenerla.

Starks, la vista fija en el suelo, meditaba profundamente en lo que había dicho Weiss. Se encaró después con el conserje.

—¿Usted ha visto a Daisy después del día seis? —le preguntó, mirándole fijamente—. Quisiera concretar, saber algo de primera mano...

—Naturalmente, señor Starks —replicó Weiss, ahuecando la voz, lleno de orgullo—. Yo he visto a Daisy... ayer por la mañana. No hace veinticuatro horas todavía. En el Palacio de Justicia, sentada, entre dos oficiales de la Gestapo, haciendo espera en la antesala del «Obergruppenfuhrer». ¿Para qué, si no, soy el jefe de Información de la Liga? Yo soy conserje del Palacio de Justicia, y una parte de dicho edificio está ocupado por la sede de la Gestapo. Yo voy de un lugar a otro como tal conserje, y veo, oigo, hablo...

—Habrá sido usted depurado antes de ocupar ese cargo... —insinuó Starks.

—Naturalmente. Yo nunca he pertenecido a ningún partido político. Y cuando el año pasado los nazis invadieron Austria, me encontraron en mi puesto de conserje. Mi depuración fue sencilla. Yo no era antinazi, ni nada... Olvidaron que soy, en cambio, austríaco, patriota...

—¿Sabe Daisy que usted pertenece a la Liga? ¿Estaba de acuerdo con ella? —Siguió Starks preguntando.

—¡De ninguna manera, amigo mío! —exclamó Weiss, casi indignado—. ¿Cree usted que somos tontos? Daisy se movía en su círculo y conocía a un determinado número de afiliados, pero no conoce a los jefes de la Liga, ni debe conocerlos mientras esto no sea preciso. Rebeca lo sabe, porque es la secretaria del Comité ejecutivo de la Liga...

Starks miró con cierto asombro a la muchacha, que bajó la vista, confusa.

—Entonces, usted no ha hablado ahora con Daisy... —dijo Starks, dirigiéndose de nuevo a Weiss.

—Naturalmente que no. Yo no soy para Daisy sino un conserje insignificante, un... simpatizante de la Gestapo, y por eso conservo mi puesto en el Palacio de Justicia. ¿No comprende que enviar un mensaje ahora a Daisy, decirla una sola palabra, hacerla un gesto amistoso es tanto como entregarse, el que lo haga, a la Gestapo? Nuestra amiga es ahora un instrumento de los nazis, quizá hasta un señuelo para atraer noticias y nombres de patriotas.

—Comprendo —murmuró Starks pensativamente—. Y ¿sabe

usted dónde ahora tienen a Daisy? ¿Está detenida en el Palacio de Justicia? Pramer nos dijo que había visto un amigo suyo a Daisy, en un «Mercedes», en la tarde del siete, al anochecer. Se llama Schmeltz el que la vio. Iban con ella dos oficiales de la Gestapo.

—Sí. Salieron del Palacio de Justicia. Pero no sé adónde la llevarían. Sé que en el Palacio no está detenida. La conducen allí y luego se la llevan.

—¿No estará en la Dirección general de la «Politzei», en Shotten Ring? —preguntó Rebeca—. ¿O en la cárcel de Ottakringerstrasse? Tenemos que encontrarla, antes de que la... —Se pasó el pañuelo por los ojos, húmedos de llanto.

—Yo no lo sé, amigos míos. Tengo destacados a varios afiliados con ese fin. Pramer, el pobre, era uno de ellos. Daisy le conocía. Otro es Schmeltz. Y otro, Vogl. De éste no sé nada desde hace dos días. Creo que en el taller donde trabaja le iban a enviar a Klagenfurt a efectuar un montaje de unas máquinas, y eso le impediría ocuparse de nosotros. Pero opino que deben ustedes ir a verle, por si ha vuelto y ha tomado contacto con Schmeltz. Quizá él sepa dónde guardan a Daisy. Mañana lo sabré yo, seguramente.

—Vogl vive en Wallesteinplatz, en el cuatro, ¿no? —dijo Rebeca, levantándose.

—Sí. Tengan cuidado, si van ahora. Está la Gestapo más furiosa que nunca. Ocurre algo muy raro...

—Pramer dijo que el haberlos sorprendido los nazis era debido a una traición —dijo Rebeca.

—El maldito Clusius nos ha hecho gran daño. Pero le han matado —dijo Weiss, acompañando a los jóvenes hasta la puerta—. Tengo que averiguar quién fue. El Comité sospechaba ya de él, pero no ordenó matarlo.

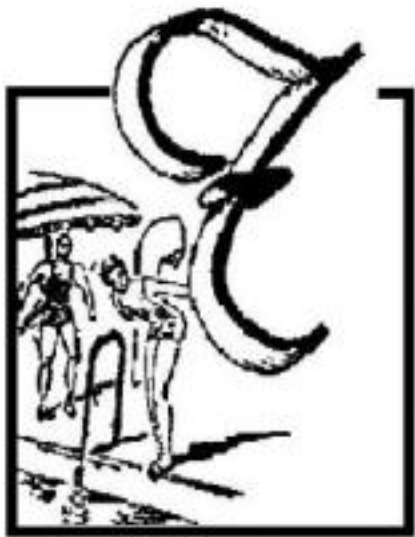
—Servidor —dijo Starks irónicamente—. Ya hablaremos de eso. Deseo que su hija recobre la salud, señor Weiss.

Bajaron al portal, abriéndoles el conserje la puerta.

Y se hallaron de nuevo en la calle, casi a oscuras.

Las campanadas lentas, graves, del reloj de la catedral de San Esteban dieron las dos de la madrugada.

VIII



ENEMOS que volver a cruzar el canal del Danubio —dijo Rebeca— para ir a Wallensteinplatz. Vogl es un buen hombre, Alan. Es mecánico, muy inteligente. Se entendía perfectamente con Daisy.

—Veremos si nos dejan llegar —dijo Starks, señalando con la mano la luz de dos faros de un coche, que aparecieron en Rossauerstrasse, la avenida a orillas del canal—. Por lo pronto, escondámonos hasta que pase ese «auto».

Fueron hasta el quicio de un portal, con bastante fondo, y junto a una gruesa columna se escondieron.

El coche, un autocar de la Gestapo, pasó lentamente. Iba ocupado por nazis, que, un poco más abajo, se apearon del vehículo. Eran como unos veinte.

—Vuelta a empezar... —dijo Starks, lanzando un suspiro de aburrimiento.

—Calle. Por aquí no creo que se detengan. Este paseo no es sospechoso para ellos. Vive buena gente y creen que la buena gente les adora.

—¿Seguro? —murmuró Starks. Y apretó contra él a la joven, ocultándose aún más tras la columna—. Pues vienen varios aquí... ¡Saque la pistola, Rebeca!

—¡Miran hacia aquí! ¡Vienen a este portal! ¡Las linternas! —exclamó ella, ocultando su cabeza en el pecho de Alan, que acarició su negra cabellera.

Seis nazis avanzaban por la acera, con las linternas de mano encendidas. Hablaban en voz alta y uno de ellos, un cabo, al frente, señaló con la mano el portal. Descolgaron del cuello sus ametralladoras ligeras cuando estuvieron a cuatro o cinco metros de la puerta.

Starks y Rebeca salieron, cogidos del brazo, como dos enamorados. Starks llevaba una mano en el bolsillo de la gabardina.

—«Halt»! —gritó el cabo, sorprendido, apuntándoles con una pistola—. Las manos arriba...

Ambos las elevaron, aparentando sorpresa. El cabo se acercó, sonriendo burlonamente. Rieron también los demás nazis, hablando del amor a altas horas de la noche, de los escondrijos.

—¿Qué hacen ahí? ¡La documentación! —exclamó el cabo con voz agria, pero no exenta de burla.

Starks sacó su carnet, en el que figuraba como Fritz Klug. Rebeca, el suyo, de austríaca, a nombre de María Margareten Herther. Un nazi alumbró con su linterna, mientras el cabo examinaba la documentación. Se las tendió después a los jóvenes, mirándoles fijamente, en silencio. Starks sonrió, y dijo, como azorado:

—Es la hora en que podemos vernos, cabo... Salgo de trabajar a la una. Ella trabaja ahí cerca, y...

—¿Llevan armas? —preguntó el cabo, y lanzó una risotada, coreada servilmente por los demás nazis—. Bueno, bueno... «Halbe Körperwendung»! [19] —gritó, con voz de mando, en medio de las risas de los otros—. «March»!...

Starks, riendo socarronamente, obligó a Rebeca, a quien tenía cogida del brazo, a dar la media vuelta ordenada, con precisión militar, y se alejaron apresuradamente de allí. Las risas y voces de

los nazis les siguieron durante unos segundos.

—¡De buena hemos escapado! —exclamó Starks, lanzando un tremendo suspiro—. Si llegan a cachearnos, querida...

—Si no llego a dejar el paquete de armas en casa de Weiss... —murmuró Rebeca, cuyas piernas se doblaban por la tremenda emoción sufrida—. Y esta vez no lo hubiéramos contado, Alan. Eran muchos y estaban apuntándonos con sus ametralladoras.

—Les hicimos gracia, creyéndonos enamorados. No lo hicimos mal, ¿verdad? —dijo Alan suavemente, apretando entre las suyas una mano de ella, que le correspondió fuertemente—. Hasta las fieras se respetan cuando sienten el amor.

Cruzaron el canal por el puente de Friedens.

Y allí había un nazi, con la ametralladora en las manos, esperándoles. Otro les iluminó con su linterna eléctrica.

—«Halt»! —gritó uno de ellos.

Starks y Rebeca se detuvieron en seco. No habían visto a los nazis, ocultos tras una de las gruesas columnas a la entrada del puente.

—Esta vez... —susurró Alan—. El mismo cuento va a ser demasiado... Si intentan cachearnos, duro con ellos...

El nazi de la ametralladora se la puso bajo el brazo al ver que Starks y Rebeca levantaban los brazos. Detrás de él, el otro, con la lámpara, pretendía ayudar a su compañero, esparciendo la luz sobre los cuerpos de Alan y Rebeca.

—Usted primero —dijo el nazi, alargando el brazo para registrar a Alan.

Starks le dejó aproximarse más. Tenía los brazos en alto, pero cerrados fuertemente los puños.

Y Rebeca, fingiendo estar asustada, se acercó al nazi de la linterna.

Se inclinó el hombre de la Gestapo, tentando la gabardina, por la cintura, de Alan. Y éste, repentinamente, bajó a la vez ambos brazos y, con enorme fuerza, descargó los puños sobre la nuca del nazi, que cayó de rodillas, lanzando un sordo gemido de dolor.

Rebeca se precipitó, a su vez, sobre el nazi de la linterna. Éste llevaba colgada la ametralladora del cuello mediante una correa, y los brazos de la joven le atenazaron los brazos y el cuello, reteniéndole ferozmente pegado a ella, mientras le empujaba contra

la barandilla del puente, inclinándole por la mitad superior de la cintura sobre el agua, que corría, negra y silenciosa.

Starks, con rapidez prodigiosa, se cebaba en el nazi, machacándole el rostro, el pecho, la región del hígado, con puñetazos cortos, secos, de derecha e izquierda. Luchaba igualmente Rebeca con su enemigo, pretendiendo inmovilizarlo, mientras Alan se deshacía del suyo. Peleaban silenciosamente, sonando únicamente las botas con clavos de los nazis al escurrirse sobre el cemento del suelo.

Alan cogió en vilo al nazi, que luchaba desesperadamente, incapaz de contener la lluvia de golpes del agente especial, ducho en el boxeo y la lucha. El nazi, alto, grueso, con mucha grasa sobre sus músculos y huesos, jadeaba estruendosamente.

Lo lanzó Alan sobre la barandilla de hierro como si fuese un fardo. El hombre lanzó un grito terrible de dolor al sentir cómo su espina dorsal se quebraba al choque contra la barra de hierro de la barandilla. Y Alan, ciego de rabia, lo cogió, lo elevó de nuevo sobre su cabeza y lo lanzó como una pelota a la corriente del canal.

Rebeca estaba destrozando las piernas de su enemigo a fuerza de puntapiés, mientras le arañaba cruelmente el rostro, dándole empujones con gran brío para sujetarlo contra la barandilla, impidiéndole esgrimir la ametralladora de mano.

Starks apartó a su amiga y lanzó varios terribles puñetazos al rostro del nazi, que ya sólo pretendió huir, aterrorizado por aquel refuerzo que había recibido Rebeca. Pero Alan no soltaba jamás su presa cuando luchaba. Perdía entonces su habitual flema de anglosajón y convertíase en un auténtico salvaje, tanto más fiero cuanto más resistencia encontraba.

Cogiendo del cinturón al nazi, se inclinó un poco y se echó sobre el hombro derecho el cuerpo del hombre, pequeño y espigado, que se debatía como una anguila, presintiendo que iba a ser arrojado al agua, como su compañero. Alan lo cogió por los pies, lo despidió de un empujón y el nazi, agarrado por los tobillos solamente, se estrelló contra el pavimento con una fuerza espantosa. Su cabeza chocó de lleno con un pilarote que sostenía la barandilla del puente. Quedó inmóvil, brotando de la herida un raudal de sangre. Y Alan lo volvió y lo arrojó al canal.

Mientras descansaba un poco, jadeante, contempló las aguas

negras y silenciosas del canal, pretendiendo distinguir los cuerpos de los dos nazis.

Rebeca fue a su lado y le pasó un brazo por el cuello, haciendo que se volviese hacia ella. Y le besó con ternura, ocultando su cabeza en el pecho de Alan, que la acarició el rostro suavemente.

—Gracias, Alan —dijo Rebeca, en un suspiro—. Todo esto lo hace usted por una causa que le debiera importar muy poco. Nunca vi a un hombre como usted, de noble y valiente...

—¿Ni su novio siquiera? —preguntó Alan, riendo.

Y fue a recoger la ametralladora y los cargadores de balas, en el suelo, del nazi.

—No tengo novio —repuso ella—. Hasta ahora, mi corazón estuvo tranquilo, como insensible. Solamente pensaba en el dolor de tantos como sufren, y sufría con ellos. Creo que una se vuelve casi insensible, a fuerza de recibir choques terribles. Nunca pensé en que por mi propia mano habría de dar la muerte a seres humanos, como esta noche terrible.

Alan la cogió del brazo y juntos, silenciosamente, cruzaron el puente, entre las sombras, tomando por la ancha arteria de Wallensteinstrasse, con grandes bloques de edificios modernos de seis y ocho pisos. También allí los reverberos estaban apagados y solamente por el brillo de las estrellas, cuando los nubarrones se apartaban durante un rato, se podía ver algo. Rebeca conocía muy bien aquel distrito xx, cercano al *Ghetto* hebreo, y le guiaba sin vacilaciones.

La plaza de Wallenstein parecía como un recodo de la gran calle, a la izquierda, yendo hacia el norte. A este recoleto recodo afluían varias calles cortas, estrechas: Meisses, Bauer, Helzelmann, Jagés... Por ello, Wallensteinplatz tenía una forma irregular, casi como un pentágono. Y en la esquina con Meisselstrasse estaba la casa donde vivía Vogl, en cuya busca iban Alan y Rebeca.

Encontráronse con la agradable sorpresa de que el portal del edificio no estaba cerrado. Una de sus hojas dejaba pasar un mortecino rayo de luz, y Alan empujó, entrando ambos. Volvieron a cerrar tras ellos y subieron silenciosamente la vieja escalera de madera, que rechinó un poco a su y peso.

—Es en el tercero —dijo ella quedamente—. ¿Qué hora es?

—Las tres menos cinco —dijo Alan, mirando su reloj de pulsera

—. Debe estar usted rendida, pobre... Cuando acabemos aquí, la llevaré a casa de Bauer para que duerma. Es demasiado para una sola noche, tan accidentada.

—Si viene conmigo y descansa, bueno. Si no, no —repuso ella, con firmeza—. Deseo hallar a Daisy, salvarla. Puede morir como mi padre, como tantos otros...

Dio Rebeca unos leves golpecitos en la puerta del cuarto de Vogl, el último. Y poco después sintieron unos leves pasos, al otro lado de la puerta, y que el ventanillo se abría un poco, escudriñándoles.

—¡Rebeca! —exclamó una voz de mujer—. ¡Dios mío!... ¡Cuánto pensé en ti!

Se abrió la puerta y Rebeca y Alan penetraron en un recibimiento pequeño, muy modestamente amueblado. Una lámpara de escasa potencia pendía del techo, sin pantalla, y alumbraba débilmente. Una mujer, sollozando, se echó en brazos de Rebeca, que la besó, muy sorprendida.

—¡Franz! ¡Franz, Rebeca, mi Franz! —sollozó quedamente la mujer, de unos treinta años, alta, hermosa, gruesa—. ¡Cuánto te he echado de menos!

—¡Johanna! Dime: ¿qué os ha pasado? —preguntó Rebeca, palideciendo mientras acariciaba la cabeza de su amiga, reclinada sobre su hombro—. ¿Y Franz? ¿Le han detenido? Dime, Johanna, dime...

Starks, reclinado contra la pared, con un cigarrillo en la boca, contemplaba la escena curiosamente, pero esperando que aquella Johanna les iba a dar una noticia terrible, que impediría seguir sus pesquisas para hallar a Daisy.

—¡Le han matado! ¡Han matado a mi pobre Franz! —gritó Johanna, y se tapó la boca con ambas manos, mientras miraba hacia una alcoba, a la izquierda.

Alan se asomó a la habitación donde ella había mirado. Quizá aquel patriota Franz estaba allí, muerto...

Ayudado por la luz del recibidor, vio dos pequeñas camas. En cada una de ellas, dos niños durmiendo. Johanna no quería despertar a sus hijos con la explosión de su dolor lancinante.

—¿Cómo lo detuvieron, Johanna? ¿Cuándo? —dijo Rebeca, mientras sus bellísimos ojos negros se llenaban de lágrimas,

apretando con fuerza el pecho de su amiga contra el suyo, en un abrazo lleno de ternura y comprensión—. Dime, Johanna, dime...

—Esta mañana... Llegó de Klagenfurt. Yo le decía que diese el salto, puesto que iba a estar en la frontera... —dijo Johanna, pugnando por hablar quedo y con tranquilidad—. Pero no quería. Por mí y los hijos... Porque no le llamasen cobarde... Franz era todo corazón, lealtad —se sentó en una silla, sollozando.

Rebeca y Alan se contemplaron largamente, en silencio. El agente especial sacó de un bolsillo de su americana un puñado de billetes y contó rápidamente mil *schillings*. Alargó un brazo, quedamente, y los depositó suavemente sobre una mesita, a su lado. Rebeca ocultó su rostro con ambas manos, conmovida por lo que él había hecho, y prorrumpió en sollozos silenciosos. Alan encendió otro cigarrillo y fumó despacio, fruncido el ceño, como aburrido, recostado sobre la pared, inmóvil.

—Debían saber que no estaba en casa... —Siguió Johanna su relato—. Le esperaban. Y llegó él. Muy contento, porque había ganado ciento cincuenta *schillings* como trabajo extraordinario. Estaba separando la mitad para el fondo de ayuda de la Liga, cuando... ellos llamaron. Antes sentimos sus pasos, sus botas, al subir por la escalera. Nos dimos cuenta de que ellos eran... Todos tenemos metidos en el cerebro los clavos de sus botas, sus pasos rítmicos... Señor, siéntese —dijo a Alan, levantándose y ofreciéndole una silla.

Starks se sentó, cruzada una pierna sobre otra, como encogido, abrumado por el dolor, el desaliento. Parecía que estuviese sufriendo un terrible dolor de estómago, inclinado hacia adelante sobre la cintura, y humeante el cigarrillo en un lado de su boca.

—Franz no pudo escapar. Tampoco tenía una mala pistola... para suicidarse o morir matando... Abrí la puerta y se echaron sobre él como una avalancha. Los conté... Doce contra uno. Ametralladoras, bombas de mano, pistolas... Sabían lo muy hombre que era mi Franz, lo que hubiera hecho de tener un arma.

Rebeca fue a la cocina y volvió con un vaso de agua. Dio de beber a Johanna y luego ella se sirvió otro.

—Esto fue a las ocho de ayer... —dijo Johanna.

—¿No avisaste a nadie? ¿Por qué no fuiste a ver a Weiss? No lo sabe... —dijo Rebeca.

—Vino Schmeltz un rato después. Se lo dije... Salió como un rayo escaleras abajo, en busca de su mejor amigo. Yo esperaba, esperaba... Mis chicos... —Volvió a llorar con infinito dolor—. Schmeltz regresó hacia las cuatro. No hizo falta que me dijera nada. Después me contó que había podido seguir, en un «taxi» de un amigo, al coche de la Gestapo... que se lo llevó a Laxenburg. Iban detrás dos autocares más, llenos de nazis... ¡Tanto temían a Franz! Y Schmeltz pudo acercarse a las tapias del cementerio y ver cómo le ametrallaban...

—¿Sabe quién pudo denunciarlo? —preguntó Starks, después de un silencio prolongado.

—Sí... —Johanna se transformó en una mujer llena de vida, de inmensa energía, alteradas sus facciones por la expresión de un odio infinito—. Sí... ¡Daisy Fischer! ¡Ha sido Daisy Fischer!

Rebeca y Starks brincaron en sus sillas, levantándose como impulsados por un muelle de gran potencia. Johanna les contempló con asombro, mirando fijamente a uno y otro, muy abiertos los grandes ojos azules.

—¡Qué dices, mujer! —exclamó Rebeca, con voz hiriente, ronca, como un aullido estrangulado—. ¿Quién te ha contado esa atroz mentira? ¡Estás loca!

—¡Loca! —exclamó Johanna, levantándose y encarándose con Rebeca en franca actitud hostil—. ¡Sí, loca, loca, loca!... ¡Como lo estamos todos los austríacos! ¡Daisy Fischer, la americana, es la que ha mandado a mi Franz a la muerte! ¡La que ha denunciado a tantos otros, a tu pobre padre inclusive!

—Un momento, Johanna —terció Starks, obligando suavemente a sentarse a ambas mujeres, que se contemplaban como enemigas—. Rebeca, seamos sensatos. Díganos, Johanna, cómo sabe con certeza, con absoluta certeza, que Daisy es la que ha denunciado a su marido y a esos otros que usted dice. Me parece que hay que tener una certeza grande de que ella es culpable antes de acusarla de algo tan horrible como eso. ¿Quién se lo ha dicho? ¿Cómo lo sabe?

—Daisy trabajaba en esto hombro con hombro con mi pobre Franz... —explicó Johanna, baja la cabeza, llorando convulsivamente—, y...

—¿Te lo dijo Schmeltz? —preguntó Rebeca secamente.

—No. Me lo ha dicho, por teléfono, Weyr. Ayer noche...

—¿Quién es Weyr? —inquirió Rebeca con extrañeza—. ¡Ah, sí!... Es el enlace que usaba ese canalla de Clusius. ¡Ya lo comprendo todo, Johanna! ¡Ahora lo comprendo, querida Johanna! ¿No sabes que hemos matado —señaló a Starks con un gesto— a Clusius? ¡Era un traidor, un asqueroso confidente de la Gestapo! Y ese Weyr ha debido de ser el que ha denunciado a tu marido...

—¡Weyr no es traidor! —gritó Johanna con furor—. Hace seis o siete días, yendo con Franz por la noche, penetraron en un cuartelillo de la Gestapo. Y ¿sabes lo que hicieron, tú que le llamas traidor? ¡A bombazo limpio mataron a todos los nazis que allí había! ¡Así es Weyr... el traidor!

—Un momento, Johanna —volvió a meditar Starks con voz cansada—. Díganos, si lo recuerda, cómo le refirió Weyr que Daisy es traidora. Espere, espere, Rebeca... Déjela hablar, que recuerde. Recuerde, Johanna...

—Me llamó al teléfono Weyr —murmuró Johanna, más tranquila por la mediación serena y suave de Starks—. Me llamó al teléfono... y me dijo esto: «Oye, Johanna, no puedo hablar mucho, ya sabes... A tu... ya sabes (quería decir mi Franz), lo ha denunciado la americana, ya sabes... La he visto salir con ellos; se entiende con ellos, ¿sabes? Voy a ver si la quito de en medio». Y colgó...

—¡Claro, claro! —exclamó Rebeca, radiante de satisfacción—. Weyr no sabe que Daisy aparentaba estar con ellos, pero ahora está prisionera, ¡la están presionando para que denuncie! ¡La están inyectando una droga para que declare la verdad aunque no quiera! Pero ella no ha denunciado a Franz...

Johanna se levantó cansadamente. Fue a la alcoba de sus hijos. Señaló hacia las camas y dijo a Rebeca con voz ronca, terrible:

—¿Y ahora? ¿Qué hago con estos hijos, yo sola, sola? ¡Maldita por siempre Daisy!

IX



ALIERON de nuevo a la Wallensteinstrasse Alan y Rebeca, dejando a Johanna entregada a la desesperación.

El agente especial se detuvo junto a una casa y comenzó a gritar nerviosamente, quitándose el sombrero flexible y golpeando la pared con él en actitud desesperada:

—¡Por Dios bendito!... ¿Sabremos alguna vez cómo es Daisy, a quién es fiel? ¡Acabaré por volverme también loco!

Rebeca, asustada por aquellas voces, que podían llamar la atención de los nazis, cogió de un brazo a Alan y lo arrastró suavemente hacia la gran avenida de Wallenstein. Miró en el reloj de pulsera la hora. Eran ya las tres y veinticinco de la madrugada.

Aún faltaba más de una hora para que las primeras luces del alba iluminasen aquellas calles, ahora sumidas en tinieblas. Alan sacó cigarrillos, y ambos, silenciosos, caminaron al lado de las paredes del edificio, prontos a refugiarse en los huecos de los cerrados portales si los nazis hacían acto de presencia.

—¿Quiere que vayamos a casa de Bauer? —dijo Rebeca cariñosamente a su acompañante—. Debe de estar destrozado...

—No estoy destrozado —gruñó Alan—. Tengo que encontrar a Daisy, saber quién es, si esto es posible... Hay que impedir que ese Weyr la mate, como parece proponérselo. ¿Sabe dónde vive ese hombre? Tal vez pudiéramos hallarlo... Bueno, será usted la que debe de estar rendida, agotada. No sólo físicamente, pobrecita. Consuela a los demás, olvidando su propia desgracia...

—Eso hacemos todos, Alan —murmuró ella con voz apenada—. Parece que tenemos una capacidad inagotable para el sufrimiento.

—¿Sabe dónde vive Weyr? —volvió a preguntar Alan—. Creo que es lo más urgente. Él nos dirá dónde está Daisy, ¿verdad?

—Tal vez. Voy creyendo que nadie lo sabe, que hay una gran fantasía sobre su actuación, sus idas y venidas, sus denuncias. Vamos, sí, a ver si encontramos a Weyr. Vive en... ya sé, en Rotenturmstrasse. ¿Sabe dónde está eso? Tenemos un buen paseo.

—¿No está cerca de la catedral de San Esteban, en el centro de la ciudad?

—Sí. Arranca de la avenida del Canal y pasa por delante de la catedral, ante la gran plaza, está lejos, Alan, y debe de encontrarse muerto de cansancio y de sueño.

—Iremos, iremos, Rebeca —dijo animosamente Alan, cogiéndola de un brazo—. Me parece que yendo con usted todo se me hace más fácil. Realmente, yo solo no hubiera podido hacer nada.

—Ni yo, sin usted, tampoco viviría seguramente. Estaba pensando en reunirme con mi padre cuando usted se me presentó. Me vi sola, acosada, de antemano vencida por el desfallecimiento.

Caminaban ligeramente, arrimados a los edificios, Wallensteinstrasse abajo, charlando quedamente y procurando pisar sin hacer que sus zapatos resonasen sobre el pavimento. En vez de cruzar el puente sobre el canal del Danubio para pasar a la orilla derecha, siguieron el paseo lateral del lado izquierdo, metiéndose por el estrecho pasillo entre las filas de grandes árboles y los

jardines.

Pasado el puente de Augarten, que dejaron a un lado, sin cruzarlo, siguieron adelante. Alan se detuvo de repente, reteniendo a Rebeca. Llevaba la ametralladora ligera en la mano, y en los bolsillos, los cuatro largos cargadores arrebatados a los nazis anteriormente.

—Allí hay un coche parado —dijo con acento de fastidio—. ¿No ve el reflejo de los faros?

—Es un camión. ¿Qué hacemos? ¿Retrocedemos al puente de Augarten y lo cruzamos? Es casi igual ir por allí que pasar por el de Marien, que queda enfrente de Rotenturmstrasse. La vuelta solamente hasta el puente de Augarten.

—Espere, espere... —dijo Alan con acento regañón—. Vamos a acercarnos a ese camión. ¿No ve usted algo raro en él? Debe de haberse descompuesto el motor, y lo están arreglando; pero... hay como centinelas que apuntan sus lámparas y sus armas al interior, a la caja... Los centinelas están algo alejados. ¿No los distingue? Vamos a acercarnos...

Guarecidos entre los gruesos árboles y las plantas de los jardinillos fueron acercándose cautamente, las armas en las manos. Distinguieron mejor, a las luces de las lámparas de los nazis y de la que estaba encendida dentro de la cabina del camión, con la caja sin techo, en la que había bastantes hombres, todo cuanto ocurría.

El chofer, inclinado sobre el capó del camión, estaba tratando de arreglar una avería en el motor. Iluminaba con una lámpara un nazi el trabajo. Y como a tres o cuatro metros apartados del camión, muy grande, cuatro nazis apuntaban no solamente sus lámparas, sino sus ametralladoras, a la caja del camión sin techo, en cuyo interior había como una veintena de personas.

Rebeca apretó con gran fuerza un brazo de Alan, que contemplaba aquella escena con creciente ansiedad.

—Son... detenidos, Alan. Patriotas que van a morir —dijo ella con un terrible acento de horror—. Por las madrugadas los sacan así y... los llevan a las cámaras de gas o los ametrallan en las afueras... Alan, Alan...

Starks se estremeció de pies a cabeza. Descolgó rápidamente del hombro la ametralladora de mano, sacó el cargador y vio que estaba completo. Rebeca sacó igualmente de su bolsillo del ligero

abrigo negro su pistola automática y quitó el seguro.

En aquel instante ocurrió algo sorprendente que a Alan le hizo dar un brinco de sorpresa. Rebeca se cubrió la cara con una mano, lanzando un débil grito de espanto.

Las voces de los detenidos, los condenados a muerte, se elevaron potentemente en el silencio de la noche y se unieron en un coro lleno de armonía, de viril dulzura, entonando pausadamente un pasaje del «Himno a la fraternidad humana», de la novena sinfonía de Beethoven. Las estrofas de Schiller parecieron adquirir una grandeza insospechada en aquellos instantes, llenos de un dramatismo estremecedor.

—¿Qué cantan? ¿Por qué cantan? —gritó casi Starks, jadeante de emoción y rabia—. ¡Están locos, maldita sea!

—Todos lo hacen... Es como una protesta contra la tiranía, una burla a eso que se llama fraternidad humana. Es la novena sinfonía... —contestó Rebeca agitadamente—. Otras veces... los llevan amordazados.

Los nazis prorrumpieron en gritos estentóreos, tratando de hacer callar a los condenados a muerte, esgrimiendo sus ametralladoras:

—«Stillschweigen! Stillschweigen!»[20] —gritaron los guardianes, yendo de un costado a otro del camión, apuntando con sus armas.

La respuesta fue un verdadero clamoreo por parte de los ocupantes del camión, que siguieron cantando a voz en grito. Perdieron el compás, el ritmo de la bella composición, y cada cual siguió por su cuenta, enronquecidas las gargantas, aullantes, insultantes.

Starks se volvió a Rebeca. La miró con ojos espantados. Ella le contempló fijamente. Después, al camión, y luego, a él de nuevo.

—¿Sí...? —musitó Alan, incorporándose lentamente, oprimiendo con ambas y crispadas manos la ametralladora.

—¡Sí! —contestó roncamente Rebeca, imitándole.

Los condenados aullaban como enloquecidos, pataleando furiosamente en el piso del camión, asomándose afuera y tratando de escupir a los nazis, que retrocedieron, indecisos entre disparar o seguir tratando de imponerse a los presos con la simple amenaza. El chofer, nerviosamente, trataba de arreglar el motor mientras gritaba a los nazis que disparasen.

Starks y Rebeca saltaron al mismo tiempo a la calzada, empuñando sus armas. Instantáneamente callaron los condenados a muerte.

—¡Arriba las manos! —gritó Starks con voz aguda, como un aullido. Y detrás, Rebeca, que se acercó al otro lado del camión, apuntando a los dos nazis, que levantaron instintivamente los brazos, guiados de su ciega obediencia a todo mandato con entonación enérgica, militar.

—«Feuerü... Feuerü»[21] —gritó el chofer, tratando de sacar la pistola de su cinturón.

Los nazis, recobrados del asombro, bajaron las armas. Y todo fue veloz como el rayo, en medio del silencio sepulcral de los condenados, expectantes.

La ametralladora de Starks soltó varios cortos chorros de balas, revolviéndose el agente especial con agilidad maravillosa para enfocar a los nazis. Y Rebeca, por su parte, disparó todo el cargador sobre los dos nazis del otro lado del camión. Un terrible crepitar... y los seis nazis cayeron casi al mismo tiempo al suelo, debatiéndose, acribillados sus cuerpos.

Los condenados a muerte, aun estando atadas sus manos a la espalda, saltaron precipitadamente al suelo en confuso tropel, gritando de alegría, sollozando, hablando como dementes.

Rebeca registró a uno de los nazis y le quitó un cuchillo de la cintura.

—«Dank! Dank!»[22] —gritaban los hombres mientras ella cortaba velozmente las cuerdas que les maniataban—. ¡No lo podemos creer!

—«Dank!» —gritaba otro, arrodillado, abrazándola sus piernas del asombrado Starks—. ¡Hermano, hermano!...

Todos libres, se echaron encima de Alan y Rebeca, abrazándoles, estrujándoles materialmente, riendo, llorando.

—«Dank!» —gritaron otros, mientras cogían con inmensa alegría las ametralladoras, pistolas y bombas de mano de los nazis muertos.

—Ya está bien... ¡Ya está bien! —gritó Alan, desesperado, rehuyéndoles—. ¡¡Tienen que marcharse ahora mismo!! ¡¡Huyan, huyan!!... ¡¡Van a venir!!...

—¡Corred, hermanos! —gritó Rebeca—. ¡Huid y desperdigaos! ¡No vayáis juntos! ¡Huid, hermanos!!

Los hombres parecieron recobrar la perdida serenidad. Y como si les persiguiesen ya los nazis, partieron a la carrera en distintas direcciones, a toda velocidad, gritando todavía roncamente:

—«Dank!... Dank!»...

—«Dank!... Dank!»...

Penetraron por el puente de Marien, cruzando el río. Otros siguieron por el paseo de Unserer Donau y varios tomaron por las callejas de Floss, Schiff, Purgstall y Gredler.

Rebeca y Alan quedaron solos de nuevo, mirándose con ternura. Lucían los grandes y potentes faros del enorme «Büssing», la luz de la cabina, y sobre el pavimento, manchado de sangre, un par de linternas también lanzaban sus rayos de luz.

—No comprenderá en todo su alcance, Alan, lo que significa para esos hombres el haber recobrado la libertad cuando estaban entonando su himno mortal —dijo ella. Y le echó los brazos al cuello, reclinando su frente sobre un hombro de él—. Le han llamado hermano...

—Sí. Y a poco me matan por querer abrazarme y besarme —rezongó Starks—. Bueno; ahora, nosotros, querida... Vámonos de aquí, no sea que nos cojan y nos lleven en ese mismo camión a la cámara de gas. Mire, Mire...

Partieron a la carrera al ver cómo varios focos de auto iluminaban a lo lejos el paseo a orillas del canal. Sonaron varios «claxons» roncamente.

—Han oído el tiroteo, y vienen —murmuró el agente especial, mientras tiraba de Rebeca—. Al puente, muchacha, antes de que lleguen. ¡Corra, corra!...

Inclinados para no ser vistos por encima del pretil de piedra del puente, corrieron desaladamente en la oscuridad. Los faros de los coches ya iluminaban fuertemente las cercanías del puente. Uno de ellos, movible, fue orientado hacia el puente y barrió con su blanquísima luz una esquina del pretil.

Alan empujó violentamente al suelo a Rebeca, que lanzó un grito. Quedaron los dos tendidos, jadeantes, mirando hacia arriba con terror, en tanto que el faro buscaba tercamente con su luz mientras el coche avanzaba a toda velocidad.

—¡Arriba! —dijo Alan, tirando de ella de nuevo—. ¡Otra carrera, ahora que podemos! —Y siguieron su huida cuando el faro se

apagó.

Entre las sombras corrieron, corrieron desesperadamente por el puente, sin más amparo para ocultarse que el bajo pretil, y siempre cuando los coches no penetrasen tras ellos, porque entonces no habría salvación.

Llegaron al final, Rebeca dando traspiés, enredándose con las piernas de Alan, entorpeciéndole.

—Un... momento, Alan —dijo al fin ella cuando penetraron en Rotenturmstrasse, al otro lado del canal. Y se dejó caer al suelo, sentándose, inclinado el busto, ahogada de fatiga—. No puedo... más, Alan. Siéntese también.

—Están muy cerca, Rebeca querida —la animó él, acariciándola la negra cabellera—. Pero descanse, descanse... ¡Cómo se está portando usted, bendito Dios!

—Peor que en una selva, ¿verdad? Luchar, matar para poder vivir... —murmuró ella, haciendo un gesto de desaliento—. Deme la mano, Alan. Seguiremos corriendo, a la desesperada.

—¿En qué número de esta calle vive ese Weyr? —preguntó Alan, contemplando las sombras de las viejas casas, las tenebrosas entradas de las callejas que a un lado y a otro se les presentaban. Y al fondo, destacando su silueta oscura sobre un cielo de nubes claras, a ratos esparcidas y dejando asomar las estrellas titilantes, la gran aguja de la inmensa catedral de San Esteban, cuya edificación gótica sobresalía muy por encima de los restantes edificios que circundaban la pequeña plaza del mismo nombre.

—En el 19. Dudo mucho que esté en su casa. Si es verdad que anda buscando a Daisy para matarla... —contestó Rebeca.

Sonaron los pasos, en la estrecha calle, de muchas botas claveteadas, sobre el asfalto. Pasos marciales, rítmicos, de perfecta formación. La tos seca de uno de los nazis...

Alan y Rebeca, como galvanizados, corrieron alocadamente, buscando un refugio. Avanzaba una formación de nazis por la misma Rotenturm, pero en dirección contraria al puente. Provenían de Kartnerstrasse, del oeste.

—¡Aquí, aquí! —exclamó Rebeca, espantada, tirando de Alan, que estaba montando su ametralladora precipitadamente.

Dieron la vuelta a una esquina del edificio de la catedral. Y Rebeca comenzó a subir de dos en dos los viejos y gastados

escalones de la escalinata de la puerta de los Obispos, cuyo atrio parecía ofrecerles seguro escondrijo para ocultarles a las miradas de aquellos herejes nazis.

Se acurrucaron, pasada la abierta verja monumental, al lado de la inmensa puerta, tras una gruesa columna gótica. Arriba, en sus salientes plataformas, las vagas siluetas de unos santos esculpidos en piedra parecían recomendarles guardasen silencio, inclinadas las cabezas pensativas, como si también escuchasen aquellos terribles pasos marciales.

Rebeca, encogida, abrazada estrechamente a Starks, que escuchaba, nervioso y lleno de fogosidad.

—Parece que el corazón se me quiere romper —susurró ella, apoyando su cabeza sobre el rostro de Alan, que la besó quedamente en la frente—. No se van todavía...

Sonó una voz de mando, seca, autoritaria. Y el ruido preciso, matemático, de las botas al dar el último paso y quedar firmes, en silencio, los soldados de las S.

S. Después,

otros pasos, del oficial seguramente, que recorría el pelotón de la cabeza al final.

—¡Cuatro números, a esa casa, la diecinueve! —gritó una voz aguda, estridente—. Violenten la puerta. Se llama Weyr... Cabo Weidmann, al frente del pelotón. Busquen, ante todo, a ese «amerikanisch» Starks o Giesing, y a la mujer que le acompaña.

Los cinco hombres partieron, sonando fuertemente pasos rítmicos.

—¿Cree usted que nos encontrarán ahí, en casa del pobre Weyr? —preguntó quedamente Alan, riendo burlonamente.

—Por lo visto, todas las fuerzas de que puede disponer el «obergruppenfuhrer» están en las calles, buscándonos —repuso Rebeca, con cierto tono de orgullo—. Pero ahora van a coger a Weyr, o a su mujer y sus hijos. Podríamos...

—Si los cogen haremos algo desesperado —gruñó Starks—. Una vez más... No se mueva de ahí...

Muy junto a la pared, fue escurriéndose por el atrio y siguió, encorvado, hasta bajar la escalinata. Allí se detuvo, espiando. Volvió poco después al lado de Rebeca.

—Hay más de treinta hombres —dijo en tono preocupado—.

Con ametralladoras, bombas de mano... Nos puede costar muy caro, amiguita.

Pasaron unos largos minutos. Los nazis hablaban en voz baja, en formación, mientras el que los mandaba paseaba impacientemente arriba y abajo.

Sonaron al fin los pasos de los cinco hombres. Talonazos, y el cabo Weidmann dijo con voz clara, audible para Starks y Rebeca:

—No había nadie en el cuarto de Weyr. Hemos interrogado a los vecinos. Nos dijeron que esta tarde se ausentaron.

El jefe del pelotón dio una recia patada en el suelo y murmuró algo irritadamente. Después dio la orden de partir. Los pasos sonaron fuertemente sobre el asfalto de la plaza, secos, marciales, rítmicos. Se fueron alejando hacia la avenida Franz Josefs, a la orilla del canal. Y la plaza quedó en silencio nuevamente.

—Ha sido listo Weyr —dijo Rebeca en tono alborozado—. Pero estará buscando a Daisy... Alan, hay que impedir que la mate...

—Si me dice cómo podemos encontrar a ese hombre, lo demás corre de mi cuenta —replicó adustamente el agente especial—. ¿Dónde puede estar? Y ¿quién le ha denunciado? Rebeca: en esa Liga hay más traidores que leales. Por lo menos, tantos como adictos. Si no tienen más astucia, cualquier día les van a echar la zarpa a todos ustedes, pero de una vez.

—Con que haya unos cuantos, en los cargos más altos, estamos vendidos —murmuró ella—. Clusius debe haber sido el que ha hecho todo esto. Por él fueron a buscarme, y cayó el grupo de Pramer, y él, y Franz Vogl, y a poco le cogen a Bauer, de no ser por usted...

Bajaron a la plaza, buscando el amparo de los muros de las casas, en la oscuridad. Al final de Rotenturmstrasse, hacia el canal de Danubio, se veían haces de blanca luz de faros de «autos», que desaparecían seguidamente. Presentíase como un constante y silencioso ir y venir de patrullas nazis, recorriendo todas las calles y plazas, todos los rincones de la ciudad, envuelta en tinieblas, recogida en sí misma, aterrorizada, hosca.

—Nunca como en esta noche ha estado la Gestapo tan vigilante y encarnizada en sus redadas. Ni siquiera cuando llegaron el año pasado, invadiendo el país. Parece como si tuviesen un miedo atroz a un levantamiento general —dijo Rebeca.

—Parece que me hacen el honor de buscarme —repuso Starks, riendo quedamente—. Y ¿qué hacemos ahora, Rebeca? ¿Dónde estará Daisy? Dentro de poco se hará de día y nos será más difícil continuar estas pesquisas, sobre todo a usted.

—Schmeltz... —murmuró ella, pensativa—. Si se encontrase en su casa...

—No lo creo. Habrá hecho lo que Weyr, que es lo inteligente. ¿No sabe a quién podríamos ir a ver para que nos informe sobre Daisy? He de encontrarla, pase lo que pase, y mejor ahora que luego, cuando sea de día.

Sin saber adónde dirigirse, pues Rebeca se encontraba muy indecisa acerca de dónde podría tomar información, se adentraron en el dédalo de viejas calles del centro de la ciudad, siempre arrimados a las paredes de los edificios. De vez en vez corrían a ocultarse en el quicio de los portales, al percibir los pasos marciales de los nazis, que incansablemente rondaban, muy cerca de ellos.

Stockimplatz, silenciosa, con unos viejos soportales, en los que parecían estar ocultos los nazis, acechando. Grabenstrasse, donde vieron dos autocares parados y varios nazis al lado, charlando y fumando. Y poco después, como asustados, se hallaron ante el palacio imperial, el Hofburg, tan parecido, en su grandiosidad, al palacio del Vaticano romano. En los maravillosos jardines, estilo italiano, ante el edificio estilo Renacimiento del Neue Hofburg, con las ventanas sin luces, se sentaron en un banco escondido tras gruesos árboles y macizos de olorosas celindas y rosales.

El reloj de la catedral de San Esteban dio las cuatro de la madrugada. Y un poco después, el del claustro de los Agustinos repitió la hora con su bronca campana, cuyo eco retumbó largamente.

—Comienza a amanecer —dijo Rebeca, ahogando un bostezo—. El cielo se va poniendo gris...

—Debo encontrar a Daisy —dijo Starks, levantándose del banco—. Puede estar usted aquí hasta que pasen los autobuses y marchar a casa de Bauer. Está que no puede con su alma, ¿verdad?

—Estamos los dos —dijo ella, pasándose una mano por el rostro para ahuyentar el sueño—. Pero no pienso separarme de usted. ¿Sería capaz de dejarme sola, Alan?

—Ni ahora... ni nunca, Rebeca.

Se inclinó y sencillamente, la besó en la frente. Ella no hizo nada para evadir su caricia. Levantó la cabeza y le miró largamente con ternura, como si fuese muy natural lo que él había hecho y dicho.

Pasaron ante la estatua de Goethe, y Starks, haciéndole una reverencia un poco burlona, se quitó su sombrero.

—«Luz, más luz», diría ahora este buen hombre, como cuando se estaba muriendo, si viese ahora a su Viena, convertida en un infierno en tinieblas —murmuró sarcásticamente.

Dieron la vuelta al inmenso edificio y se hallaron en Ausserer-Burgplatz, con la estatua del príncipe Eugenio, que parecía azuzar frenéticamente a su magnífico caballo para huir de allí. Enfrente, los jardines oscuros, apenas visibles aún, de María Theresia Platz y Burg Ring. Rápidamente, pues estaban muy al descubierto, salieron por la puerta del Príncipe Eugen.

—¿Dónde me lleva? —preguntó, con cierto asombro, Rebeca a Alan—. Nos estamos metiendo en los sitios donde más vigilancia hay.

Alan sonrió misteriosamente y empujó suavemente, cogida del brazo, a la joven. Hubieron de cruzar la ancha avenida de Burg Ring casi corriendo, temerosos de enfrentarse con los nazis. Mas aquella parte estaba libre de agentes de la Gestapo. Rebeca pensó que ello sería debido a que las secciones de Seguridad y Asalto estarían muy ocupadas dando caza a los patriotas y hebreos por los distritos alejados del centro. Buscando a Starks, el temible «amerikanisch», y a ella misma. La Gestapo habría ido recibiendo los partes de las catástrofes producidas por ellos dos, de la fuga de los condenados a muerte, de los nazis muertos en las calles, y se lanzaba, con todo su poder, a la caza y captura de aquella pareja.

Alan se detuvo como a cien metros del edificio del Justiz Palast, la sede de la Gestapo. Ella le miró cómo podría mirar a un demente, pero nada dijo.

La Schmerlingplatz, delante del edificio, muchas de cuyas ventanas estaban iluminadas, parecía como una gris mancha, que poco a poco se tornaba, con las primeras luces del amanecer, de verde color.

—Esa «moto» con «sidecar»... —dijo Alan, señalándola con una mano.

Y allí estaba, en efecto, una azul

«B. M. W.»,
con su cochecillo lateral, abandonada, en la acera, frente al edificio gris.

—¿Y qué? No andará lejos su ocupante —dijo Rebeca, mirando a su alrededor—. ¡Mírele! ¡Vamos, Alan, vamos!

Un motorista, que salía de una de las puertas laterales del Palacio, caminaba hacia ellos, junto a la motocicleta.

—Quieta, quieta... —dijo entre dientes Starks, reteniéndola con la mano izquierda. Bajo su gabardina, sujeta con el cinturón, llevaba la ametralladora de mano—. Adopte un aire natural y no hable.

El motorista llegó ante su máquina. Miró un instante, a Alan y Rebeca, que parecían como indecisos entre cruzar o no la calle, y dejó sobre el asiento una cartera de mano. Y se dispuso a dar el pedalazo, para poner en marcha la

«B. M. W.»,
sin ocuparse de ellos. Sonó el motor fuertemente.

—¿Me haría el favor...? —dijo Alan, acercándosele, soltando a Rebeca y llevándose una mano al sombrero, en cortés saludo—. ¡Quieto o le meto una bala en el corazón! —le dijo, mientras le empujaba la espalda con su pistola «Mauser»—. ¡Monte sin hacer gestos o gritar! ¡Sube ahí, Rebeca!

El nazi, sorprendido, intentó levantar los brazos, rindiéndose, pero Alan se los bajó bruscamente. Rebeca, pistola en mano también, subió al «sidecar».

—Arranque aprisa... —dijo Starks, con voz seca, queda, colocándose en el soporte de detrás del motorista—. Siga por ahí, por Bellariastrasse...

El nazi, sintiendo en los riñones la pistola de Alan, obedecía sumisamente las órdenes que le daban, buscando los sitios donde más oscuridad hubiese y absteniéndose de encender el faro de la máquina, para no llamar la atención de los vigilantes con los que se cruzaban. Iban a gran velocidad, hacia el oeste, faltando muy corto trecho para llegar a la colina de Galitzinberg, en las afueras de la capital. Era un paraje desierto, y ya desde allí se divisaba la ciudad a la naciente claridad del día.

—¡Pare! —ordenó Alan al motorista, que obedeció con la misma rapidez que si se lo hubiese ordenado el mismo Hitler—. Rebeca,

abra esa cartera y mire lo que hay dentro.

La joven la abrió y examinó varios documentos rápidamente. Lanzó, de repente, un grito de asombro y alegría, volviéndose hacia Starks, que, sentado en el soporte, detrás del motorista nazi, le estaba apuntando con la pistola.

—¡Detalles de la movilización de tropas en Austria y su envío a la frontera polaca, Alan! —exclamó ella, atónita.

—¿A la frontera germanopolaca? —exclamó Starks, silbando alegremente—. Bien; guarde eso. Usted, amigo —dijo al motorista—: ¿quién le ha dado esa cartera?

—El general Ruwein, jefe del Estado Mayor alemán en Austria.

—Siga, siga. ¿Qué hacía en el edificio de la Gestapo ese general? —urgió Alan, metiendo aún más en la espalda del motorista el cañón de su pistola—. ¡Pronto o le meto diez balas en la espalda!

—Fue a ver al «obergruppenfuhrer». No estaba, y entonces me ordenó llevase a su despacho oficial esa cartera.

—¿Dónde está ahora el «obergruppenfuhrer»?

—No sé —replicó adustamente el nazi sin volver la cabeza, puestas las manos sobre el guía de la «moto».

—Contaré hasta tres. Si no lo dice, le mato. Una... —murmuró Alan, con voz fría, inexorable—. Dos...

—Ahí, en la villa Hyazinthe, en Mariabrunn.

—¿Qué calle? ¡Aprisa!

—Salmannstrasse, siete.

Starks le arrancó con la mano izquierda el casco de cuero de la cabeza. Después, cogiendo por el cañón la pistola, con un golpe seco de la culata sobre el cráneo del nazi, lo dejó sin sentido, caído sobre el manillar.

—Vamos, Rebeca —dijo el agente especial, bajando del soporte—. Hay que actuar aprisa, muy aprisa. Tal vez esté aún en esa villa el «obergruppenfuhrer».

Sacó al motorista del sillín y lo arrojó al suelo.

Con el cinturón de cuero le ató las manos a la espalda y lo metió en el asiento del «sidecar».

—Espéreme un poco. Voy a tirar a este hombre entre aquellas malezas.

Subió al sillín, puso en marcha la «moto» y arrancó a toda velocidad por la carretera desierta.

X



OLVIÓ Alan un poco transformado, riendo. Se había puesto el chaquetón de cuero del motorista, su casco de cuero y los pantalones del mismo material, cortos, con polainas. Había dejado parte de su traje y la gabardina dentro del «sidecar».

—¡Suba, querida! —La invitó, riendo de nuevo al ver el asombro de Rebeca—. Vamos a ver si encontramos a ese gran jefe.

Guiada la «moto» por Alan, partió a toda marcha, bajando como un rayo la carretera de la Bolina, para enlazar con la de Viena. Al llegar a ella torcieron hacia el sur, para coger la pista de turismo de Flotzerlandrstrasse. Pasaron por Hitteldorf como un meteoro, rugiendo el motor de la máquina al deslizarse por Linzerstrasse, en busca del pueblecito de Mariabrunn.

—Llegamos. No corra tanto, Alan. Podríamos llamar la atención —dijo Rebeca.

A un hombre que estaba enganchando a un carro un caballo le

preguntó Starks dónde estaba Salmannstrasse, el siete.

El hombre le miró con odio mal disimulado. Y señaló con la mano una calle casi sin urbanizar, con grandes tilos y olmos a un lado y otro de la calzada de tierra.

Partió de nuevo la «moto» a una marcha prudencial, sin apenas producir ruido el motor. Bajaron después, a unos cincuenta metros de la villa. Alan sacó la ametralladora del «sidecar» y Rebeca puso un cargador completo en su pistola. Comenzaron a caminar muy arrimados a las tapias de la villa, muy bajas, formadas por unas hileras de ladrillos solamente, tras las que asomaban arbustos y jóvenes pinabetes.

—Quédese aquí —dijo muy quedamente a Rebeca—. Voy a ver si hay guardia nazi. Debe vivir aquí ese perillán.

—Voy con usted —se opuso ella, cogiéndole de un brazo—. Juntos para el peligro y...

—... para la felicidad, cuando nos llegue la hora —dijo, sonriendo con ternura, Alan—. Vaya muy inclinada, sin producir ruido. Si nos ven, no lo contamos.

Deslizáronse rozando la tapia, hacia la verja de hierro. Starks hizo bajar bruscamente la cabeza de Rebeca cuando ella intentó asomarla curiosamente por encima de la cerca. Lo hizo él, apartando cuidadosamente un matorral.

Rebeca le vio palidecer, tornarse su rostro como verdoso, extraviada la mirada. Apretaba la ametralladora con enorme fuerza.

—¿Qué ve, Alan? ¿Qué hay? —preguntó ella, en suspenso la respiración.

Hizo un gesto para que, a su vez, ella asomase la cabeza, contemplándola con inmensa compasión.

Rebeca, lanzándole una mirada de incomprensión, pero lívida, temerosa de no sabía qué, asomó cautamente la cabeza, mirando al jardín de la villa.

Vio, en primer lugar, a cuatro soldados nazis, con sus ametralladoras de mano, apuntando a un hombre vestido de paisano, con las ropas destrozadas, atadas las manos a la espalda, puesto contra una de las fachadas del edificio. Y entre los nazis y el hombre que parecía iba a ser fusilado, al «obergruppenfuhrer», con su flamante uniforme negro de las S.

S. Tenía

una mano, la izquierda, sobre su opulenta cadera, en actitud desenfadada, y en la diestra mano una pistola. A su lado, una mujer de espléndida figura, con la espalda vuelta hacia la verja. Caía sobre sus hombros una gran cabellera rubia. Vestía una falda negra y la blusa parda nazi. En su mano derecha tenía también una pistola, apuntando hacia arriba.

—Usted primero, querida —dijo el «obergruppenfuhrer», con su voz aflautada, haciéndola una muy germánica reverencia—. No lo mate... del primer balazo, por favor.

Rebeca cerró los ojos, bajándose sus hombros en un desfallecimiento terrible. Vaciló, moviendo a un lado y otro la cabeza. Alan la sujetó, tapándola la boca con la mano.

—El prisionero es... Schmeltz —susurró ella, apoyando la cabeza en un hombro de Starks—. Y...

—Ella es... —susurró Alan—. ¿Sí? ¿Daisy? ¿Es Daisy?

Afirmó Rebeca con un gesto, casi desvanecida. Y repentinamente se irguió, extrañamente fiera la mirada de sus grandes ojos negros. Una terrible decisión se reflejó en su bello rostro. Con un brusco movimiento se desprendió de Alan y partió rápidamente hacia la verja. Starks, aterrado, fue tras ella, pretendiendo alcanzarla.

Franqueó la verja, pistola en mano, la joven. Recta hacia el mortal peligro.

Daisy estaba apuntando con su pistola a Schmeltz que la miraba con supremo desprecio, abiertas las piernas, desafiante. Cuando Rebeca apareció a la entrada del jardín, desvió la mirada para contemplarla él con inenarrable asombro. La sonrió, brillantes los ojos de emoción y esperanza.

—¡Daisy! —gritó, con terrible voz, Rebeca—. ¡Mírame!

—¡Arriba las manos! —aulló Starks, entrando tras ella y avanzando hacia los cuatro nazis y el «obergruppenfuhrer», que se volvieron, aterrados, sorprendidos—. ¡Las armas, al suelo! ¡Voy a disparar!

—¡Rebeca! —exclamó Daisy, blanco como la nieve su adorable rostro, de ojos azules, inmensos, ahora expresando una sorpresa y terror sin límites.

—¡Traidora!... ¡Ahora ya sé quién mandó matar a mi padre, quién envió en mi busca, para matarme también, a esos nazis, de quienes tú decías que les odiabas a muerte! ¡Tú nos vendiste, nos

denunciaste a todos! ¡Pramer, Vogl, tantos otros patriotas más como han caído o están en las cárceles y en los campos de concentración...

Daisy, recuperada de su terror, lanzó una risita irónica, llena de cinismo y maldad. Tenía aún en la mano la pistola automática y llevó a la espalda la mano que la sostenía.

—Y has venido a... ¿a qué, Rebeca? —dijo, con voz suave, acentuando su sonrisa de ironía—. ¿Yo traidora? ¿Porque os he denunciado como traidores a nuestra Gran Alemania, a nuestro führer? ¿No me hice naturalizar americana para mejor servir a mi verdadera patria? Tú eres la traidora, la sin patria, la asquerosa «jüdisch»...

—«Zu den Waffen»![23] —gritó, con voz de falsete, el «obergruppenführer» a sus nazis, cuando observó que Starks parecía prestar gran atención a lo que decían Rebeca y Daisy.

Y los cinco se inclinaron para recoger del suelo las ametralladoras y la pistola.

Daisy también esgrimió su pistola con gran rapidez, revolviéndose contra Rebeca, que la apuntaba con su arma.

—¡Cuidado! —gritó Schmeltz, que pugnaba por desatarse las manos—. ¡«Amerikanisch», cuidado!

Starks se volvió. Lanzó un grito de rabia y soltó un chorro de balas de su ametralladora sobre los cuatro nazis, inclinados hacia el suelo para recoger sus armas. Acribillados, cayeron grotescamente, lanzando aullidos de agonía.

Daisy y Rebeca dispararon al mismo tiempo sus pistolas. Y Daisy vaciló y cayó hacia atrás, dando traspiés, mientras en su frente se agrandaba una mancha bermeja.

El «obergruppenführer» corría con todas sus fuerzas, de un lado a otro del jardín, esgrimiendo su pistola, que no utilizaba, buscando salvar su vida en la huida. Starks y Rebeca le cazaron a tiros en un rincón de la fachada, donde había buscado refugio, disparando desde allí.

La joven corrió después a desatar a Schmeltz, mientras Alan reconocía al jefe de la Gestapo, comprobando que estaba muerto.

—Gracias, Rebeca, querida hermana —dijo el patriota, sollozando y abrazándola—. Gracias, señor... —dijo a Starks, tendiéndole su mano—. No sé qué decirle... Ésos, el

«obergruppenfuhrer», decían que usted era invencible, y Rebeca. Más de siete mil hombre de las S. A. y S. S., le están buscando por toda la ciudad.

—Vámonos, Alan, Schmeltz —dijo Rebeca, apuradamente—. Pueden venir y encontrarnos aquí. ¿Cómo cayó en manos de Daisy? —preguntó Rebeca.

Salieron a la calle. Schmeltz cogió una pistola del suelo y municiones, que se guardó en la americana.

Todos sobre la motocicleta, Schmeltz en el soporte trasero, mientras Alan la ponía en marcha, dijo el patriota:

—Ella era un demonio... Sabía dónde me escondía. Fue en persona a buscarme. Representó la comedia de que había logrado escaparse de las garras de la Gestapo. Me dijo que la seguían y que seguramente llegarían hasta donde yo estaba. Me hizo salir. Y en la calle, a muy corta distancia del portal, estaban los nazis. Se reía hasta llorar, burlándose de mí, de mi buena fe... Y me trajeron aquí, para servir de blanco a ella y a ese jefe de la Gestapo.

Alan lanzó la motocicleta a toda velocidad por la carretera de Viena, pero buscando, por indicación de Rebeca, las ramificaciones más extraviadas, para no pasar ante los controles de la Gestapo ni hallar al paso los coches y las motocicletas de vigilancia.

Pero este plan prudente fracasó apenas comenzado. En la carretera de Franz Karl, antes de llegar al pueblecito de Neuwaldegg, con grandes colonias de villas y mansiones, diéronse casi de bruces, en la revuelta del camino, con un «Adler» ocupado por nazis. Al pasar debieron extrañarse grandemente de ver ocupada la motocicleta militar por Rebeca y Schmeltz.

—Han dado la vuelta y vienen —avisó Schmeltz a Alan, que aceleró la marcha de la máquina—. Nos siguen...

El «claxon» del «auto» nazi sonó insistentemente, llamándoles la atención, intimándoles a que se detuvieran.

La motocicleta parecía volar por la magnífica pista. Y detrás, el coche, también lanzado, aunque perdiendo terreno.

Oyeron, de repente, el silbido de las balas sobre sus cabezas.

Schmeltz se inclinó sobre el «sidecar» y cogió la ametralladora de Alan. Se volvió en redondo, dando la espalda a Starks y apoyado en la parte trasera del coche lateral.

—¡Afloje un poco la marcha, Starks! —gritó el patriota—. Hasta

que yo le avise...

Starks lanzó una carcajada y obedeció. El «Adler», rugiendo su motor, se les venía encima, mientras Starks imprimía a la motocicleta un vaivén extraño, yendo de un lado a otro de la pista para evitar que las balas de los nazis les diesen.

Tronó la ametralladora de Schmeltz, descargando íntegro un cargador.

Los frenos del «Adler» chimaron, sonaron los cristales del parabrisas al recibir la granizada de balas, y Rebeca y Schmeltz vieron cómo el coche se salía de la pista, haciendo eses, se metía en la profunda cuneta, la subía, inclinado sobre las ruedas de un costado y se acostaba, dando varias vueltas, coleando en medio de gran estruendo. Y la gran llamarada que brotó del motor.

—¡Corra, Starks! —gritó Schmeltz, con voz de triunfo—. Ésos no tienen ya ganas de seguirnos. Se están asando...

Pasaron como un rayo por Ober Sievering Unter, Grinzing y Nussdorf, yendo a parar a la margen derecha del canal del Danubio, cerca de la estación del ferrocarril secundario de Heillgenstadt.

—¡Pare, Starks! —dijo Schmeltz de repente. Se bajó de la motocicleta y tendió su mano al agente especial—. Me quedo aquí, amigos. Cerca, en Dobling, tengo un seguro escondite. Estaré allí quince días... Seguir con ustedes en la «moto» es comprometido para todos. ¿Qué vas a hacer tú, Rebeca?

—Yo he terminado mi misión —dijo Alan, moviendo la cabeza con pesadumbre—. Venía por Daisy y la he encontrado. Tengo que hallar el medio de salir clandestinamente de Austria para ir a París. Desde allí comunicaré a mi cónsul en Viena lo que ha pasado. Y usted, Rebeca, viene conmigo. Mire, Schmeltz, ella y yo nos queremos... ¿Verdad, Rebeca?

—Sí, Alan —dijo ella—. Te quiero mucho, mucho...

—Ella ha cumplido con exceso su deber. No tiene a nadie aquí. Nos casaremos en París y me la llevaré a América. ¿Verdad, Rebeca?

—¡Estupendo, Rebeca! —gritó Schmeltz, lleno de alegría—. Trabaja por nosotros cuando estés allí. Piensa en Austria, en el desgraciado pueblo austríaco... ¡Dios les llene de felicidad!

Y se alejó presurosamente, metiéndose por una calleja estrecha, donde desapareció.

—Yo necesito quitarme este uniforme —dijo Alan a Rebeca, que miraba tristemente el lugar por donde había desaparecido Schmeltz—. Vamos a un descampado...

Puso en marcha la motocicleta y se alejaron del núcleo urbano velozmente. A no mucha distancia, en pleno campo, y tras una casita en ruinas, Starks hizo el cambio de ropas. Volvió al lado de Rebeca, que le estaba esperando. Vio en el rostro de ella señales de haber llorado.

—¿Lloras, querida? —dijo él, acariciándola suavemente—. Comprendo... Sientes dolor por todos los que van a quedar aquí, sufriendo. Piensa que tú has sufrido mucho, tanto o más que el que más. Vamos a pie. He dejado allí la «moto», la ametralladora, todo lo que nos pudiera denunciar.

—Podemos ir a casa de David Jung. Nos permitirán dormir, y a la noche podremos huir de aquí.

Subieron a un «taxi» y partieron rápidamente. Ya estaban en pie David Jung y Bauer, inquietos por no saber nada de ellos. Y mientras desayunaban, Rebeca y Alan refirieron su terrible odisea, con la trágica narración final del hallazgo de Daisy, entregándoles la cartera del general alemán.

David Jung dio un recio puñetazo sobre la mesa, exclamando, con voz de triunfo:

—¡Ya lo decía yo, viejo terco! —Y miró a Bauer despectivamente—. Esa muchacha jamás me gustó, no obstante ser... endemoniadamente bonita. Menos mal que estos bravos muchachos le han cortado su carrera.

Rebeca y Alan ocuparon después dos alcobas silenciosas, y durante todo el día durmieron pesadamente, rendidos como estaban después de la noche pasada en continuas carreras y luchas.

A las once de la noche, Jung les anunció que un tren de mercancías partiría de la «Südbahnhof» para Klagenfurt, en la frontera con Yugoslavia, a las doce quince de aquella noche.

—Rebeca ya conoce a nuestro buen amigo el factor de la estación. Se llama Himmel, y es el encargado de «facturar» a los patriotas al extranjero, cuando están excesivamente perseguidos y a punto de caer en manos de la Gestapo. Yugoslavia, con su Gobierno democrático, no pone reparos en acogernos.

Ambos jóvenes, poco después, se despedían de Jung y su esposa,

de Bauer y la suya, siempre sollozante, lamentándose de la persecución de que eran objeto, y del hijo.

Un «taxi» les dejó cerca de la estación, en los depósitos de mercancías. Rebeca dejó a Alan escondido. Había allí, como en todas las estaciones, retenes de las S. S., vigilando el movimiento de trenes y viajeros.

En el depósito de equipajes halló al viejo Himmel, ocupado en las facturaciones. Se dio a conocer a él.

—Ya, ya... —dijo el hombre, sonriéndola—. Feliz tú que te vas, hija. Bien; sígueme a cierta distancia. Pasaremos por donde está ese bravo «amerikanisch» y lo recogeremos. Os tengo guardado sitio en un vagón de mercancías, que irá completo y precintado. Hasta Klagenfurt, en la zona yugoslava, no será abierto por nadie. Llegaréis allá a las diez de la mañana. Sígueme.

A través de los depósitos, por entre las grandes filas de vagones, Himmel, con su linterna oscilante, fue alejándose insensiblemente, seguido de Rebeca a prudencial distancia. Hallaron a Alan, fumando impacientemente detrás de un vagón.

—¡Hola, «amerikanisch»! —dijo quedamente el viejo ferroviario, estrechando su mano con entusiasmo—. ¿Sabe que tengo en casa a uno de los que anoche salvaron ustedes de morir en la cámara de gas? Lo del camión fue una cosa... maravillosa. Bueno; vengan, vengan...

Ante una larga fila de vagones, ya formados, examinó Himmel cada uno de ellos, alumbrando con su linterna. Ayudado por Alan corrieron la puerta un poco, en uno.

—Arriba. No va lleno del todo. Son mantas, en fardos. Podrán dormir casi como en una cama.

Besó a Rebeca, emocionado, y después abrazó a Alan. Y cerró seguidamente la puerta, precintándola.

—¡Adiós, héroes!... —murmuró, despidiéndose y dando unos golpecitos.

A las doce quince silbó la locomotora y el tren se puso en marcha. Alan y Rebeca, tendidos sobre los fardos, unidas sus manos, escucharon el monótono ruido del tren en marcha, alejándose de Viena, la triste capital sobrecogida de terror.

Poco después se durmieron, sin notar las paradas del convoy en las estaciones. Pasaron así las horas, casi dulcemente, hasta que

Alan despertó al percibir la claridad del día filtrándose por unas rendijas del vagón.

Unas horas más y el convoy se detuvo. Los jóvenes oyeron hablar en un raro idioma que no era el alemán.

Alan se asomó a la rejilla de ventilación y vio a unos aduaneros con verdosos uniformes y una corona real en el cuello de sus guerreras.

—Estamos en Yugoslavia —dijo, con alborozo, a Rebeca—. Vamos, querida...

Bajaron del vagón cuando ya los ferroviarios iban a abrirlo, rompiendo Alan el precinto de plomo de la puerta. No se asombraron los aduaneros al verlos. Sonrieron mientras conducían a los dos viajeros clandestinos al puesto de Policía. Allí, Alan se dio a conocer, mostrando su documentación de súbdito americano.

Pocos metros más allá, soldados alemanes, de las S. S., les contemplaban con asombro y rabia desde el otro lado de la valla internacional.

Las formalidades fueron cortas y satisfactoriamente solucionadas. Un tren partiría dentro de media hora para Belgrado y en él podrían salir.

—Desde allí, por medio de mi Embajada, podremos tomar el avión para París —dijo Alan, mientras reía al contemplar a los nazis discutir con los aduaneros yugoslavos, que pretendían se les entregase a aquellos fugados—. Y en París, querida...

—Lo que tú quieras —replicó ella humildemente, apoyando su cabeza en un hombro de él—. Con tal de no volver, por ahora, allá...

Señaló con la mano a los nazis, de rostros congestionados por la ira, que les mostraban los puños crispados, al otro lado de la valla. Alan la besó en los labios, ostensiblemente, y los aduaneros yugoslavos, riendo, aplaudieron.

FIN

ALAR BENET

el apasionado autor que traza las latitudes de la literatura y ofrece para siempre una novela ejemplar

El genio del mal

Argumento bien encuadrado en un ambiente sugestivo y audaz: vive por los heroicos agones del F. B. I. y los odiosos monstruos que se esfuerzan en matarlo. *El genio del mal.*

El genio del mal

aparecerá próximamente en esta Colección

F. B. I.



PADRE: TU HIJO SE DELEITARA LEYENDO

Aventuras del F. B. I.

LA MEJOR SERIE DE CUADERNOS INFANTILES.

NOTAS

[1] Teniente. < <

[2] Muy bien, excelencia. < <

[3] C3nsul americano. < <

[4] Jefe supremo del Grupo de la Gestapo. < <

[5] ¡Pronto! < <

[6] Exacto. Muy bien. < <

[7] Sí. < <

[8] ¡Perro! < <

[9] Gobernador general. < <

[10] ¡Una cerilla! < <

[11] Estupendo. < <

[12] Estúpido. < <

[13] ¿Quién, quién? ¡Idiota! < <

[14] Perdón, excelencia. < <

[15] Bien (N. del E.). < <

[16] Listo. < <

[17] ¡Alto! (N. E.). < <

[18] ¡Atención! (N. del E.). < <

[19] ¡Media vuelta! (N. del E.). < <

[20] ¡Silencio! (N. del E.). < <

[21] ¡Fuego! ¡Fuego! < <

[22] Gracias! (N. del E.). < <

[23] ¡A las armas! (N. del E.). < <